

PRIMERA PARTE

CÉSAR

*Ciervo cuyo bosque era el mundo
y cuyo corazón era el corazón del
mundo ...*

I

Los avances y retrocesos hasta las brumas del septentrión; el pavor ante la profundidad de los bosques armoricanos; las naves arrastradas por el furor del Océano; el Mosa y el Rin atravesados a nado; las galopadas que se pierden en la nieve y el hielo, todo ello no sería nada para César, el infatigable, si no fuera por Roma, ese foco de intrigas y de disensiones que no cesan de minar su autoridad y de hacer más ardua la pacificación de las Galias. «Al hacerte perecer, satisfaré el deseo de muchos senadores romanos!» le había gritado Ariovisto desde la cima del cerro herboso en donde se habían encontrado, en la llanura renana.

Y César sabe que es verdad. Los dirigentes de la República, que le tienen envidia y le temen, se las ingenian para complicar su tarea. Ya atiborraron su ejército de espías a sueldo. Son ellos quienes pérfidamente insinúan a sus soldados que él emprendió ilegalmente la conquista de las Galias con el único fin de saciar sus ambiciones personales. Son ellos quienes atizan, en los momentos críticos, el deterioro de sus cohortes y el titubeo de sus legiones. Son ellos también quienes animan a los bárbaros a ocultarse en sus bosques en espera del día en que terminará su mando. «Aguanten un poco todavía! les aconsejan en voz baja, no va a pasar mucho tiempo para que se despoje a César de sus insignias. Cuando ya esté de regreso en Italia, ya no tendrán nada que temer de él ni de sus legiones...»

De ahí su urgencia por concluir. Mientras que él está ocupado en otras partes, sus enemigos tienen el campo libre. ¿No le han acaso advertido sus informantes que piensan sustituirlo? Todo exige ahora que regrese a Italia. Ya no es entre los cráteres apagados de la Auvernia ni en los claros de las Ardenas en donde se juega su destino. Es en las riberas del Tíber, en donde están los dos polos de la política romana: el senado y el foro.

Si los emisarios del senado «se trabajaron» a su ejército, con la esperanza — siempre frustrada — de desligarlo de su jefe, César, por su parte, no ha descuidado nada para granjearse la simpatía de los medios populares de la capital. Ha sometido

la opinión romana a una presión intensa. Transportados al Foro por correos especiales, múltiples comunicados lacónicos e imperiosos deliberadamente magnifican la amplitud de sus victorias.¹ «Cuatrocientos mil bárbaros aniquilados en un solo día!» anuncia uno de ellos al público estupefacto. Reúne en un volumen sus *Comentarios sobre la Guerra de las Galias* y el efecto de su prosa, seca como un artículo de ley, rebasa toda expectativa. Sumerge a la capital en un torrente de oro, trofeos y esclavos. Por último, termina el año 51 proclamando solemnemente que «las Galias son de aquí en adelante provincias romanas, desde los Pirineos y los Alpes hasta el Rin y el Océano». ¿Se requería acaso algo más para llenar de entusiasmo a sus compatriotas? En varias ocasiones, un recalcitrante senado se ve forzado a votar en su favor indultos excepcionales.

Pero si esas manifestaciones sabiamente orquestadas le han valido el aplauso de la muchedumbre, le han acrecentado considerablemente la enemistad de los senadores.

— ¿Qué significa esta voluntad de autoglorificación, se preguntan con inquietud los Padres de la Patria, si no que César aspira al *poder personal*?

Ahora bien, estas dos palabras bastan para llenarlos de espanto. El ejemplo de Sila está todavía en todas las memorias. Si César se erige en amo ¿no caerá sobre Roma una nueva era de proscripciones? Aunque todavía separado de Italia por la barrera de los Alpes, su sombra planea ya sobre la Ciudad Eterna. ¿Qué pasará cuando entre en Ravena, a las puertas del Lacio? Urge poner un término a su ascenso, el cual amenaza los fundamentos mismos de la República...

Afortunadamente, hay un medio para lograrlo. Un medio elegante y mucho más infalible por cuanto se deriva del mecanismo inflexible de las leyes. Elegido cónsul en 60, César había entrado en funciones el 1º de enero de 59. Ahora bien, las leyes de 342, confirmadas por Sila, prohíben que toda persona que haya ocupado dicho cargo vuelva a instalarse en él antes de un plazo de diez años. Por lo tanto, César no podrá volverse a presentar en las elecciones más que en 49, para entrar en funciones a principios de 48. Además, para aspirar al sufragio de sus conciudadanos, todo candidato investido de un mando militar debe, antes de venir a Roma, deponer sus insignias y licenciar a sus tropas.

Estas disposiciones legales colocan a César en una situación preocupante. Fue al terminar su consulado de 59 que, por un período de cinco años, recibió el *imperium*, es decir, el mando militar en las Galias y en Iliria. Desde entonces dicho mando fue renovado por un segundo período de cuatro años. Si se le hubiera prorrogado por cinco años (en lugar de cuatro), él habría cubierto integralmente los diez años durante los cuales estaba excluido del consulado. Pero entre el fin de 50 (fecha en la cual llega a un término su mandato) y el principio de 48 (fecha en la cual podrá volver a ser cónsul) hay un hiato de un año — el año fatal de 49 — durante el cual, privado de sus tropas y despojado de sus insignias, estará expuesto y sin defensa a los ataques de sus enemigos. Éstos cuentan con aprovecharse de ello

para darle el golpe de gracia. El mejor medio para lograrlo consistiría en llevarlo al banquillo de los acusados ante el senado, denunciando la enormidad de sus exacciones en las Galias. Su reputación saldrá mal parada; su carrera, quebrada. Una vez que no sea elegible para el consulado, no le quedará más que desaparecer. «A menos de que, como lo propone Catón con una ironía feroz, prefiera ser entregado, encadenado, a los sobrevivientes de las tribus galas que tan cruelmente diezmó, para que puedan ejercer sobre él su justa venganza».

Es este el plan ingenioso bosquejado por los Padres de la Patria. En otros tiempos, César habría respondido a ello alzándose de hombros. Pero ahora no. Porque él sabe que, con tal de realizarlo, sus enemigos pueden recurrir al apoyo de Pompeyo.

II

¿Pompeyo? ¿El hombre al que no ha cesado de colmar de atenciones, que podría ser su hermano puesto que es tan sólo cinco años mayor que él y a quien hizo su yerno dándole como esposa a su hija Julia? Sí. Porque los sentimientos de Pompeyo hacia él se modificaron drásticamente desde que el vencedor de Alesia partiera para las Galias.

A mediados de 60, en vísperas de su elección al consulado, César había cerrado un pacto de amistad con los hombres más poderosos del momento: Craso y Pompeyo. En esta combinación, Craso, el millonario, aportaba los recursos financieros; Pompeyo, el vencedor de Sertorio y de Mitrídates, el prestigio militar, y César, la inteligencia política. Muy rápidamente los triunviros habían impuesto su voluntad a la oligarquía senatorial. Pero tan pronto como César se había ido, los vínculos entre los tres hombres habían empezado a debilitarse. Para volver a tensarlos, César había tenido que suspender sus operaciones en las Galias y dirigirse a Lucques, en la frontera con Etruria, a donde les había rogado a sus dos colegas que vinieran a entrevistarse con él (15 de abril de 56).

Al enterarse de su encuentro, una multitud de magistrados y de altos funcionarios se había apresurado a ir con ellos afanándose por cortejarlos, si bien sus ciento veinte lictores, que desfilaban con sus insignias por las calles de la pequeña ciudad toscana «sorprendida por tantos honores», le habían hecho entender al senado con toda claridad que el poder real estaba mucho menos en Roma que allí en donde se encontraran reunidos César, Craso y Pompeyo.

En Lucques, los triunviros se habían puesto de acuerdo para apoyarse mutuamente y repartirse el mundo. Habían convenido en que Craso y Pompeyo serían nombrados cónsules al siguiente año y que aprovecharían para prorrogar el mando de César en las Galias y permitirle así que terminara su conquista. Cuando terminaran su consulado, Pompeyo se haría atribuir el *imperium* en toda España y

Craso el mando de las legiones en Siria.ⁱⁱ Los tres hombres depondrían sus mandos al mismo tiempo. Por último — y esto era lo esencial de su acuerdo — Craso y Pompeyo se comprometían a no aprovecharse de su presencia en Roma para, en detrimento de su colega solicitar ante el senado ventajas que los favorecieran. Una vez sellado este pacto, César se había regresado, ya seguro, a las Galias.

Mientras permanecieron unidos, los triunviros detentaron la totalidad del poder ejecutivo. Pero una serie de acontecimientos trágicos iba muy pronto a hacer que sus rutas divergieran, como si los mismos dioses hubieran querido precipitar un conflicto que tan sólo el choque de las ambiciones humanas bastaba para hacer ineluctable.

En septiembre de 54, Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, moría dando a luz a un hijo que no le había sobrevivido. Así, los vínculos de familia que unían a Pompeyo con César quedaban rotos. Menos de un año después (1º de junio de 53), Craso, habiéndose ido a hacer la guerra en Oriente, había caído en una emboscada bajo los muros de Carrhae. Atravesado por flechas y decapitado por los caballeros partos, su cabeza había sido exhibida en el escenario durante una representación de las *Bacantes* de Eurípides.ⁱⁱⁱ Del antiguo triunvirato no quedaba ya nada.

O más bien, sí. Quedaban dos rivales cara a cara: César y Pompeyo, el vencedor de Vercingétorix y el vencedor de Sertorio. Mientras Craso vivió, el poder de los tres hombres se equilibraba. Ahora que ya no quedan más que dos, una tendencia casi fatal los llevaba a alzarse a uno contra el otro. Su antagonismo no podía desembocar más que en un duelo en donde uno de los dos estaba condenado a morder el polvo.

III

Es entonces que los «Padres de la Patria» habían visto en Pompeyo la espada de la cual podrían servirse para abatir a César. Solo y desarmado, el senado no tenía la menor capacidad para obligar al vencedor de las Galias a deponer su mando. Con la ayuda de las legiones de Pompeyo, en cambio, todo se volvía posible. Durante un instante desamparados, los senadores habían vuelto a recuperar su valor. Oscilando, como de costumbre, entre el desconcierto y la petulancia, deciden cubrir a Pompeyo de honores con el fin de unirlo a su causa, al tiempo que riegan insultos y humillaciones sobre César.

¿Acaso al optar por esta vía no reemplazaba el senado un peligro por otro? ¿No se arriesgaba a caer bajo la férula de Pompeyo? No. El senado sabía muy bien lo que estaba haciendo. Por impotente que fuera, ciego no era. Un instinto muy certero le advertía que entre César y Pompeyo no había solamente una diferencia de temperamento: los objetivos a los que ellos tendían eran fundamentalmente diferentes.

Al final de los años cincuenta, los plazos concurren desde todos los rincones del cielo como una nube de buitres atraídos por el hedor de un montón de cadáveres. Plazo para César; plazo para Pompeyo; pero plazo también para el senado y para toda Roma. Hace ya mucho tiempo que el mecanismo gubernamental está falseado. La ciudad de Rómulo y el senado que la administra ya no están a la altura de los dominios cada vez más vastos que la vitalidad de los romanos acaba de llevar hasta el Rin y el Eufrates.^{iv} «La República no es más que un cuerpo sin cabeza y una cabeza sin cuerpo!» había exclamado Catilina en la ruta del exilio. «La República no es más que una palabra a la que se vació de su forma y de su sustancia!» repetirá muy pronto Suetonio.^v Y nada era más exacto.

Cuerpo sin cabeza: el senado, que se tambalea en función de los acontecimientos, no puede siquiera imponer su ley a las facciones rivales.

Cabeza sin cuerpo: todas las poblaciones sometidas por el azar de las conquistas — germanas, galas, ibéricas, griegas, asiáticas, sirias, númeras y africanas — forman un conjunto heterogéneo al que ningún poder central armoniza o coordina.^{vi} Darle la cabeza que conviene a este cuerpo que crece, volver a constituir este cuerpo a la imagen de su nueva cabeza, tal va a ser la tarea de la nueva generación.

Pero ¿quién le indicará el camino? ¿El ejército? Los generales pululan. Desafortunadamente, no piensan más que en saquear durante las guerras y en exigir dotaciones una vez terminadas. Su ambición es clara: dictar su voluntad a la República, con total desprecio por las leyes, el régimen y los intereses de la patria.^{vii}

Entonces ¿el senado? ¿Esa asamblea de parlanchines que zumba como un panal hueco y se apoya en principios obviamente obsoletos, puesto que datan de la época en la que el poder de los romanos no excedía los límites del Lacio? Inclusive los más inveterados republicanos estiman que ello es imposible. Desde la muerte de Sila, la idea del poder personal ha echado raíces en las mentes. Puede inclusive decirse que desde hace un siglo la República busca a ciegas la forma de monarquía que sea capaz de sucederla: tribunosiana con los Graco; consular con Mario y Cinna; dictatorial con Sila.^{viii} La mayor parte de los romanos llega a pensar — inclusive si todavía no se atreven a decirlo abiertamente — que sólo un jefe único, dotado con poderes excepcionales, tendría la capacidad para encauzar el aumento de los peligros. «Cuando el mar está embravecido, cuando la enfermedad se agrava, cuando la guerra causa estragos, la salud radica en la unidad de dirección», declara sentencioso Cicerón. «Un piloto solamente y la travesía culmina venturosamente. Un médico y se recuperará la salud. Un jefe solamente y los soldados alcanzarán la victoria...»^{ix}.

Estos lugares comunes no suscitan objeción alguna. Pero ¿en qué jefe y en qué condiciones hay que delegar el poder? Es allí donde las opiniones divergen.

Para los senadores y las grandes familias patricias de la capital, la asamblea no debe a ningún precio desprenderse de su soberanía. Todo poder emana de ella y,

en caso de que se le delegue, debe regresar a ella de inmediato y sin discusión. Aunque lo nombraran para siempre, un dictador no podría ser más que el «apoderado» de la República. Amo del ejército y de la política exterior, encargado de defender el patrimonio nacional frente a los peligros externos, no por ello este «protector» le quitará a los órganos tradicionales — senado, comicios, tribunado — la tarea de regentear los asuntos internos. Respetuoso de las costumbres encarnadas por los Padres, este nuevo Cincinato deberá regresar a la carreta el día en que los senadores ya no estimen que su presencia es indispensable para la seguridad del estado. Tal es el sistema del «principado». Debido a su prestigio, a su moderación, así como a sus talentos militares, todo permite pensar que Pompeyo tiene, más que nadie, las cualidades que se requieren para cumplir honorablemente esa tarea.

Pero no César! Para él, el principado no es más que una solución bastarda, una conjugación de debilidades que no permitirá jamás que se introduzcan con éxito las reformas que se imponen. A sus ojos, hay que hacer estallar el sistema que existe y reemplazarlo por otro, fundado en principios nuevos.

Porque Roma se encuentra ya en el umbral de una de las crisis más graves de su historia. ¿Cómo es que los oligarcas no se percatan de ello? Las rivalidades entre facciones, los antagonismos de razas, las sublevaciones de esclavos, el descontento de las legiones, a lo cual hay que añadir la inseguridad exterior — los aliados que flaquean y el mar surcado por naves piratas que interceptan los convoyes de trigo procedentes de África y de Sicilia, de los cuales depende ante todo el abastecimiento de Italia — todos esos hechos tienen un sentido que es, no obstante, fácil de descifrar. Hay que ser ciego para no ver que anuncian la cercana disolución de la República. Porque, tarde o temprano, la República estará condenada a disolverse — ya sea en la anarquía, ya sea en un sistema nuevo.

Para César, esta evolución es ineluctable. Se tienen que rehacer y ampliar todas las estructuras — sociales, económicas y políticas. Roma ha crecido demasiado rápido. Todo se desmorona bajo el efecto de una ola interna que, es verdad, se debe a un exceso de vitalidad. Pero esta misma vitalidad puede engendrar una catástrofe si ninguna mano la contiene, la orienta y la dirige. No se podría subestimar la amplitud de la tarea ni creer que se le puede librar por medio de expedientes simples. Se trata ni más ni menos que de erigir un estado adaptado a las vastas extensiones que las legiones acaban de conquistar en el intervalo de una generación. Y puesto que el terreno que hay que unificar es inmenso, la autoridad de su jefe debe ser ilimitada. Todos los engranes de la administración deben estar subordinados a él. Es preciso que él esté capacitado para modificar las fronteras de las provincias, para nombrar y sustituir a su antojo a sus gobernantes, para promulgar leyes fuera de la capital y — sobre todo — para integrar a todas las poblaciones conquistadas extendiéndoles progresivamente el derecho de ciudadanía.

Una tarea así exigirá el esfuerzo de varias generaciones. Postula una continuidad de la cual la República es incapaz. Es por ello que el estado debe tener

como su cabeza no un mero «protector temporal», sino un hombre investido de un poder absoluto. *Aut Caesar, aut nihil!* O se adopta este principio o el mundo se hundirá en el caos.

Es evidente que si esas ideas triunfaran, las atribuciones del senado se reducirían considerablemente. Éste ya no jugaría más que un papel decorativo. ¿Es de extrañar entonces que en esas condiciones, los senadores, preocupados ante todo por conservar sus prerrogativas, le teman infinitamente más a César que a su rival?

IV

Conceder todo a Pompeyo y rehusar todo a César, tal va a ser, por consiguiente, su línea de conducta. «Como Pompeyo buscaba menos que César el favor del pueblo, nos dice Dión Casio, el senado se jactó de haberlo desprendido por completo de César y de ligarlo a sus intereses. Eso es lo que sucedió. Hinchado por ese nuevo y totalmente insólito honor, Pompeyo ya no propuso ninguna medida con el fin de ganarse a la multitud y se dedicó escrupulosamente a hacer todo lo que podía gustar al senado».

Dión Casio permite vislumbrar, a través de estas líneas, un cierta extrañeza ante la facilidad con la cual Pompeyo se dejó embaucar por las deferencias del senado. Y es que él se engañó respecto a su verdadera naturaleza. Él creyó, como muchos de sus contemporáneos, que el vencedor de Sertorio debía su ascenso a sus capacidades personales, en tanto que se debía sobre todo a un afortunado azar. Era la suerte y no su fuerza de carácter lo que lo había llevado a las nubes.

Los senadores, en cambio, no se equivocaron. Rápidamente discernieron en Pompeyo a un veleidoso cuyo temple era muy inferior a su reputación. Bastaba comparar sus mejillas abotagadas y su boca un tanto fofa con el perfil de acero y dominante de César para darse cuenta de cuál de los dos era el más temible. Excelente estratega en el campo de batalla, Pompeyo es pésimo actor en el terreno político. Increíblemente vanidoso, incapaz de resistir las más burdas y serviles de las adulaciones, ama el poder por las satisfacciones que proporciona. César, en cambio, no ama el poder *más que por lo que permite hacer*. Ese contraste no ha cesado de acentuarse a lo largo de sus carreras; sus actos no han cesado de marcar este contraste. Cuando Sila le exigió a Pompeyo que repudiara a su esposa Antistia, éste dobló la cerviz. Conminado a hacer lo mismo, César — aunque no tenía más que diecinueve años por aquella época — prefirió el exilio. Inclusive sus respectivas formas de adular a la muchedumbre ponen de relieve sus diferencias. César compra terrenos a precio de oro para construir en ellos un foro. Pompeyo hace masacrar en una tarde quinientos leones y diecisiete elefantes, lo cual le vale una ovación. Pero el olor de la sangre se borra; el foro permanece. Obligado a escoger entre la

celebración de un triunfo y la toma del poder, Pompeyo renuncia al poder para subir al Capitolio; César renuncia al Capitolio para convertirse en cónsul.

Servil ante los grandes, distante con los humildes y de paso bastante tacaño cuando se trataba de pagarle a sus soldados, Pompeyo no hará nunca de ellos una tropa lista a seguirlo por doquier con ciega confianza. Tampoco sería él quien violara la legalidad! Se preocupa demasiado por su reputación para no respetar los poderes establecidos. Después de haber desembarcado en Bríndisi, en 62, al regreso de su campaña de Oriente, Roma y toda Italia estaban prácticamente a su merced. Los senadores temblaban ante la idea de que pudiera cruzar los límites del Pomoerio al frente de sus tropas.^x Cualquier otro habría aprovechado la ocasión. Prudentemente, empero, él se había abstenido de ello. Para sorpresa de todos, les había concedido licencia a sus veteranos antes de presentarse ante las puertas de la Ciudad, «sin esperar otra cosa que la consideración que se le debe a un vencedor, que de todos modos sigue siendo fiel a la República».^{xi} Este gesto habría sido bello si hubiera sido inspirado por la abnegación. Lo era mucho menos al haber sido dictado por la pusilanimidad. Fue entonces que con un sentimiento de alivio, teñido de desprecio, los Padres de la Patria le habían conferido el título de «Pompeyo el Grande». Cómo debió haber sonreído César ante esa palinodia y cómo debió iluminarle el fondo del personaje! Con un hombre así, los senadores no tenían realmente nada que temer. Podían empujarlo sin temor por la vía de los honores.

En 55, Pompeyo es nombrado cónsul por segunda vez. Normalmente, para cuando terminara su mandato (el consulado duraba un año) habría debido retirarse a las provincias españolas que le habían sido asignadas. Pero no hace nada de eso. Asume, es cierto, el título de procónsul, pero permanece en Roma, lo que es tanto una violación de la legalidad como una alteración grave del pacto de Lucques.

¿Acaso lo va a llamar al orden el senado? Desde luego que se abstendrá de ello, pues no desea en lo más mínimo verlo alejado de la capital. Para hacérselo entender bien, lo elige cónsul por tercera vez en 52 y, para colmo, lo hace sin nombrarle un adjunto, de manera que por sí sólo habrá de ejercer la suprema magistratura.^{xii} Esta vez no sólo se ridiculizan las leyes de Sila, sino que deliberadamente se hace a un lado el principio de la colegialidad.^{xiii} Esa decisión equivale a la atribución de plenos poderes dictatoriales. Aunque cónsul, Pompeyo conserva, *dentro de Roma*, el *Imperium* ligado a su puesto de procónsul. Como si ese cúmulo de chambas no fuera suficiente, el senado le concede además el derecho de disponer a su antojo de las finanzas públicas y de reclutar tropas en toda Italia.

A partir de ese momento Pompeyo, único amo de Roma, se cree permitidas todas las ambiciones. ¿Por qué tendría él que tratar con miramientos a César? Sin romper abiertamente con él — lo que no forma parte de su naturaleza — lo va a envolver insidiosamente en una red de consultas senatoriales y de plebiscitos que lo forzarán a soltar, antes que él, sus provincias y su ejército.

Pompeyo empieza pronto a tomar sus distancias con respecto al conquistador de las Galias. Después de la muerte de Julia, a finales de 53, César le ofrece en matrimonio a su sobrina nieta Octavia y propone desposarse él mismo con la hija de Pompeyo. Pero Pompeyo declina este nuevo pacto de familia, cuyos pensamientos de trasfondo son más que evidentes. Unas cuantas semanas más tarde, él se casa con Cornelia, la viuda del desafortunado Craso. La preferencia conferida a Cornelia — que pertenecía a la familia patricia de los Escipión — sobre Octavia, que pertenecía a la *Gens Julii*, es, en realidad, una opción política. Pompeyo quiso decir con ello que él pretendía acercarse a los medios senatoriales y conservar una independencia total respecto a su antiguo suegro.

César comprende rápidamente lo que significa este rechazo. También el senado, el cual multiplica las deferencias con respecto a Pompeyo. Lo llena de elogios, le concede dos nuevas legiones y lo autoriza a recaudar mil talentos por año del tesoro público para que pueda asegurar el mantenimiento de sus tropas. Acto seguido — medida aún más significativa — el senado prorroga sus poderes en las provincias que están bajo su autoridad por un nuevo período de cuatro años. Así, cuando César llegue al término de su *imperium* y deba separarse de sus tropas, Pompeyo conservará las suyas y será, por ello, dueño de la situación.

César frunce el cejo al enterarse de esta noticia. Esta vez el plan del senado es claro: desembarazarse de él cueste lo que cueste. En cuanto al «giro» de Pompeyo, éste era para entonces notorio y público.

A esa secuencia de vejaciones se añade pronto otra. Desde el desastre de Carrhae, la situación en Siria no ha dejado de deteriorarse. El senado decide de urgencia enviar allá dos legiones de refuerzo. El decreto estipula que Pompeyo y César suministrarán una cada uno, reclutadas de sus respectivos contingentes. Algunos meses antes, César, enfrentado a la rebelión gala, le había pedido a Pompeyo que le «prestara» una legión. De ahí que César deba privarse de *dos* legiones — la de Pompeyo y la suya — en tanto que las fuerzas de su rival permanecerán intactas.

Podemos fácilmente imaginar la cólera que se acumula en el corazón de César. No obstante, dueño de sí mismo, no deja traslucir nada. Incliniéndose ante la decisión del senado, ejecuta sus órdenes en silencio. Pero si los senadores creen debilitarlo por este tortuoso medio, se equivocan. De inmediato César colma los huecos causados por la partida de la XVª legión haciendo venir a Cisalpina la XIIIª legión (una unidad de élite), reclutas de la Vª *Alaudae* transalpina, cohortes que no formaban parte de divisiones y numerosos escuadrones suplementarios reclutados entre las tribus galas. De manera que después de esta leva, está más fuerte que antes.

Los acontecimientos que siguen prueban cuánta razón tenía al mantenerse en guardia. Porque en lugar de ser embarcadas hacia Oriente, las dos legiones destinadas a Siria se dirigen tranquilamente a Capua, sede del cuartel general de Pompeyo. Después de ello, con el pretexto de reprimir la anarquía que reinaba en

Roma — en donde las bandas facciosas llegaban todos los días a las manos — el senado «invita» a Pompeyo a que haga un movimiento hacia el norte y que venga a instalarse con sus tropas en las inmediaciones de la ciudad.

V

Junto a la avalancha de honores «nuevos y muy insólitos» otorgados a Pompeyo, el tratamiento infligido a César ofrece un contraste impactante: se trata de una secuencia alternada y calculada de vejaciones y humillaciones.

Demasiado orgulloso para hacer él mismo una solicitud ante el senado, el vencedor de Alesia hace pedir a la asamblea, por la intermediación de sus amigos, que se avance un año su segundo consulado sin que se le obligue a abandonar sus provincias antes de asumirlo. ¿No puede acaso acordársele eso, mientras que Pompeyo accedió a su último consulado tan sólo tres años después de que expirara el anterior? Ello parece imposible... Sin embargo, después de tormentosos debates el senado se rehúsa.

Renunciando entonces a una candidatura anticipada al consulado, César sugiere que se prolongue su *Imperium* hasta el último día de diciembre de 49, para permitirle pasar sin transición de su mando militar a la magistratura civil. Esta vez, el senado se opone a ello categóricamente. Uno de los cónsules en funciones, Claudio Metelo, llega inclusive a sostener «que convendría nombrar, desde ahora, a un sucesor de César, el cual entraría en funciones el 1º de marzo de 50».

Respecto a esto, César — que se ha instalado en Ravena — solicita que se le permita aspirar al consulado sin tener que ir personalmente a Roma. Una vez más, el senado rechaza su solicitud, invocando la imposibilidad de transgredir las leyes.

¿Cómo es que los senadores no ven a dónde los conduce su intransigencia? ¿Toman ellos por debilidad la longanimidad de César? Embriagados por la cercanía tranquilizadora de las tropas de Pompeyo, cometen en los días que siguen una serie de torpezas que, con el pretexto de evitar la crisis, la precipitan.

En la sesión del 1º de diciembre de 50, el nuevo cónsul M. Marcelo, que abraja por César un odio tan tenaz como el de sus predecesores, quiere forzar a los senadores a que adopten con toda claridad una posición. Les plantea a boca de jarro la siguiente pregunta:

- ¿Conviene relevar de su mando a Pompeyo?
- No, no! exclama la mayoría de los senadores.
- ¿Hay que nombrar sobre la marcha un sucesor para César? les pregunta.
- Sí! responden unánimemente los senadores.

Pero César tiene algunos partidarios en el recinto. Curión es uno de ellos. Midiendo el peligro que esta maniobra significa para su amigo, Curión intenta ponerlo a salvo mediante una hábil contra-propuesta:

— ¿No convendría más bien que *al mismo tiempo* se destituyera a César y a Pompeyo? les pregunta a los senadores.

Un momento desconcertados, los Padres de la Patria se alinean con la opinión de Curión por trescientos setenta votos contra veintidós. Esa votación anula el efecto de los dos escrutinios precedentes.

— Si es así, tendrán a César por amo! exclama iracundo Marcelo levantando la sesión.

Al día siguiente, la reunión es todavía más tumultuosa. Desde su inicio Marcelo declara que tiene una comunicación urgente que hacer.

— César marcha sobre Roma al frente de diez legiones! exclama en un tono de angustia. ¿Qué esperan para abatir a este enemigo de la República?

— Es falso! replica Curión. No se dejen engañar por estas noticias mentirosas. César está en Ravena y no se ha movido de allí!

En el colmo de la intranquilidad, los senadores ya no saben qué hacer. Anulan su voto del día anterior. Pero cuando Marcelo quiere extraer de ellos sanciones contra César, entonces titubean, tergiversan y, finalmente, se sustraen a ello.

— Puesto que se me impide cuidar la seguridad del estado con el apoyo de los senadores, proclama Marcelo, me encargaré de ello solo, en mi calidad de cónsul!

Poniendo manos a la obra, de inmediato se dirige, en compañía de su colega Servio Sulpicio Rufo, a Capua, en donde se encuentra el campo de Pompeyo.

— Nosotros te ordenamos que marches en contra de César por la defensa de la patria! le dicen al procónsul presentándole una espada. Para ello, nosotros te conferimos el mando de todas las fuerzas armadas estacionadas no sólo en Capua, sino en toda la península itálica, y la facultad de aumentar el número mediante las levás que tú juzgues indispensables.

— Voy a posponer la invitación de los cónsules, les responde Pompeyo. Y luego, tras un momento de reflexión, prudentemente añade: a menos de que haya alguna otra cosa mejor que hacer...

¿Espera acaso que en el último minuto César se incline? Ello parece poco probable. Más bien parece que Pompeyo habría considerado la gestión de los cónsules como una garantía insuficiente. Antes de hundirse en un asunto tan grave, él quisiera quedar cubierto por un voto del senado. Pero hasta ese momento, el senado no ha decidido todavía nada...

Esas amenazas se hacen para provocar a César y sacarlo de su hermetismo. Pero él sigue sin moverse. Él quiere que la ruptura se deba a sus adversarios, para que todo lo odioso de sus consecuencias recaiga sobre ellos. Pero sí aumenta sus precauciones. Cuando su amigo Curión lo pone al tanto de las tumultuosas escenas que tuvieron lugar en Roma, ordena que se le unan en Ravena la VIIIª y la XIIIª legiones acampadas en Mâcon, así como las veintidós cohortes frescas, reclutadas en Narbonasia, en donde la XIIIª legión acaba de proclamarlo *Imperator*.

En Roma la fiebre aumenta. «Mientras más nos acercamos a la inevitable lucha, más nos percatamos de la magnitud del peligro», escribe Caelio a Cicerón. «Es este el terreno en donde van a chocar los dos hombres más poderosos del momento: Pompeyo está decidido a no permitir que César sea cónsul antes de haber entregado su ejército y sus provincias. Y César está persuadido de que no hay seguridad para él más que si conserva su ejército... Es así que aquellas grandes ternuras y aquella temible alianza desembocarán no en una animosidad oculta, sino en una guerra abierta».

Prosiguiendo en secreto con sus preparativos de combate, César multiplica los ofrecimientos de paz. Dos amigos suyos — Marco Antonio y Q. Casio Longino — forman parte desde el 10 de diciembre de 50 del colegio de tribunos. César los invita a que informen a los cónsules que está listo, por una parte, a abdicar al mando de sus legiones con excepción de dos, a las que conservará junto con el gobierno de Cisalpina, hasta su ascenso a su segundo consulado (1° de enero de 48); por otra parte, a reconocer la prórroga de Pompeyo en su gobierno de España. Pompeyo — que sin duda piensa que su *imperium* no valdrá gran cosa el día en que César haya accedido al consulado — rechaza este compromiso y los dos cónsules en funciones se abstienen de decir una palabra de ello a la asamblea. A manera de represalia, Antonio, tribuno del pueblo, arenga a la muchedumbre en el Forum para persuadirla de que se le retire a Pompeyo el derecho de reclutar en Italia y que se le obligue a embarcar a Oriente a las dos legiones que retiene en Capua (21 de diciembre de 50). El público le responde con un nutrido aplauso.

Esta vez, Pompeyo empieza a inquietarse. Se percata de que César está ganando terreno. No queriendo dejarle el tiempo para aprovechar esa ventaja, decide forzar las cosas.

Es bajo la doble presión de los cónsules y de Pompeyo que el senado tiene su memorable sesión del 1° al 7 de enero de 49. Los nuevos cónsules, C. Marcelo (primo hermano de su predecesor homónimo) y L. Cornelio Léntulo, son quienes convocan al senado a la sesión inaugural de su magistratura. Se aprestan a dar inicio a la sesión cuando surge Curión. Éste ha recorrido a galope todo el camino que separa Ravena de Roma con el fin de llevar una importante comunicación de César. Los cónsules quisieran ahogar este mensaje. Pero Antonio y Casio, los dos tribunos del pueblo amigos de César, se los impiden y los obligan a que sea leído a los *Patres*.

El conquistador de las Galias comienza por enumerar los eminentes servicios que le ha hecho a la Patria. Declara luego que se compromete a renunciar a su mando a condición de que Pompeyo haga lo mismo. Termina concluyendo que si Pompeyo conservara su ejército, sería injusto que se le quitara a él el suyo, pues ello sería entregarlo sin defensa a la vindicta de sus enemigos.

Los *Patres* deciden estatuir en esa misma sesión respecto a qué curso darle a esas propuestas. Sólo Caelio y Curión declaran que el buen juicio ordena que se les acepte. El resto del senado decide no tomarlas en lo más mínimo en cuenta.

Indignados, Antonio y Casio hacen uso del derecho de *veto* que les confiere su calidad de tribunos del pueblo.^{xiv} Lo repiten en las dos sesiones siguientes. El 7 de enero, el senado confirma su voto del 1º de enero. Decreta el llamamiento al procónsul de las Galias, su reemplazo por su peor enemigo, L. Domicio Ahenobarbo, al cual se le reconoce el derecho de reclutar cuatro mil soldados suplementarios y la obligación para César de regresar a Roma para presentar en persona su candidatura al senado.

Una vez más, Antonio y Casio ponen en la balanza el peso de su *veto*. La sesión se hace cada vez más tumultuosa. Los gritos prorrumpen de toda la gradería del hemiciclo. Como último recurso, los cónsules someten a votación al senadoconsulto supremo, el cual los dotará con un poder ilimitado a ellos, a los otros magistrados y al procónsul Pompeyo. Conminan a los dos tribunos a que desciendan de su banco para evitar los malos tratos a los que se expondrán si persisten en su actitud negativa.

Antonio protesta con vehemencia. Declara a los asistentes testigos del atentado cometido en su persona en contra de la sacrosanta majestad del tribunado y abandona la asamblea con Casio y Curión. Esa misma noche los tres hombres se refugian con César.

Esta vez se ha consumado la ruptura. Antonio, Casio y Curión le llevan al vencedor de las Galias lo que éste desde hacía mucho tiempo esperaba: el alibí de la legalidad. Pero César sabe también que no tiene ya ni un minuto que perder. Están en juego su cabeza, su futuro, su obra.

Con calma le ordena a sus tropas marchar sobre Arimino. Es la primera etapa sobre el camino de la capital.

VI

Entre Ravena y Arimino (Rimini) serpentea un riachuelo: el Rubicón. Casi seco en verano, sus aguas crecen en invierno por la nieve de los Apeninos. Sin embargo, esa modesta corriente de agua está investida de una importancia casi sagrada. Representa mucho más que una frontera territorial: el límite que, sin previa invitación para ello, ningún general romano tiene el derecho de cruzar al frente de sus legiones, so pena de ser declarado rebelde y «enemigo de la patria». Ese acto, que la ley romana asimila al crimen supremo, implica la pena de muerte. Es, no obstante, el que el vencedor de Alesia está decidido a efectuar.

Pero la audacia no excluye la más extrema de las prudencias. Hasta el último minuto, César se las arreglará para darle a sus enemigos la oportunidad del cambio.

Durante el día del 11 de enero, mientras que un destacamento compuesto de centuriones y de soldados escogidos entre los más seguros recibe la orden de cruzar clandestinamente la frontera y de infiltrarse en Arimino, él aparenta despreocupación, se muestra ostensiblemente en público, asiste a un combate de gladiadores, finge interesarse en la construcción de una escuela de beluarios y cena en alegre compañía. Durante la cena, con el pretexto de una indisposición solicita a sus convidados el permiso para retirarse. Sólo una docena de amigos está al tanto de sus proyectos. Se reunirán con él uno tras otro en el lugar de la cita.

Una carreta jalada por caballos de una panadería cercana lo espera afuera. César se sube en ella. La noche cae. Una por una, las luces de los pueblos vecinos se apagan. La oscuridad es completa. Pero el vencedor de las Galias conoce menos bien esa región que los valles de Auvernia. Se extravía y, durante una parte de la noche, pierde horas preciosas errando en el camino. Por fin, al amanecer, un caminante acepta servirle de guía. Temeroso de que se le reconozca si se muestra en su carreta a la luz del día, abandona su vehículo y prosigue a pié, a través de senderos estrechos invadidos por la maleza. He aquí, por fin, las riberas del Rubicón, hasta donde sus amigos se le han adelantado y sus cohortes lo esperan.

Si le creyéramos a Apiano, habría entonces titubeado por un instante.

— Si no cruzo este río, les habría dicho a sus amigos, el haberme detenido será la fuente de mis desgracias; pero si lo paso, ¡ay de la humanidad!

Esta versión parece poco probable. ¿Cuándo se vio a César retroceder ante los obstáculos? ¿No trata más bien de dar a sus soldados la impresión de que no actúa del todo a su gusto sino que lo empuja el destino o, en otras palabras, que no hace sino obedecer la voluntad de los dioses?

Una vez en los campos que bordean el río, ordena soltar allí un rebaño de caballos, los cuales son ofrecidos a las divinidades. ¡Ojalá que éstas puedan enviarle un signo, un presagio que lo coloque por encima de las prohibiciones humanas...!

«Mientras más se acercaba al hecho, nos dice Plutarco, más variaban sus pensamientos, cuando consideraba la suprema intrepidez de su empresa. Sin decirle nada a nadie, se dio a sí mismo varios discursos, inclinándose a veces en un sentido, a veces en otro. Luego, caminando a lo largo de la orilla de río, les hizo apreciar a sus amigos a cuántos males daría comienzo el paso del río y cuánto hablarían de ello en el futuro sus sucesores y sobrevivientes».

— Podemos todavía echarnos para atrás, le dice a Polión, pero una vez que hayamos atravesado ese pequeño puente todo tendrá que arreglarse por la fuerza de las armas.

En el alba gris que amanece, César analiza la situación con su acostumbrada lucidez. No se le escapa ninguna de las consecuencias de su acto. Sabe que el gesto que va a realizar resonará a través de los siglos. Pero para que él se decida a ello, le falta todavía un algo de misterioso que le dé a sus legiones la convicción de que lo guía la Fortuna y que les imprima el impulso que les asegurará la victoria.

«Entonces, nos dice Suetonio, de pronto apareció cerca de allí un hombre de una talla y de una belleza extraordinarias, tocando su flautín. Los pastores se habían congregado para oírlo, así como una multitud de soldados, entre los cuales se encontraba un grupo de clarines. Arrebatándole a uno de ellos su instrumento, el hombre lo toma con las dos manos y, tocando al ataque con una potencia formidable, pasa a la otra orilla».

Con ello, César ya no titubea. Se lanza tras él gritando:

— Vayamos a donde nos llaman los signos de los dioses y la injusticia de nuestros enemigos! La suerte está echada! *Alea jacta est.*

.....

Detengámonos un momento en esta alba del 12 de enero de 49, en la que la libertad y la fatalidad se asocian para conformar uno de los acontecimientos más notables de la historia. ¿Acaso no ha quedado en la memoria de los hombres el paso del Rubicón como el símbolo mismo del acto irreversible, del hecho consumado?

Plutarco, Suetonio, Apiano, que nos lo han narrado, se inspiraron en el relato, hoy perdido, de Asinio Polión, quien fuera uno de los testigos oculares de la escena. Algunos le atribuyen a César una inquietud totalmente humana; otros, una angustia casi metafísica. ¿Cuál es, en todo esto, la parte de la verdad y cuál la parte de la fábula? Ficción y realidad intercambiaron tan bien sus máscaras que se volvió casi imposible discernir sus rasgos.

En cuanto a César, él relata el episodio en su habitual estilo lacónico. «Una vez asegurado del espíritu de estos hombres, escribe en el *De Bello Civili*, César llega a *Ariminum* con su XIIIª legión». Es todo.

¿A qué habría que atribuir esa lapidaria brevedad? Algunos han visto en ella un testimonio de modestia; otros, la confesión de un complejo de culpabilidad. Ninguna de estas interpretaciones resiste el examen.

¿César, modesto? ¿Él, que se proclamaba descendiente de Venus y que de buena gana decía que pertenecía a una raza «que unía al carácter sagrado de los reyes, que son los amos de los hombres, la santidad de los dioses, de la cual los reyes mismos son una muestra»?^{xv} ¿Modesto, aquel que tenía — según Dión Casio — «una tan alta opinión de su persona y tan grandes esperanzas que no dudaba jamás de su salvación, inclusive en los momentos en que todo parecía serle contrario»?

Entonces, ¿la vergüenza ante la ilegalidad? Pero ¿cuándo se dejó César intimidar por un argumento de esta naturaleza? Desde su brusco regreso de España, cuando allá ejercía las funciones de cuestor, hasta el desencadenamiento de las operaciones en las Galias, él no había cesado de «zarandear» la legalidad. Y además ¿en qué medida lo ha respetado a él el senado? ¿No fue acaso el senado el primero en pisotear las reglas tradicionales permitiéndole a Pompeyo volver a ser cónsul al cabo de tres años, autorizándolo a acumular los cargos de consulado e *imperium* y destituyéndolo a él, César, sin tener en cuenta el *veto* de los tribunos? La legalidad

que el senado invoca no es más que una fórmula vacua. ¿Por qué se dejaría César paralizar por ella, él, cuyo genio se identifica con la ley viva, capaz de salvar al decadente mundo romano? Una frase suya, recogida por Suetonio, nos dice mucho al respecto: «Si yo pereciera, la República no tendría ya ningún descanso, sino que se hundiría en una sucesión de guerras civiles cada vez más sangrientas». Es él quien secreta la ley como un árbol da sus frutos y es por ello que, el día en que se convierta en el legislador supremo, promulgará con la misma soltura decretos que regirán los detalles más ínfimos, como el número de ciudadanos admisibles en las distribuciones de trigo, o los edictos relacionados con las cuestiones más vastas, como la reforma del calendario — medida esta destinada a hacer concordar todos los actos de la tierra con la marcha del sol...

Conviene, según parece, buscar en otra parte la verdad profunda. Para los adversarios de César, la legalidad que él transgrede se presenta bajo el aspecto de un «tabú» formidable. Mientras más se le eleve, más se le proclamará intangible y más se llenarán las almas de espanto ante la magnitud del crimen de quien la haya conculcado. Para ellos, el Rubicón es un río infranqueable. Pero no para César! Este espíritu realista y dominante, que había atravesado el Rin y la Mancha en plena tempestad, no ve en el Rubicón más que un arroyo insignificante. Él no necesitó, para pasar de una orilla a la otra, cruzar no se sabe qué «Rubicón interno». Si en relación con una de las hazañas más resonantes de su vida su laconismo desconcierta, sin duda alguna ello se debe a que *no hay Rubicón* para aquel que sabe que lleva en sí los destinos de su patria.

VII

Amanece. El cielo está gris. Un viento áspero sopla desde el mar. Las cohortes cesarianas penetran en Arimino y se agrupan en la plaza del mercado en torno a sus respectivos emblemas. Hace frío. Los soldados, que no comen desde el día anterior, se estremecen. De ahora en adelante César no es más que alguien fuera de la ley con quien ellos ataron su suerte. ¿A dónde los llevará? En la claridad indecisa del alba aparece la delgada silueta del *imperator*, escoltada por tribunos fugitivos llegados de Roma el día anterior y vestidos todavía con sus miserables túnicas de esclavos.

De pronto una voz tajante se eleva. César arenga a sus soldados. Les anuncia su ruptura con Pompeyo y, por primera vez, les revela las razones de su desacuerdo. Después de haber reconstruido la génesis del conflicto, los exhorta a dar pruebas de valor. Designando el anillo que lleva en el dedo, les declara que no dudará en despojarse de él para recompensarlos de sus esfuerzos. Como siempre, la voz de César electrocuta a sus escuchas. Hace ya mucho tiempo que él manda hombres y sabe cómo hablarles. Éstos, además, parecen haber entendido mal el sentido de sus palabras. Al verlo mostrar su anillo, creen que él se está comprometiendo a hacerlos

partícipes del orden ecuestre (del cual el anillo es el signo distintivo) y a darles los cuatrocientos mil sestercios propios de dicha condición. Pero a pesar de esta esperanza, los legionarios se asustan ante la idea de ensangrentar el suelo de Italia. ¿Guerra en el exterior? Toda la que se quiera ... Pero ¿guerra civil? A ellos visiblemente les repugna adentrarse por esa vía.

Entonces el primípila Lelio, de la XIIIª legión, que se había cubierto de gloria en la campaña de las Galias, responde a la alocución de su jefe. No lo condena por ir hacia adelante. Al contrario, le reprocha su paciencia excesiva y lo conjura, en nombre de sus camaradas, a que de inmediato los conduzca al combate.

— Si me ordenas que hunda mi espada en el pecho de mi hermano, en la garganta de mi padre, en las entrañas de mi esposa embarazada, mi mano se rehusará. Y sin embargo, mi brazo te obedecerá! declara en un tono feroz. Si hay que despojar a los dioses e incendiar los templos, nuestras antorchas fundirán sus estatuas de bronce para hacer de ellas monedas. Nuestras espaldas empujarán los arietes que demolerán los cimientos de todos los muros que quieras derribar, inclusive si es la ciudad de Roma que tú nos ordenaras aniquilar!

Primero una voz y luego otras se elevan para aprobarlo. Muy pronto el espacio es demasiado estrecho para contener todas las aclamaciones. Bajo el influjo del entusiasmo, los soldados juran seguir a César a donde sea que él los conduzca ...

Sin perder un instante, César hace avanzar sus columnas para ocupar *Arretium* (Arezzo), *Pisaurum* (Pesaro), *Fanum* (Fano) y Ancona. Estas tres últimas ciudades caen en cuarenta y ocho horas. Antonio hace su entrada en *Arretium* el 15 de enero.

Durante este tiempo César, que se ha quedado en Arimino, redacta una nueva comunicación dirigida al senado. Enumera en ella las condiciones bajo las cuales está dispuesto a dejar las armas. Pompeyo partirá a sus provincias españolas; los dos licenciarán sus tropas en Italia; se pondrá un término al régimen de terror que reina en Roma; a los comicios populares se les devolverá su libertad; el ejercicio del gobierno quedará asegurado de manera conjunta por el senado y por el pueblo; una entrevista entre Pompeyo y él permitirá disipar el malentendido que los opone y facilitará el arreglo de los últimos puntos en litigio. César confía estas propuestas a mensajeros que parten a rienda suelta para llevarlas a la capital.

El paso del Rubicón debió haberse conocido en Roma durante la mañana del 15 de enero. A cada hora llegan nuevas noticias. Se habla de legiones que avanzan a pasos agigantados, de ciudades ocupadas en un abrir y cerrar de ojos, de pueblos que arden. «Los primeros fugitivos llegan y, tras ellos, multitudes amotinadas, cada vez más numerosas, cada vez más desbocadas, aportando rumores cada vez más alarmantes. Se dice que César trae con él tropas considerables, las cuales tienen orden de saquear la ciudad ante los ojos de sus habitantes. Y, para aumentar el pánico general, los relatos de prodigios y de signos celestiales que auguran eventos futuros se transmiten de boca en boca. En algún lugar cayó una lluvia de sangre; en

otra parte, se vio sudar el mármol de las estatuas; aquí, los rayos cayeron simultáneamente sobre varios templos; allá, una mujer embarazada se liberó por medio de un alumbramiento monstruoso. Estrellas desconocidas iluminan la noche y un cometa — astro que para los antiguos tenía la reputación de anunciar las peores catástrofes — acaba de barrer con su cola el cielo súbitamente ensombrecido».^{xvi}

En los medios gubernamentales se llega al colmo de la locura. Algunos senadores tienen un fuerte altercado con Pompeyo. Éste, tan sólo poco tiempo antes, había afirmado que le bastaría con golpear el piso con su pié para hacer surgir legiones enteras.

— Y bien! le preguntan los senadores, ¿qué esperas para hacerlo?

— ¿Legiones? les responde Pompeyo con una voz sacudida por la cólera, las tendrán si me siguen! Pero están perdidos si pretenden defenderse en este sitio. El peligro es mucho mayor de lo que ustedes piensan. Hay que abandonar Roma, inclusive quizá Italia ...

Su idea no es entablar combate con César, sino hacer un vacío ante él. Procede de inmediato a sus preparativos de partida, decreta que quienes rehúsen seguirlo serán declarados traidores a la patria, ordena que se lleven todas las ofrendas puestas en los templos y se aleja con sus escuadras en dirección de Bríndisi. Los senadores se quedan en la mayor de las perplejidades. ¿Abandonar la capital? Eso nunca se ha visto, ni siquiera en la época de las invasiones galas. Pasan la noche entera deliberando. Al alba, deciden que Roma será evacuada.

Su partida es la señal de un «sálvese quien pueda» general. La aterrorizada población pierde por completo la cabeza: «El instinto de la muchedumbre mueve a todos y cada uno al azar y ahuyenta ante sí al pueblo en derrota, escribe Dión Casio. En largas filas, grupos compactos se lanzan hacia adelante. Podría creerse que antorchas prendidas se apoderan de los techos o que, sacudidas por una fuerza que las mina, las casas se tambalean y se inclinan y, como si ya no le quedara ninguna otra esperanza más que la de salir lo más rápido posible de los muros de la patria, la muchedumbre se lanza a la aventura».

Las autoridades son las primeras en poner el ejemplo: apenas se le informa que su equipaje personal está listo, el cónsul Léntulo, encargado de proceder al traslado del tesoro depositado en el templo de Saturno, renuncia a su misión y huye apresuradamente.

Al enterarse de que Pompeyo se bate en retirada hacia el sudeste y se repliega hacia Bríndisi — un gran puerto situado sobre el Adriático — César se lanza en su persecución para impedirle que se embarque. Antes de que atravesara el Rubicón, ciertos miramientos eran todavía posibles. Ahora ya no. El haber atravesado el río simplificó todo. Por ello las decisiones van a tomarse, una tras otra, con una rapidez fulgurante.

César no tiene muchas tropas y sí muy poco dinero. No obstante, tiene en su juego un as considerable: el favor popular. A medida que avanza, las ciudades se

rinden a sus lugartenientes sin ofrecer resistencia. En *Iguvium*, la población recibe a Curión y a sus tres cohortes con manifestaciones de alegría. *Picenum*, *Auximum*, *Ausculum*, *Firmum*, *Fruentum*, *Cingulum* caen en sus manos sin violencia alguna. El 14 de febrero, después de haber seguido por el litoral, César de pronto aparece ante *Corfinum*. Durante ocho días, la ciudad titubea en abrirle sus puertas. No hay duda de que no es mucho tiempo. Pero esta inopinada resistencia le hace perder un tiempo precioso, pues él tiene que ocupar Bríndisi antes de que Pompeyo llegue. Y entonces se lanza en esa dirección a marchas forzadas ...

Demasiado tarde! Cuando desemboca en los bordes de la ciudad, Pompeyo ya está encerrado en ella. César le envía entonces un nuevo mensaje. Que acepte la negociación cara a cara! Que comprenda ya la situación! César no quiere atentar contra su vida. Quiere simplemente forzarlo a reconocer lo evidente. Por ligar su causa a la del senado, se metió en un callejón sin salida. El principado no lleva a nada. Como todos los compromisos, no sirve más que para retrasar lo inevitable. Si los dos hombres pudieran conversar cara a cara podrían fácilmente llegar a un acuerdo ...

Pero Pompeyo permanece inamovible. A las propuestas de César manda responder altivamente «que no podría negociar más que en Roma y en presencia del senado». Al mismo tiempo ordena levantar barricadas en toda la ciudad.

Durante varios días, César deberá derribar las murallas, eliminar uno por uno los reductos interiores y abrirse camino a través de las calles sembradas de trampas y de caballos de frisa. Cuando por fin llega al puerto, los muelles están desiertos, la bahía está vacía. Pompeyo se hizo a la mar con su flota, llevándose con él sus legiones, un gran número de senadores y todos los tesoros de los que pudo apropiarse durante su retirada ...

VIII

Frente a César, Pompeyo se repliega instintivamente hacia el oriente. ¿Acaso el mundo romano va a escindirse en dos mitades antagonistas, con César conservando Italia y Pompeyo Grecia?

No. Al retirarse a Macedonia, Pompeyo sienta las bases de un plan grandioso pero inhumano. Sus fuerzas son inmensas, sus recursos casi ilimitados. Posee un ejército en Iliria, otro en España. Dispone de una numerosa flota, la cual le asegura el control del Mediterráneo. Al hacer remontar sus legiones españolas hacia la Galia Cisalpina, agotará las fuentes de reclutamiento de César. Al mismo tiempo, sus naves interceptarán los convoyes de trigo que partan de Sicilia y del África proconsular. Muy pronto Italia, sometida a este bloqueo, al que agravarán aún más los ataques de los piratas, quedará reducida al hambre. Atrapado, privado de refuerzos, expuesto a la hostilidad creciente de las poblaciones, César terminará por

sucumbir. Entonces Pompeyo desembarcará con tropas frescas y será aclamado en todas partes como el liberador.

Al trazar un paralelismo entre Pompeyo y César, Lucano compara el primero con un roble y al segundo con un rayo:

*Con el paso de los años, nos dice,
Pompeyo, en toga, se olvidó de lo que el ejército le había enseñado.
Ya no aspira más que al renombre, multiplica las dádivas,
Se deja llevar por completo por el viento popular,
Sonríe con desenvoltura a los ruidosos aplausos de su teatro,
No renueva en nada sus fuerzas, se confía
A su antigua estrella. Es la sombra de un nombre,
El roble que se levanta en medio de las cosechas,
Cargado del botín de pueblos desaparecidos
Y de ofrendas. Empero, sus raíces se agotan,
Sólo su peso lo sostiene, sus ramas se desnudan;
La gran sombra que da es la del árbol muerto.*

En cambio, César tiene para él

*Más que un pasado de jefe: un valor siempre
En marcha y temiendo tan sólo vencer sin lucha.
Él persigue sus éxitos, le pisa los talones a los dioses,
Derriba en su ascenso todos los obstáculos,
Es feliz cuando la ruina le abre el camino.
Así, cuando los vientos lo arrancan a las nubes,
Se ve surgir, en el estruendo del Universo,
El rayo. Éste desgarrá oblicuamente el día,
Deslumbra las miradas, impone el terror;
Nada puede detenerlo en los lugares que consagra:
Helo aquí que hace furor, que cae y sube
Para juntar sus fuegos, cuando ya no quedan más que cenizas.^{xvii}*

La comparación sería justa, si César no fuera mucho más que el rayo que golpea ciegamente y destruye al azar. Él es un rayo lúcido, metódico y preciso, que calcula sus golpes y elige sus objetivos. De inmediato adivina el plan de su adversario. De un tirón, su genio le dicta la solución: no dejarse encerrar en Italia, sino dar media vuelta y lanzarse a España, para aniquilar allí las legiones fieles a Pompeyo.

IX

Tan pronto tomada su decisión, César inicia su recorrido. Su itinerario lo hace pasar por Roma. Sus vanguardias llegan a ella el 27 de febrero. Después de las escenas tumultuosas del éxodo, la ciudad ha recuperado su fisonomía habitual. Los artesanos han vuelto a abrir sus puestos. Yuntas de bueyes circulan por las calles. Se topa uno inclusive con un cierto número de senadores que no quisieron expatriarse.

El 1° de abril, César los reúne para hacerlos partícipes de sus intenciones. Incorregibles, los senadores empiezan una vez más a enredar las cosas y muestran poco entusiasmo en ratificar sus actos. «Así se perdieron tres días, nos dice César con manifiesta impaciencia, en palabras inútiles». Harto de esos retrasos que le hacen perder un tiempo precioso, César declara a los senadores, en un tono que no deja lugar a la réplica:

— Si el temor los hace retroceder, yo no voy a retroceder. Voy a gobernar el estado por mis propios medios!

A Marcelo, que pretende impedirle servirse de las arcas públicas, le responde sin titubeos:

— Te voy a matar a golpes aquí mismo si sigues importunándome! Y bien sabes, pobre loco, que me es inclusive más fácil hacerlo que decirlo!

Con ello, ya nadie se atreve a elevar la voz.

César toma entonces algunas medidas urgentes. Mejora sus aprovisionamientos, confía la administración general a Lépido, pone a Antonio a la cabeza de todas sus fuerzas armadas de Italia, envía a Marco Licinio Craso (el primogénito del antiguo miembro del triunvirato) a la Galia Cisalpina. Y luego, previendo la extensión de las operaciones navales, ordena la construcción acelerada de dos flotas, una en el mar Jonio y la otra en el mar Tirreno, cuyo mando confía a Hortensio y a Dolabela. Por último, hace que por medio del voto en los comicios se extienda la nacionalidad romana a todos los ciudadanos de la Transpadania.

Esta última medida — a la que el conservador senado se había siempre rehusado — es de importancia capital. En primer lugar, es un primer paso hacia la unificación de las poblaciones conquistadas y prefigura las reformas que César pretenderá introducir posteriormente en el conjunto del imperio. En segundo lugar, le proporciona a sus legiones masas de reclutas nuevos. Porque al adquirir el derecho de la ciudadanía, los galos de la Transpadania saldrán de su condición servil y se verán al mismo tiempo constreñidos por las obligaciones militares, de las cuales los esclavos están exentos.

Una vez tomadas estas disposiciones, el vencedor de Vercingetorix abandona la capital, no sin antes haberse apropiado del tesoro depositado en el templo de Saturno — trece mil quinientos kilos de oro y ciento catorce mil kilos de plata — «dejando por primera vez a Roma más pobre que él».

A sus enemigos, que después lo acusarán de haber ignominiosamente violado el santuario, el *imperator* responde con una ironía áspera:

— Ni siquiera tuve que derribar las puertas: el cónsul Léntulo las dejó abiertas, tan apurado estaba de irse a esconder!

Su estancia en los bordes del Tíber no habrá durado más que ocho días.

X

Apenas reagrupa sus legiones estacionadas en la Galia Cisalpina, César se encamina hacia España. Al llegar a Antibes, se entera de que Marsella, haciendo valer su *status* de antigua colonia helénica, decidió cerrarle sus puertas. De inmediato ordena bloquear la ciudad. Pero como el sitio amenaza con prolongarse, deja allí algunas tropas y pone a los astilleros a trabajar en la construcción de una nueva flota, en Arles, cuyo mando confía a Décimo Bruto. Ésta bajará por el Ródano y bloqueará Marsella por el mar. Luego, sin esperar la caída de la ciudad y «dándole a los diversos asuntos tan sólo el tiempo que se necesita para asegurar su ejecución», se aleja con sus escuadras en dirección de los Pirineos.

Las fuerzas españolas de Pompeyo llegan a siete legiones. Tres de ellas, bajo el mando de L. Afranio, se estacionan en la España citerior (cuena del Ebro y toda la vertiente oriental de la península). Tres otras, comandadas por M. Petreio, ocupan Lusitania. M. Varrón, que gobierna la España ulterior (cuena del Guadalquivir, el Guadiana, el Tajo y el Duro), dispone de una legión y de una imponente flota. Frente a esas fuerzas, César no dispone en total más que de seis legiones — la XIII^a (que atravesó el Rubicón), la XII^a, la VIII^a y tres otras, recientemente aportadas por Fabio — a las que hay que añadir diez mil auxiliares y seis mil jinetes.

Después de una serie de maniobras ejecutadas con presteza, César obliga a Afranio y a Petreio a capitular en las cercanías de Ilerda (Lérida, 23 de junio-2 de agosto). Luego, habiéndose llevado la victoria en menos de cuarenta días, se precipita sobre Varrón y lo obliga a deponer las armas. Dislocadas y desarmadas, las legiones de Pompeyo son enviadas a Italia. César conserva para él la flota. Baja a Gades (Cádiz) para entrar en posesión de ella y en ella se embarca hacia Tarragona, a donde llega una semana después (1º de octubre).

De allí parte de nuevo para Italia por vía terrestre. Al llegar al paso de Pertus, se detiene ante los orgullosos monumentos edificadas por Pompeyo en 71, después de su victoria sobre Sertorio. Vuelve a leer la altiva inscripción que relata el triunfo de su rival: «Ochocientas setenta y seis ciudades conquistadas, desde los Alpes hasta la costa cantábrica». Como para darle a Pompeyo una lección de modestia, manda a poner junto a su triunfal pirámide un modesto altar de piedra. Allí en donde el vencedor de Sertorio había querido hacer resonar su gloria, César eleva una plegaria de agradecimiento a los dioses ...

Apenas tiene tiempo de recibir, de paso, la rendición de Marsella, de reprimir a Placencio por un motín de legionarios — a quienes declara, en un tono que no permite la réplica: «No soy yo, es la naturaleza la que creó la desigualdad; es por ello que ciertos hombres están hechos para mandar, los otros para obedecer» — que está ya de regreso en Roma en donde los comicios, trabajados en forma encubierta por Lépido, acaban de nombrarlo dictador. Promulga, sin interrupción, toda una serie de leyes: la ley que regula los derechos de arrendamiento y de deudas, la ley contra la intriga, la ley que confirma el otorgamiento de la ciudadanía romana a los galos de la Transpadania, la ley que autoriza el regreso de los desterrados, la ley que versa sobre la distribución gratuita del trigo. Todo eso en menos de diez días. Pero la rapidez con la cual promulga estas medidas prueba que ya había reflexionado mucho tiempo sobre ellas.

Al onceavo día se hace nombrar cónsul, fija el reglamento y la fecha de las fiestas latinas, ofrece un solemne sacrificio a la fortuna viril y, libre ya de toda inquietud con respecto a las Galias y España, parte de nuevo a toda prisa para Bríndisi, a donde llega el 22 de diciembre.

XI

Helo aquí de nuevo cara a cara con Pompeyo. Pero un mar lo separa de él. No es un mar tranquilo: el viento del norte sopla tempestuosamente. Tampoco es un mar vacío: quinientas naves pompeyanas bloquean el acceso a Iliria. Su jefe supremo, Bíbulo, está instalado con el grueso de sus fuerzas en la isla de Corcira (Corfú), convencido de que no tendrá que intervenir antes del fin del invierno.

A pesar de tantas victorias logradas una tras otra, la situación de César es más que precaria. De doce legiones convocadas en Bríndisi, sólo cinco llegan a la cita. Además, los efectivos de cada una de ellas se redujeron a dos mil hombres. Pocas armas. Pocas municiones. Ninguna flota digna de ese nombre, ya que las naves que ordenó en los astilleros no están todavía listas.

¿Se dejará él abatir por estas condiciones desfavorables? En lo absoluto. Lejos de detenerlo, la dificultad sirve como aguijón para su audacia. Sin esperar el buen clima, sin esperar siquiera la llegada de las dos legiones que Casio debe traerle de Bética, reúne todas las embarcaciones disponibles en la región y decide atravesar el Adriático en el primer momento de calma.

Una noche, el viento amaina. Por fin, en el momento en que el convoy se apresta a levantar el ancla, Casio llega acompañado de sus refuerzos. César le ordena subir a bordo de inmediato con sus cohortes, hace la señal de partida, atraviesa el mar aprovechando la oscuridad y desembarca al día siguiente en Palesta, al pie de los montes Ceraunianos, con quince mil hombres y ciento cincuenta caballos. Luego, sin darle a sus tropas ni siquiera el tiempo de respirar, se lanza

sobre *Oricum*, a cuarenta kilómetros hacia el sur, de la cual se apodera al día siguiente después de una marcha nocturna (5 de enero de 48).

Al enterarse de que César ha logrado atravesar el Adriático, Minucio Rufo, al mando de la escuadra de intercepción, pierde literalmente la cabeza. Ordena barrenar sus barcos y se refugia en *Dyrrachium* (Durazzo). Por su parte, Pompeyo, que se había hundido en Tesalia, regresa apresuradamente hacia la costa. *Dyrrachium* es el arsenal del ejército de Oriente. Si César se apodera de ella encontrará oro, armas, municiones y víveres en grandes cantidades, esto es, todo de lo que carece para continuar la guerra, ya que lo exiguo de sus embarcaciones lo obligó a dejar su equipo en Italia. Empieza entonces una carrera contra el reloj entre Pompeyo y él. ¿Cuál de los dos llegará primero a *Dyrrachium*?

Será Pompeyo. No porque sea el más rápido (durante toda la campaña de Macedonia, Pompeyo ha dado pruebas de una singular apatía), sino porque no tiene más que seguir la ancho camino embaldosado de la *vía Egnatia*, en tanto que César se ve forzado a desplazarse por caminos montañosos, de empleo más difícil.

Atrincherado en Apolonia, al sur del río Apso, César le manda un nuevo mensaje a su adversario. Por medio de Vibulio Rufo le hace llegar propuestas conciliadoras: que ambos den su palabra, en presencia de sus tropas, de licenciarlas en los tres días que siguen. En cuanto a las condiciones de paz, a falta de la entrevista que César reclama desde el inicio del conflicto, que se atengan a las decisiones del senado y de los comicios. Pero Pompeyo sabe que su rival está en una situación difícil. No es ahora que va a negociar con él! Más *miles gloriosus* que nunca, le hace transmitir una respuesta que no es sino un despectivo rechazo. A partir de ese momento, César no piensa más que en los medios para continuar la guerra.

Sin embargo, su posición se ha vuelto francamente mala. En tanto que Pompeyo festeja con sus generales y los senadores que son sus huéspedes, César desprovisto de todo y separado de Italia, espera en vano el grueso de sus fuerzas — que sigue sin llegar. Así pasan dos meses. ¿Qué hace Antonio, que era el encargado de traérselo? ¿Habría acaso traicionado su causa? Mortalmente inquieto, César decide regresar él mismo a Bríndisi para ver qué es lo que pasa.

A fin de no llamar la atención de los centinelas pompeyanos que patrullan del otro lado del Apsus, César, desprovisto de toda insignia y disfrazado de simple viajero, se sube a una barca de pesca, la cual debe regresarlo a Italia. El *Bora* sopla con fuerza. Una barra, causada por la tempestad, le impide al esquife salir del estero. El casco hace agua y amenaza con voltearse. Asustado, el patrón de la lancha ordena el regreso. Entonces el *Imperator*, levantando el velo de su identidad, le dice al estupefacto piloto:

— ¿Qué temes, dado que llevas contigo la Fortuna de César?

Pero esa noche los elementos son más fuertes que su Fortuna. Tiene que dar media vuelta... Durante tres días César se aburre en la espera — y esperar es, para él, el peor de los suplicios.

Por fin, desde lo alto del promontorio en donde está instalado para escudriñar el horizonte, ve pasar mar adentro, con todas sus velas desplegadas, la flota de Antonio que le trae la otra mitad de su ejército. Arrastrada por el viento más allá del punto previsto para su desembarque, la flota ancla en Ninfellón, al norte de las posiciones ocupadas por Pompeyo. César exulta ...

También Pompeyo ha visto pasar la flota de Antonio. Pero ese espectáculo suscita en él sentimientos muy diferentes. Temiendo quedar atrapado por tenazas en medio de las dos mitades de las fuerzas cesarianas, retrocede a lo largo de la costa, un poco al sur de *Dyrrachium*, y hace rodear su campo por una inmensa circunvalación.

XII

Comienza entonces un sitio largo y costoso. De espaldas al mar y disponiendo, a pesar de sus pérdidas, de una flota aún poderosa, Pompeyo tiene todo lo que se requiere para asegurar su abastecimiento, en tanto que César ocupa un terreno asolado por el enemigo en el que sus legiones no llegan a encontrar su subsistencia. Reducidas a un pan verduzco hecho de corteza y de hojas trituradas, muy pronto están al borde del agotamiento y, en tanto que el hambre se instala en sus campamentos, las semanas transcurren en pequeños enfrentamientos y escaramuzas infructuosas. César quisiera ya ponerle fin a este sitio en el que está empantanado. Pero el adversario se escabulle y rehúsa el combate.

Una bella mañana, informado por tráfugas, Pompeyo se decide a atacar el punto más vulnerable de las defensas de César. La jornada está marcada por una serie de mortíferos enfrentamientos. No lejos del Apsus, los soldados de César se ven rodeados. Llenos de pánico, los abanderados, en general orgullosos, sueltan sus emblemas y huyen sembrando el desorden a su alrededor. Abriéndose camino a través de sus cohortes en retirada, César se precipita al frente de ellas para detenerlas. Corre tras sus soldados, se cuelga de sus brazos, se aferra a sus túnicas, les suplica que se seren. Nadie lo escucha. Lo injurian, lo empujan, lo zarandean. Un hercúleo legionario, a quien tiene asido para impedirle que huya, cede a un movimiento de pánico y levanta su espada sobre él. Uno de sus guardias logra evitar el golpe cortándole el brazo.

Por la noche, cuando se hace el recuento de las pérdidas, todos perciben que son severas: cayeron cinco tribunos militares, treinta y dos centuriones y mil soldados. Para César, es más que un fracaso. Pero, por alguna inexplicable razón,

Pompeyo no explota su ventaja. «Ese día, dirá más tarde César, nos hubiéramos visto perdidos, si el enemigo hubiera sabido vencer».

Después de esa horrible jornada, César pasa una noche agitada. Como una pesadilla, el recuerdo de las escenas que acaba de vivir lo acosa. Desobedecido, maltratado, hasta llegó a ver que sus propios soldados le levantaban la mano! Permanece dos días en su tienda, sin comer, sin rasurarse, profundamente abatido. ¿Tiene miedo de morir? No. Es ese un sentimiento que desconoce. Pero lo invade la insuperable angustia que lo oprime de vez en cuando, esto es, cuando teme que su Fortuna lo abandone.

Pero su Fortuna no lo ha traicionado. Le sigue siendo fiel, pues ella no es más que una proyección exterior de su propio genio. Súbitamente, comprende el error que cometió: en lugar de dejarse inmovilizar ante *Dyrrachium*, habría debido dirigirse tierra adentro, atraer a Pompeyo lejos de sus bases y vencerlo en campo abierto en el terreno que él mismo habría escogido. ¿Cómo es que no se percató de ello antes? Ahora todo está claro: hay que levantar el campo de inmediato y regresar a la guerra de movimiento. Con los primeros rayos del sol, hace tocar el clarín para la concentración ante los ojos pasmados de Pompeyo y parte con sus legiones en un orden perfecto, después de haber quemado sus acantonamientos.

— César levantó el sitio! César huyó!

En el campo de Pompeyo la alegría está en su apogeo. Los senadores se ven ya en el camino a Roma. Saboreando de antemano su victoria, se apresuran a elaborar la lista de proscripciones gracias a las cuales podrán expulsar de la capital a todos los amigos de César.

Al lamento ronco de las trompetas y precedido por sus estandartes, César se aleja en dirección de *Eginium*. Pero detrás de esa sonora pantalla, las cohortes que arrastra consigo no son más que sombras. Exánimes, andrajosos, medio muertos de hambre, sus hombres están en el límite de sus fuerzas. Hace mucho tiempo que no reciben su sueldo. Como para acrecentar su miseria, ninguna de las aldeas que atraviesan quiere proporcionarles víveres. ¿Los hallarán acaso en Gonfi? Pero cuando se aproximan la ciudad cierra sus puertas y rehusa acogerlos ...

Sintiendo que debe a cualquier precio restablecer la moral de sus tropas, César le grita a sus legionarios:

— Al asalto! Autorizo el saqueo. Todo lo que esta ciudad contiene les pertenece!

Estas palabras galvanizan la energía de sus soldados. Después de las privaciones de estas últimas semanas, la perspectiva de comer hasta saciarse los llena de un nuevo valor. Los heridos, los enfermos y hasta los lisiados sienten renacer sus fuerzas. El ataque, emprendido alrededor de las cuatro de la tarde con una especie de frenesí, es coronado por el éxito. Antes de que el sol se ponga, la plaza es tomada. Empieza el saqueo ...

Se halla una enorme cantidad de vino, de este vino áspero de Tesalia que fácilmente se sube a la cabeza. Italianos y españoles, galos y germanos «se embriagan con exceso». La orgía dura toda la noche. César les deja hacer lo que quieren, convencido de que esas cuantas horas de relajamiento les levantará la moral. Al día siguiente, hace tocar para el reagrupamiento y se pone en camino «a la cabeza de una masa caótica y titubeante de veinticinco mil hombres, la mayoría completamente borrachos, los cuales siguen bebiendo mientras marchan y festejan a lo largo de su camino, una especie de bacanal».^{xviii}

César vio atinadamente: esa noche tuvo sobre la moral de sus soldados un efecto saludable, «pues, nos asegura Plutarco, esa ebriedad ahuyentó la enfermedad que provenía de una causa contraria y cambió por completo la disposición de sus cuerpos».

También Pompeyo, al ver que el ejército de César se aleja, abandona *Dyrrachium*. Considerando que su adversario ya no tiene la capacidad de asestarle un golpe serio, se dispone a perseguirlo y se dirige hacia el este, decidido a acabar con él, donde quiera que lo encuentre.

XIII

Lo encuentra al sur de Larisa, a las orillas del Enipus.

Farsalia, 9 de agosto de 48! La batalla que se prepara fijará el destino del mundo. Es aquí que caerán, con un ruido de bronce, los dados lanzados dieciocho meses antes, a orillas del Rubicón. Un sol tórrido aplasta la llanura de Tesalia, «cruel con la sangre romana», en donde César a la cabeza de veintiún mil soldados de infantería y de mil jinetes va a afrontar a los cuarenta mil infantes y a los siete mil jinetes de Pompeyo. O sea que la ventaja numérica no está de su lado. Pero en tanto que el ejército Pompeyano se compone en gran parte de cretenses, de bitinianos y de sediciosos de las Baleares, el suyo comprende numerosos contingentes de galos, de belgas y de germanos y *eso*, él espera, compensará *aquello* ...^{xix}

Frente a las cinco legiones de Pompeyo, comandadas por Léntulo, Escipión, Domicio Ahenobarbo, Pompeyo y Labieno (un antiguo lugarteniente de César que se pasó al adversario después de que cruzara el Rubicón), el vencedor de las Galias dispone las suyas — cuatro grupos puestos respectivamente bajo las órdenes de Marco Antonio, Domicio Calvino, P. Sula y de él mismo — de manera que se encuentre él frente a su antiguo yerno. A su derecha, agrupa su cuerpo de caballería y, un tanto en la retaguardia, seis cohortes de maniobra que reserva para la decisión final, desdeñando todas las reglas estratégicas de la época.

Antes de dar la orden de ataque, César pasa al frente de las tropas y las arenga en términos encendidos:

— Compañeros, les dice, nosotros ya vencimos las más grandes dificultades! No combatiremos hoy contra el hambre y la inopia, sino tan sólo contra hombres. Todo se decidirá este día ... Allí está el enemigo que hemos perseguido desde las Columnas de Hércules! Allí está el enemigo que se nos ha escabullido por toda Italia! Allí está quien quería despedirlos sin concederles los honores del triunfo ni la justa recompensa por sus méritos y esfuerzos ...

Acto seguido, le da algunos consejos a sus comandantes de unidades:

— No tengan en cuenta a los «aliados» de Pompeyo: no son más que esclavos siempre dispuestos a huir. En cuanto a los jinetes, añade con un desprecio no disimulado por la juventud romana dorada que constituye el grueso de las unidades ecuestres, golpéenlos en la cara y no en las piernas, como es la costumbre. Esos bellos bailarines con coronas de flores, celosos por conservar intacta su cara bonita no soportarán por mucho tiempo el brillo del hierro que resplandecerá tan cerca de sus ojos!

Después de lo cual, habiendo ofrecido sacrificios a Marte y a Venus, escoge como consigna «Venus» y da la orden de ataque, no sin antes haberle pasado a sus generales la lista de las personalidades del campo adversario que desea que queden intactos.

Pero un pesado silencio responde al llamado de las trompetas. Ninguna legión se mueve. «Inmóviles, los rostros ensombrecidos, los soldados parecen haber regresado de la alegre animación con la que, en un primer momento, habían recibido el anuncio del combate. Ahora se percatan de la magnitud de esa lucha fratricida que va a poner a miembros de una familia unos contra otros, amigos de infancia, antiguos camaradas de armas».^{xx} No importa que la batalla se libere en territorio extranjero, no por ello es menos la consecuencia de una terrible guerra civil.

Inquieto al ver a su ejército paralizado por el pavor, César se detiene súbitamente ante un modesto primípila de nombre Crastino. Mirándolo directamente a los ojos, le pregunta lo que piensa del resultado de la batalla.

Crastino se yergue y responde con fiereza:

— Tu vencerás, *Imperator!* En cuanto a mí, que viva o muera, antes de que caiga la noche mereceré tu agradecimiento!

Uniéndolo a la palabra, se lanza al ataque, jalando tras él una compañía de élite. Animados por su ejemplo, los escuadrones se lanzan primero lentamente y luego cada vez más rápido. Entran en contacto con las tropas pompeyanas. La colisión resuena a lo lejos en la planicie.

Feroz, encarnizada, durante todo el día la batalla hace estragos y «mucho más cruel, nos dice Dión Casio, por cuanto muchos combatientes, al reconocer a sus amigos en las unidades rivales, los llamaban por su nombre y les pedían que, si los mataban, transmitieran recados a sus familias. Por todas partes resonaban los gritos y los gemidos. En cuanto a los aullidos emitidos por las tropas extranjeras, eran ininteligibles e infundían por todas partes el terror».

Los «aliados» orientales de Pompeyo, hay que reconocerlo, no dan prueba de mucha acometividad. «Como si no se les hubiera llamado más que para ser testigos del espectáculo, nos dice irónicamente Apiano, admiraban la firmeza con la que cada quien conservaba su rango. Y, en esa especie de éxtasis, no se atrevían a ejecutar las órdenes que se les daba». En cambio, los contingentes galos y españoles se distinguen por una combatividad sin igual. Es claro que no les disgusta hacer pedazos a esos romanos que, en sus respectivos países, se entregaron a represiones salvajes. Quizá temieran también volver a perder los derechos cívicos que César les había otorgado, pues no ignoraban que, si Pompeyo ganaba, el senado se los quitaría para volver a hundirlos en su condición de servidumbre.

La lucha es tan intensa y la *mêlée* tan compacta que

*El vencedor apenas halla
Lugar para desenvainar; la víctima para caer.
Ella titubea y gira; pero el inmenso tapiz
La ahoga. Bajo sus restos, los muertos
Aplastan a los vivos ...^{xxi}*

Pasado el mediodía, al sentir que se rompe la resistencia del enemigo, César hace intervenir a las seis cohortes que hasta entonces había mantenido en reserva. Esta maniobra va a decidir el destino de la jornada. Las tropas itálicas de Pompeyo empiezan a ceder terreno. Entonces César hace anunciar a los heraldos «que hay que dejar de combatir contra los romanos, para limitarse a correr tras los aliados». Visiblemente conmovidos por esta medida que les asegura la vida, los legionarios pompeyanos se inmovilizan y deponen sus armas, en tanto que los aliados huyen gritando: «Nos traicionaron!».

La batalla de Farsalia se acerca a su fin. Empero, la labor de César no ha terminado todavía. Él sí sabe vencer y no se contentará con una victoria a medias. El día declina, sus tropas son hostigadas, pero él no piensa más que en aplastar definitivamente a su adversario. Sin tregua alguna, da la orden a sus cohortes de élite de pasar al asalto del campo pompeyano y exalta su ánimo con la promesa de un botín enorme.

La espada en mano, a la cabeza de sus soldados, César irrumpe en el campo de Pompeyo, con la intención de capturar al procónsul y de constreñirlo al diálogo que reclama desde Ravena. Se precipita hacia su tienda. Está vacía. Pompeyo se ha escapado, así como la mayoría de los senadores y de sus generales. La cena del vencido se enfría en una pequeña mesa. Con negligencia, César la prueba y sale. Un espectáculo sorprendente se ofrece a sus ojos. Ve una profusión de tiendas, coronadas con mirtos y decoradas con telas tornasoladas. Echando una mirada al interior de algunas de ellas, percibe mesas puestas para la cena cubiertas con copas de oro y con cráteras llenas de vino. Seguros del éxito, los oficiales pompeyanos

habían tomado providencias para festejar dignamente su victoria.^{xxii} Pero ahora un silencio de muerte reina en las tiendas, como si las mesas hubieran sido puestas para un banquete de espectros ...

Es ese uno de los momentos, con los que de cuando en cuando nos encontramos en la vida de César, en los que se toma claramente conciencia de su misión histórica. Con Pompeyo, Roma no habría fallado en hundirse en el lujo y el desenfreno. Habría perdido su virilidad, su resistencia y esa energía indomable que habría de ser la admiración de los siglos. Al vencer en Farsalia, César corrige la situación. Gracias a él, Roma seguirá siendo «el astil de la colosal balanza en donde se equilibrarán el Oriente y el Occidente».^{xxiii}

La noche cae. César sale del campo y lanza una mirada circular sobre la planicie sembrada de cadáveres. De los veintidós mil hombres que formaban los efectivos de su ejército, no perdió más que treinta centuriones y doscientos legionarios. Pero para Pompeyo, el balance de este día es realmente desastroso: el saldo es de quince mil muertos, entre los cuales hay que contar al procónsul L. Domicio Ahenobarbo, y veinticinco mil prisioneros. La flor de la aristocracia romana está diezmada o cautiva ...

Antes de la batalla, César había entregado a sus generales la lista de los romanos que deseaba proteger. Entre los nombres figura el de Marco Bruto, el hijo de Servilia, la mujer a la que hasta ese momento ha preferido por encima de todas las demás — *qui ante alias dilexit*. Siempre tuvo una inclinación casi paternal por ese joven sombrío e introvertido, desgarrado entre su vinculación a las tradiciones republicanas y su admiración por él.^{xxiv} César, que había ordenado a sus veteranos golpear en el rostro a la juventud romana, investiga con ansiedad acerca de la suerte de aquel a quien considera como su hijo. Lo hace buscar y exige que se lo lleven.^{xxv}

Un jinete lo descubre bajo una tienda, solo como de costumbre, pero meditando e inactivo. «No, ciertamente, porque careciera de valor físico, sino porque le repugnaba desenvainar la espada en contra de César».^{xxvi} Un oficial lo conduce a la tienda del *Imperator*. Bruto baja la cabeza y permanece silencioso. César lo observa un buen rato con ternura. Luego, abriéndole los brazos, lo atrae hacia él y lo estrecha contra su pecho. En ese día de victoria, que nada debe empañar, todos los extravíos del pasado quedan generosamente olvidados.

Durante toda la noche, las cohortes cesarianas se aplican a juntar a los sobrevivientes del ejército adversario, dispersados a través de la llanura y las colinas que la rodean. Al amanecer, sentado en la cima de un cerro, el *Imperator* recibe la rendición de los prisioneros. Los vencidos le entregan sus armas y sus emblemas. Y luego, con los brazos extendidos, en un solo movimiento, veinte mil hombres se tiran al suelo e imploran su clemencia.

César pasea un instante su mirada sobre esta multitud humana postrada a sus pies. Luego ordena a los soldados pompeyanos que se levanten y les hace saber por

los heraldos que les devuelve su libertad. Comienza un capítulo nuevo en la historia de Roma. César pretende inaugurarlos con un gesto de magnanimidad.

Después de lo cual el ejército victorioso procede a la distribución de las recompensas. Según la costumbre romana, es a los soldados mismos, reunidos en centurias, a quienes corresponde designar a los más valientes. Por unanimidad deciden otorgar la primera recompensa a César. La segunda también es para él, pero en conjunción con la Xª legión completa. La tercera es conferida a título póstumo al primípila Crastino, cuyo cuerpo es encontrado con una horrible herida: una espada clavada en su boca que sale por la nuca. César hace que se le rindan los honores fúnebres y ordena que se le erija un monumento aparte.

Mientras tanto, hundido en el dolor y desprovisto de todas sus insignias, Pompeyo galopa a rienda suelta en dirección de Anfípolis ...

XIV

De inmediato se reinicia la persecución, más jadeante que nunca. Antes incluso de llegar a Anfípolis, Pompeyo alcanza la costa y se embarca con destino desconocido. Sus legiones de España están destruidas. Su ejército de Iliria está aniquilado. Pero detenta todavía el dominio del mar. César tiene todas las razones para creer que quiere llegar a Siria, para levantar allí nuevos contingentes.

Adelante! Adelante! Hay que alcanzarlo a cualquier precio antes de que llegue a Antioquía. Para seguirlo, César se ve obligado a tomar una vía terrestre, pues carece de barcos. Eso representa un rodeo de cuatrocientos kilómetros, pero ¿qué importa? Dejando tras sí el grueso de sus fuerzas, parte con su vanguardia en dirección del Helesponto y llega a Sesto, después de diecisiete días de marcha. Para atravesar el estrecho, recurre al expediente del cual ya se sirvió para franquear el Adriático: hace una requisición de todos los barcos de pesca disponibles en el puerto, sube a sus hombres en ellos y cingla hacia la costa de Asia.

De pronto, al llegar a la mitad del estrecho, ve surgir en el horizonte una parte de la flota pompeyana. Bajo las órdenes de L. Casio, se dirige hacia el mar Negro, en donde Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, se propone proseguir la lucha en favor de Pompeyo.

César se estremece ante esta inesperada aparición. ¿Qué se puede lograr con sus frágiles barcas, sobrecargadas, ante estos soberbios trirremes, los cuales representan lo más potente de todo lo concebido por la arquitectura naval antigua? ¿Acaso el mar va a arrebatárselo de un solo golpe todas las ventajas que le representan sus victorias terrestres?

Pero en el momento en que los trirremes están al alcance de la voz y en el que el choque parece inevitable, se detienen y aportan sus pabellones en señal de sumisión. En lugar de entablar el combate, L. Casio, quien se encuentra al frente de

la escuadra, se hace conducir a la barca de César en donde se presenta con súplicas. ¿Cómo no aceptaría César con alegría el concurso inesperado que le aporta? Quizá hasta ese momento no había él medido el aumento de prestigio que le representó su victoria de Farsalia. Bruscamente, en el preciso instante en que Casio se inclina ante él e implora su perdón, toma conciencia de la amplitud de su triunfo. Si alguna vez la Fortuna le sonrió, fue en ese momento! Gracias a la adhesión de esas imponentes fuerzas navales, podrá de ahora en adelante tomar todas las vías marítimas, lo que le permitirá rastrear la estela de Pompeyo, quizá inclusive llegar al Oriente antes que él ...

XV

Después de haberse posesionado de la flota de Casio y de haber hecho transbordar en ella a sus hombres, César alcanza la costa de Sigea, en Tróade, en donde la tradición ubica las tumbas de Aquiles y de Patroclo. La espera de un viento favorable lo obliga a hacer escala allí durante algunos días. Poniendo al mal tiempo buena cara, decide aprovechar la ocasión para visitar el sitio. Con qué emoción se pasea en las riveras del Escamandro, cuyas ondas arrastraron los escudos, los cascos y los cuerpos de tantos héroes! Visita el promontorio de Rhetea, en donde según la leyenda se encuentra la tumba de Ajax. Visita después las ruinas de Troya y trata de encontrar los vestigios de sus murallas ¿No son acaso estos lugares la cuna de Eneas, el fundador de la *Gens Iulia* de la cual él es descendiente y por la cual él puede invocar su filiación divina?

«Durante uno de sus paseos de meditación, nos dice Lucano, pasó por descuido un arroyo que serpenteaba en el polvo reseco: era el Xantes. Sin poner atención, puso el pié sobre un túmulo de pasto. Un frigio le impidió pisotear las manes de Héctor. Había, no lejos de allí, un montón de viejas piedras. «¿Acaso no vas a ver el altar de Júpiter Herceaneo?», le pregunta su guía. Entonces César erige apresuradamente un altar de verdor y, sobre la flama encendida, desparrama incienso formulando votos para el éxito de su empresa.

Dios de estas cenizas,

dice, mientras que el humo de su ofrenda sube hacia el cielo,

Lares de Eneas y tú, Palas,

Cuya imagen permanece oculta a las miradas de los humanos,

Soy yo, el muy noble descendiente de los Iules

Quien viene a ofrecer aquí incienso en sus altares!

Yo los conjuro, en esta tierra

*Que fue su primera morada:
Hagan afortunada la continuación de mis éxitos!
Yo les devolveré sus pueblos.
Los Ausónides agradecidos
Volverán a levantar los muros frigios,
Y Pérgamo, hija de Roma,
Renacerá de sus cenizas!»^{xxvii}*

Al pronunciar esta invocación, por la cual coloca la grandeza romana bajo la protección de los héroes de la Ilíada, ¿habría podido César no acordarse de que Alejandro el Grande había celebrado, en ese lugar, un sacrificio propiciatorio antes de empezar su campaña contra los persas? Él que, cuando era cuestor en España, lloraba ante un busto del Macedonio «porque, habiendo llegado a la edad en la que Alejandro había ya conquistado un imperio, él no había realizado todavía nada que fuera digno de perpetuar su nombre»,^{xxviii} quizá se haya dicho que, en el intervalo, había ya realizado acciones que quedarían grabadas en la memoria de los hombres ... Y, sin embargo, es aquí donde sus itinerarios se cruzan y que aparece en toda su profundidad el contraste de sus temperamentos.

Uno se nos presenta como un adolescente impetuoso, engalanado con todas las seducciones de la juventud y que parece tener la eternidad ante él; el otro como un hombre maduro, de sienes grisáceas, a quien el tiempo le está parsimoniosamente medido. Alejandro es llevado hacia adelante por una embriaguez dionisiaca. Nada parece constreñirlo a hacer esto antes que aquello. Baila a través de las arenas doradas de Asia y es por ello que su conquista conserva la gracia y la libertad de un juego. César en cambio recorre el mundo con paso grave y meditado. Cada etapa de su carrera está ordenada por la necesidad. Sin cesar, un lapso riguroso se le impone. *Es imprescindible* que tal día cruce el Rubicón; *es imprescindible* que alcance a Pompeyo, antes de que sea demasiado tarde; *es imprescindible* que le ponga rápidamente un término a la guerra civil, sin lo cual el mundo entero se hundirá en el caos.

Alejandro, el inmortal, parece estar protegido ante el peligro por una coraza invisible. Nada parece poder opacar sus días. César, eminentemente mortal, está expuesto a todos los peligros y el puñal de sus asesinos no lo perdonará. Sin duda uno y otro tienen el mismo ardor creador, el cual se traducirá en dos de las más bellas cabalgatas que la historia recuerde. Pero uno extrae su poder de su fogosidad y de su imaginación, el otro de su audacia y de su voluntad de poder. Transportado por su propio mito, el primero parece volar de prodigio en prodigio. El segundo, atrapado en las astringentes obligaciones de la política, no obtiene nada más que si respeta el apretado encadenamiento de las causas y los efectos. Alejandro clausura la serie de los antiguos semidioses; César abre la de los modernos jefes de estado.

Cómo quisiéramos quedarnos con el vencedor de Farsalia en esta tierra repleta de leyendas y de recuerdos! Pero él mismo no puede hacerlo. Su obra apenas empieza. Tiene a toda costa que encontrar a Pompeyo, forzarlo a deponer las armas, convencerlo de poner un término a la guerra inútil que ensangrienta el mundo ... Pero sea cual sea su prisa por terminar, César en vano busca a su adversario: su rastro está perdido.

Después de una escala en Quíos y en Efeso, donde recibe la sumisión de las poblaciones de Jonia, César se dirige a Rodas. Es ese el punto de reunión que le ha asignado a su ejército. Allí, por fin, se le informa que Pompeyo fue visto por última vez en las inmediaciones de Chipre, enfilando hacia el sur. César de inmediato adivina que, renunciando a ir a Siria, su rival decidió refugiarse en Egipto. Una vez más, hay que perseguirlo, sin darle tiempo para recuperar el ánimo ...^{xxix}

Renunciando a esperar el grueso de sus efectivos, los cuales no llegan más que por grupos reducidos,^{xxx} a toda prisa hace César embarcar a los elementos de dos legiones y a un destacamento de caballería — cuatro mil hombres en total — en veintitrés trirremes, escogidos entre los que Casio le entregó. Le sirven de escolta diez galeras rodasianas. La partida tiene lugar con la mayor discreción. Nadie conoce el objetivo de la expedición. César se limita a ordenarle a sus pilotos «seguir la luz de su navío durante la noche y su pabellón durante el día».

XVI

Mientras que César era retenido por vientos contrarios en la costa de Sigee, Pompeyo llega a la desembocadura del Peneo, en donde se embarca con una treintena de personas en un navío comercial que hace vela hacia Anfípolis (10 de agosto).^{xxxi} De allí se dirige a Mitilena, adonde llegan para reunirse con él su hijo menor Sexto y su esposa Cornelia. Después de lo cual navegando a lo largo de la costa de Asia, termina por echar el ancla en Atalia (Adalia).

¿En dónde encontrar un refugio que lo ponga al abrigo de los golpes de César? ¿Hundirse en Asia e implorar la protección de los descendientes de Arsaces? Ese asilo sería no sólo incierto, sino costoso.

— Mejor vaya a Egipto, le sugiere su consejero Teófano. Allí estará más seguro. ¿No mantuvo acaso relaciones amistosas con su antiguo rey, Ptolomeo XIII, el flautista? Cuando su hijo, Ptolomeo XIV, a la edad de diez años lo sucedió ¿no lo colocaron simbólicamente bajo su tutela? Él ahora tiene trece años y debe acordarse de ello. Es cierto que Egipto no es una «provincia» romana. Pero no por ello su gobierno ha sido menos favorable a su causa, puesto que el año pasado puso a la disposición de su hijo Cneus cincuenta naves de gran calado...

Estos argumentos terminan por triunfar sobre las incertidumbres de Pompeyo. Decide entonces dirigirse a Egipto con su flotilla, su tesoro de guerra y los dos mil hombres que ha logrado reunir en los puertos de Chipre y de Cilicia.

El 28 de septiembre de 48 — último día de su quincuagésimo año — Pompeyo ve emerger en el horizonte la costa baja y arenosa que anuncia la proximidad del Delta. Es una larga línea de dunas, punteada por palmeras. Sin poder llegar hasta Alejandría debido a vientos contrarios, echa el ancla ante Pelusio, no lejos del cabo Kasión, y de inmediato manda un emisario a Ptolomeo para solicitar de él un recibimiento favorable, en nombre de la amistad que lo ligaba a su padre.

Esta petición cae en muy mal momento, pues Ptolomeo XIV se encuentra en abierta lucha con su hermana-esposa, Cleopatra. Siete años mayor que él y de una inteligencia poco común, muy rápidamente discierne las ambiciones ocultas de tres altos dignatarios de la corona que se disputan los favores de su hermano: el eunuco Poteinos, su «nodrizo», Teodoto de Quíos, su maestro de retórica, y Aquilas, su estratega. Más de una vez lo pone en guardia en contra de las maniobras de estos personajes, de los cuales la crónica nos dice que eran «tan lacayos que les había gustado la profesión de ministro». Al hacerlo, se había ganado su enemistad. Pero Ptolomeo XIV, que no es todavía más que un niño, en lugar de escucharla había tomado partido por ellos y la había expulsado de la corte. A partir de entonces Cleopatra había abandonado Pelusio. Se había refugiado en el desierto sirio, en donde su rastro se había perdido ...

Al recibir la solicitud de Pompeyo, Ptolomeo había reunido a los miembros del consejo real para escuchar sus opiniones. Algunos le sugieren que reciba al vencido, sin duda alguna con las intenciones no declaradas de sacar partido de esa hospitalidad. Otros estiman más prudente rehusarle el derecho de asilo, por temor a verlo corromper a sus soldados, confiscar sus recursos y tomar del poder. Porque si Pompeyo solicitó desembarcar en Egipto, eso no puede ser más que para proseguir desde allí la lucha contra César ...

Por su parte, Teodoto formula las mismas reservas. Pero hace ver que rechazar o recibir al vencedor de Mitrídates sería igualmente peligroso.

— Separar a Pompeyo de Egipto nos valdrá su enemistad, declara, sin por ello desviar la vindicta de César. A ningún precio debe Egipto ser arrastrado en esta querrela. El mejor medio para quitarle a César todo pretexto para inmiscuirse en nuestros asuntos es matar a Pompeyo y enviarle su cabeza, como testimonio de amistad. No teniendo ya nada que temer por parte de su rival, César ya no tendrá más que una preocupación: regresar a Italia para disfrutar allí de los frutos de su victoria. Así nos desembarazaremos de su presencia ...

Esta estrategia recibe la aprobación de todos y Aquilas es el encargado de ponerla en ejecución.

Acompañado por dos oficiales gabinianos, Séptimo y Salvio, cuyas presencias se estima que inspirarían confianza a Pompeyo, Aquilas se sube a un

barco de pesca y se acerca al remo del trirreme pompeyano. Una vez que se encuentra a una distancia de la nave en que lo pueden oír, ofrece disculpas por la modestia de su equipo, alegando que la presencia de bancos de arena hacen imposible la navegación de navíos de más fuerte calado.

— Sírvase subir a mi embarcación, le dice a Pompeyo. Tengo como encargo conducirlo ante mi rey, a quien lo embargan las mejores intenciones del mundo para con usted.

Fiándose a estas buenas palabras, el vencido de Farsalia se pasa a la barca de Aquilas con uno de sus libertos de nombre Filipos. Él se sienta adelante, para releer el texto griego del discurso de bienvenida que se propone dirigirle al soberano de Egipto. Cuando la barca esta a punto de atracar, el triunviro quiere levantarse y se apoya para ello en el brazo de su liberto. En ese mismo instante, Séptimo le hunde su espada en la espalda. Pompeyo se tambalea. Una segunda estocada lo tiende en el fondo de la barca mientras que Salvio controla a Filipos. Comprendiendo demasiado tarde en qué trampa ha caído, Pompeyo se cubre el rostro con un faldón de su toga y se entrega, sin una queja, a los golpes de sus agresores (16 de octubre de 48).

Desde el puente de su trirreme, Cornelia ha asistido, como espectadora impotente, al asesinato de su marido. Lanza gritos de horror y llama a los marinos de su tripulación. Pero nadie se mueve. Invasión por el pánico, la flotilla romana se dispersa en todas direcciones.

Mientras huyen los últimos navíos, los asesinos arrastran el cuerpo de su víctima a tierra. Le arrancan el anillo y le cortan la cabeza. Acto seguido se retiran, abandonando el cadáver al pie de una duna.

Durante varias horas, Filipos, literalmente loco de dolor, corre a lo largo de la playa para encontrar ayuda. Sus gritos terminan por atraer la atención de un antiguo soldado gabiniano, el cual había anteriormente combatido bajo las órdenes de Pompeyo durante su campaña contra Mitrídates. Los dos hombres recogen diversos residuos de madera, hacen con ellos una pira e incineran su cuerpo al anochecer. Después, con sus propias manos cavan un hoyo en la arena para depositar allí sus restos. Maravillosa entrega de un veterano y de un liberto, los únicos que permanecen fieles a su antiguo comandante en jefe.

¿En dónde están las muchedumbres que aclamaron al *Imperator* en la época de su grandeza? ¿En dónde están las legiones que arrastró consigo del Ebro al Eufrates? Tantos triunfos tan brillantes que se pensaba que el mundo nunca los olvidaría culminan consumiéndose en la noche en una solitaria hoguera, en un puñado de cenizas hundidas en una playa arenosa de Egipto ...

XVII

Pompeyo está muerto. Empero, César todavía lo ignora cuando, cuatro días más tarde, hace su entrada en el puerto de Alejandría a la cabeza de su escuadra (19 de octubre).

¿Qué habrá sentido, al percibir por primera vez esta soberbia metrópoli, con sus muelles y sus escaleras de mármol descendiendo hacia el mar, su bahía iluminada por una de las Siete Maravillas del Mundo — la torre erigida en la punta de la isla de Faros — sus palacios y sus foros, sus teatros y sus templos dominados por el mausoleo de los Lágida en donde descansaron durante más o menos un siglo, los despojos de Alejandro el Grande?^{xxxii} Ninguna crónica nos lo dice. Pero tenemos razones para creer que debió sentirse invadido por un sentimiento comparable al de Tasio quien, al visitar la ciudad un siglo más tarde, es decir, en una época en la que ya era menos bella, sólo había encontrado estas palabras para expresar su sobrecogimiento: «Perdónenme, ojos míos, vi ya demasiadas maravillas! ».

En su fuero interno, César debió sentirse agradecido con Pompeyo por haberlo conducido hasta el umbral de un país cuyas riquezas superaban con mucho a todas las de Occidente. Si en efecto Roma nunca había querido «reducir» a Egipto al estado de provincia, ello no se debía en absoluto a que no hubiera tenido militarmente los medios; era para no tener posteriormente que confiar su administración a un procónsul que no habría tenido entonces otra cosa que hacer que apropiarse los tesoros para fácilmente convertirse en amo de Roma ...

Pero he aquí que en el momento de desembarcar, César se entera de una noticia que lo deja estupefacto: Pompeyo había sido asesinado en Pelusio, unos cuantos días antes.

El vencedor de Farsalia se rehúsa a creerlo. Temiendo que se trate de un engaño, exige una confirmación. Que le traigan por lo menos su anillo, su túnica, algún objeto que le haya pertenecido!

Teodoto el Retórico se apresura a darle satisfacción. Sube a su galera y le entrega un objeto redondo envuelto en una tosca tela. César la desdobra y retrocede, horrorizado: es la cabeza de Pompeyo!

Hela aquí por fin la confrontación que desde hace tanto tiempo deseaba! Demasiado tarde ... La muerte ha hecho imposible el diálogo. El asesinato de su rival desbarata todos sus cálculos. Pompeyo era el único que, vivo, podía reconocer su supremacía y ordenar a sus lugartenientes que depusieran sus armas. Ahora habrá que vencerlos uno tras otro, en África, en Asia, en España, en todas partes por donde los azares de la guerra los diseminaron. Súbitamente, César siente que su victoria se frustra.

«Derramó lágrimas y lanzó gemidos, escribe Dión Casio, dándole a Pompeyo el nombre de yerno y de conciudadano y recordando todos los servicios que en el pasado mutuamente se habían hecho».

Debido a que no hizo ejecutar de inmediato a Teodoto, sino que se contentó con encadenarlo, los contemporáneos de César cuestionaron su sinceridad.^{xxxiii} Pretendieron que su aflicción era fingida. Como si lágrimas de pena no pudieran mezclarse con lágrimas de rabia! Inclusive admitiendo motivos egoístas, César no tenía la menor razón para felicitarse por la muerte de su rival. Si lo había perseguido a través de Grecia y de Asia Menor no era para matarlo, sino para obligarlo a que le devolviera la investidura suprema. En dos ocasiones — en Bríndisi y en Farsalia — Pompeyo se le había escapado de entre las manos. Esta vez, su huída era definitiva. Con él, se desvanecía toda perspectiva de acuerdo. En lugar de trabajar para consolidar la paz, César estará obligado a retomar las armas, a galopar a lo largo de las rutas, a descansar a cielo abierto, para enfrentar un desorden siempre amenazador ...

La inmensa cabalgata, que empezara en las brumas del septentrión para expirar en los linderos del desierto africano, no llega todavía a su término. Pero en cambio Pompeyo sí cumplió su misión histórica, que a fin de cuentas no era quizá ni la de aplastar a Mitrídates ni la de vencer a Sertorio, sino la de llevar a César hasta el umbral del Oriente, en donde un mundo nuevo iba a abrirse a su espíritu ...

XVIII

Al mandar asesinar a Pompeyo, Ptolomeo XIV había creído quitarle a César todo pretexto para desembarcar en un país en donde ni él ni sus soldados tendrían ya nada que buscar. Pero su crimen va a tener un efecto diametralmente opuesto. La desaparición de Pompeyo — y, más aún, las infames circunstancias de su muerte — le proporcionan a César un motivo a la medida para intervenir en los asuntos egipcios.

Apenas echa a Teodoto de su presencia vuelve a ponerse su capa de *Imperator* y da a sus tropas la orden de descender a tierra. La decisión es audaz, pues sus fuerzas son mínimas. Pero él está resuelto a hacerle sentir a Egipto el peso de un protectorado que le ha sido hasta entonces aplicado con una mano demasiado ligera. Coloca a sus lictores a la cabeza del cortejo que habrá de dirigirse desde el lugar del desembarco hasta el palacio real, para dejar bien marcado que él considera que el suelo egipcio es un territorio sometido al dominio romano.

A la llegada de la flota, la muchedumbre alejandrina entra en efervescencia. La población — que se eleva a más de medio millón de almas^{xxxiv} — se congrega a lo largo de los muelles y al paso de las tropas. Ve desfilar primero a los centuriones portando cascos y escudos; y luego a César, cuya capa escarlata contrasta con la

blancura del mármol; y luego a cuatro mil soldados de infantería rodeados por jinetes germanos y galos. La muchedumbre ruge y profiere amenazas. Toda la hostilidad que siente por los invasores extranjeros se exhala en ese clamor ronco e ininterrumpido como el mugido del mar.

Tan pronto se instala en el palacio de Loquias, César toma disposiciones para garantizar su seguridad. Manda colocar centinelas en todas las entradas y multiplica las rondas, pues los cuatro mil hombres de que dispone son por completo insuficientes para ocupar la ciudad. Envía a su lugarteniente, Cneo Domicio Calvino, a quien había confiado el gobierno de Siria, la orden de reservar dos legiones de sus contingentes locales y de enviárselas con urgencia para reforzar sus efectivos. Acto seguido ordena buscar lo que queda del cuerpo de Pompeyo y que se le deposite en el templo de Némesis.^{xxxv} En cuanto a su cabeza, la hace embalsamar para enviársela, por medio de un embajador, a su viuda Cornelia.

Al día siguiente, la cólera de la muchedumbre parece calmarse. La ciudad está silenciosa. Pero este mismo silencio está preñado de amenazas, pues formaciones sospechosas se han hecho notar en los mercados y en las cercanías del puerto. Durante todo el día, el vencedor de Farsalia permanece encerrado en el palacio, en conferencia con sus oficiales.

Sea cual sea el ángulo desde el cual se la considere, su situación no es nada envidiable. La muchedumbre se dispersa, pero el menor incidente puede reanimar su furor y provocar una conflagración. Mañana, quizá pasado mañana, estará sitiado en su palacio teniendo a su alrededor tan sólo un puñado de mercenarios para mantener a distancia a enormes masas humanas, en verdad tan enormes que nunca había imaginado que pudieran existir. Inclusive en los peores períodos de tumulto, no vio nunca en Roma nada equivalente. En Alejandría se encuentra rodeado por un mundo inmenso y desconcertante — mucho más desconcertante que los bosques germánicos. Nunca logrará sostenerse en Egipto si no encuentra apoyos en la población. De ahí que estime indispensable entrar rápidamente en contacto con los soberanos egipcios, los únicos capaces de desarmar la hostilidad de sus súbditos y de proporcionarle la ayuda que necesita.

En primer lugar, renuncia a reclamarle a Ptolomeo una indemnización por la ayuda que éste no dejó de proporcionarle a su rival. Esas cuestiones están de aquí en adelante superadas. Pero lo invita a que licencie de inmediato al ejército que tiene estacionado en Pelusio y a que arregle personalmente con él los pagos atrasados que debe a la República.^{xxxvi} Por último, le hace saber que, en su calidad de «protector», se propone dirimir la diferencia que lo opone a su hermana Cleopatra.^{xxxvii}

De todas las exigencias formuladas por César, ésta última es la que más asusta a los consejeros del príncipe. Si Cleopatra es indultada, si regresa a la corte, sus carreras quedarán destrozadas. De ahí que a toda costa quieran evitar que se encuentre con César. El medio más seguro para impedirlo es hacerla desaparecer. Un asesinato de más o de menos no es algo que los haga retroceder.

— Una vez muerta Cleopatra, se dicen, César ya no podrá imponernos su arbitraje. Bastará entonces con ofrecerle un poco de dinero para hacer que se vaya ...

Con el fin de prevenir un encuentro que podría resultarles fatal, Poteinos y Aquilas establecen cordones en todas las rutas que llevan a Alejandría, colocan espías en todas las puertas de la ciudad y dan la orden a las vanguardias egipcias de cercar el palacio. Todos estos movimientos se efectúan durante la noche, con la mayor discreción, para no llamar la atención del *Imperator*.

A partir de ese momento, Ptolomeo y Poteinos no esperan más que la llegada del oficial que les traerá la feliz noticia: Cleopatra, detenida al borde de un camino, estrangulada sin ruido y su cuerpo lentamente engullido por el cieno de un pantano

...

XIX

Se aproxima la noche. Se apagan, una tras otra, las luces de la ciudad. Todo está silencioso. Ya no se oye más que el chapoteo de las olas que vienen a romperse suavemente contra los escalones de los muelles. Furtiva como una sombra, una barca llega para amarrarse al desembarcadero real. Baja de ella un hombre. Lleva, a sus espaldas, un tapete de viaje, enrollado como ovillo. Eludiendo, según parece, la vigilancia de los centinelas, cruza sin tropiezos las dos primeras murallas del palacio. Al llegar ante el último puesto de guardia, un oficial lo interpela:

— ¿Tu nombre?

— Mi ama me llama Apolodoro el Siciliano.

— ¿Qué haces aquí?

— Vengo de parte de la reina; le traigo a su general un mensaje y este regalo.

— Espera.

Unos instantes después reaparece el oficial. Introduce al visitante en la pieza en donde César trabaja. Apolodoro deposita su carga a los pies del *Imperator* y se queda inmóvil, como en espera de instrucciones.

— ¿Y bien? ¿El mensaje? pregunta César en un tono molesto.

— Que se me dé permiso de extender esta alfombra, responde Apolodoro inclinándose muy abajo, según la costumbre oriental. En ella está contenida la respuesta a todas las preguntas de César ...

César le indica que abra su paquete.

— La majestad de su contenido no me permite abrir la alfombra más que en presencia únicamente de César!

A pesar de él, el *Imperator* no puede reprimir un gesto de impaciencia. ¿Qué significan todas estas precauciones? ¿Animarán acaso a este desconocido malas intenciones?

Reflexiona unos instantes y luego se alza de hombros.

— Guardias, salgan, dice con voz sonora. Déjenme sólo con este hombre ...
 Apolodoro se inclina sobre el tapete y lentamente lo desenrolla.
 Tiene entonces lugar la escena ya mil veces contada:
 un pequeño cuerpo armonioso y de miembros gráciles sale de allí, se estira y
 tiende sonriente los brazos hacia César: es Cleopatra.
 A su vez, el *Imperator* no puede impedir una sonrisa ante la estratagema de la
 reina para llegar hasta él.
 César ya conquistó España, las Galias, Germania, Macedonia. Ya cuenta con
 Asia Menor y se prepara para conquistar Egipto.
 Pero Cleopatra, tan sólo por este ardid, ya conquistó a César.

XX

Cleopatra le sonrío a César y César le sonrío a la pequeña reina de Egipto. Pero las sonrisas que intercambian adquieren un sabor particular cuando se sabe que son sonrisas de complicidad.

Porque César la esperaba. Es por eso que — contrariamente a lo dicho por la mayoría de los historiadores — no siente, al verla surgir del tapete de Apolodoro, ni estupor ni «amor a primera vista». Simplemente un sentimiento de divertida admiración. Él es sensible a la originalidad de esta entrada en escena, en donde la intrepidez rivaliza con la travesura. Si desde el primer instante Cleopatra lo impresiona, no es tanto por su belleza como por su inteligencia superior, de la cual acaba de dar pruebas.^{xxxviii}

Sí, César la esperaba. Más aún: él le había mandado un mensajero para rogarle que viniera. Había dado instrucciones a los centinelas del palacio para que la dejaran pasar. Pero no sabía cómo se deslizaría a través de las redes tendidas por sus enemigos. Sobre todo, no pensaba que acudiera tan rápido.

Cualquiera otra que no fuera Cleopatra habría titubeado. Pero ella había presentido el papel inesperado que podía valerle la llegada del *Imperator*. Ella aspiraba a despojar a su hermano. Antes inclusive de que César y ella se encontraran, sus objetivos creaban entre ellos una especie de connivencia.

Ella se había ido de Alejandría un mes antes, para escapar a la vindicta de los consejeros de Ptolomeo, y se había refugiado en Siria, con los nómadas del desierto. Allí, se había esforzado por reclutar partidarios y ponerlos a su servicio, «con la esperanza de regresar al frente de ellos como soberana al reino que había abandonado como conspiradora».^{xxxix} Amenazaba tan gravemente el poder de los regentes que éstos habían concentrado todas sus fuerzas en Pelusio, con la intención de bloquearle el camino de regreso.

La llegada de César había modificado sus planes sin que ello moderara su deseo de reinar. El emisario que el *Imperator* le había mandado al oasis donde se

escondía le había dicho que su amo la invitaba a encontrarse con él y le ofrecía su protección. Más aún: como prueba de sus buenas intenciones, le había suministrado todas las indicaciones necesarias para permitirle cruzar las barreras erigidas entre él y ella. Cortado en tierra por las fuerzas de Aquilas, mas libre por el lado del mar gracias a las galeras rodasianas que seguían garantizando el libre tránsito, le había aconsejado que viniera en barco. El resto dependía de su valor y de su ingenio.

Cleopatra había de inmediato entendido las ventajas que podía obtener de esa invitación. Meter a César en su juego, despojar a Ptolomeo y reinar sola en Egipto bajo protección romana, había en todo ello con qué tentar la imaginación de una mujer cuyas armas más seguras eran un irresistible encanto y un agudo sentido político. De inmediato se había puesto en camino hacia Alejandría. Y todo había sucedido conforme a sus deseos.

Los obstáculos acumulados en su camino por los ministros de su hermano habían sido allanados uno tras otro. Sobornados por ella, los guardianes del faro la habían dejado pasar. Advertidos por César, los centinelas romanos la habían dejado penetrar al recinto del palacio. Su liberto, Apolodoro, había sido conducido directamente al apartamento del general. Una vez en el corazón del lugar, no había tenido otra cosa que hacer más que surgir de su tapete con una carcajada.

¿Cómo era en el fondo esa joven de veinte años que aparecía de ese modo ante el extrañado dictador? Sus biógrafos unánimemente le conceden un carácter jovial. «Disfrutaba la vida y aceptaba con candor todos los placeres que ésta le aportaba, nos dice Arthur Weigall. Su desenfrenado corazón saltaba de la alegría a la tristeza, de la comedia a la tragedia, con una facilidad desconcertante y con sus pequeñas manos agitaba a su alrededor la compleja trama de las circunstancias, como un abrigo tejido con sombra y luz».^{xi} En pocas palabras, ella era una griega orientalizada, *puella ludens*, un pequeño ser para quien el juego era la esencia misma de la vida.

La mayoría de los historiadores romanos la han vilipendiado horriblemente.^{xli} Han visto en ella «una serpiente del Nilo», es decir, una mujer fatal, una maga, una prostituta que se entrega sin control al frenesí de sus sentidos y han atribuido la influencia que ejercía sobre César a veces a la debilidad del quincuagenario, a veces a no se sabe qué misteriosos filtros. ¿Cómo explicar tanta incomprensión y tanto odio?

Parece, en primer lugar, que su reputación habría quedado manchada por la odiosa emboscada que su hermano le tendió a Pompeyo. Y luego, que habría sido víctima de una especie de reacción nacionalista. Al juzgarla a través de los lentes del chauvinismo romano, ni Plinio ni Dión Casio ni Propercio ni Lucano estaban hechos para comprender su naturaleza vivaz, muchos de cuyos rasgos se encontraban en las antípodas de lo que ellos llamaban «la virtud».

No obstante, Plutarco — aunque con desconfianza — se muestra menos injusto hacia ella. «En sí misma, escribe, su belleza no era tan incomparable que no

podiera haber otras igualmente bellas, ni tal que encantara y volviera incontinente a quienes la veían». (Aquí se coloca a la famosa nariz en el lugar que realmente le corresponde). «Pero, añade, su conversación era tan amable que era imposible sustraerse a ella; y la gracia que tenía para conversar, la dulzura y la gentileza de su natural, con las que sazónaba todo lo que decía o hacía, eran un agujijón que picaba en lo vivo; había, además, un gran placer ante el sonido de su voz y de su pronunciación, porque su lengua era como un instrumento de música de varios juegos y de varios registros a los que daba cuerda con facilidad en el lenguaje que le gustara».^{xliii} Como se ve, la «serpiente del Nilo» era más bien una sirena.

Una sirena melodiosa y de cultura superior. Pero cuando se equiparan todos los textos que la describen, nos damos cuenta de que se quedan cortos ante la realidad; que su cualidad predominante no era ni su belleza ni su gracia ni la profundidad de su mirada ni la extensión de su cultura ni lo imprevisto de su fantasía (y veremos más tarde que hay que añadir a todo esto su fuerza de alma), sino algo más raro que envolvía al todo y que nos hace sentir, hoy inclusive, su irresistible atractivo: una prodigiosa intensidad de vida.

Es eso lo que llamó la atención de César desde su primer encuentro. Con su infalible mirada de estratega amoroso, acostumbrado a hacer sucumbir a las mujeres tan rápido como a la caballería enemiga, él la juzgó menos por lo que era que por lo que le aportaba. Y lo que ella le aportaba o, para decirlo mejor, *aquello a lo que le daba acceso*, no sólo era el verdadero amor, el cual, con excepción de Servilia, no había conocido más que en pobres falsificaciones,^{xliiii} ni trofeos suplementarios que él estaba capacitado para apropiarse por sí mismo; era un conjunto de valores políticos y espirituales de cuya existencia sospechaba, pero a los que hubiera sido incapaz de acceder sin ella. De ahí su arrobamiento ...

Es un hecho que ella de muchas maneras lo enriqueció. Ella lo elevó, no por encima de sí mismo — lo que no habría sido posible — sino a un nivel de vida superior y que respondía tanto a su persona como a su ascendencia helénica. De manera que, cuando, después de una prolongada estancia en Egipto, el vencedor de Pompeyo volvió a Roma, regresó «teniendo muchas ideas nuevas en la cabeza y algunos sentimientos de más en el corazón».

¿No fue realmente Cleopatra para él, como algunos han pretendido, más que un capricho?^{xliv} Eso sería concederle muy poco al juicio de César. No era él un hombre que se equivocara acerca de las cualidades de una mujer cuyo genio estaba hecho de una muy rara aleación de extrema inteligencia y extrema sensibilidad. Ella penetró subrepticamente en su vida para modificar el paisaje y, a partir de ese instante, la Historia los arrastró en su corriente, entrelazando sus dos existencias para no hacer de ellas más que un solo destino o, mejor todavía, una sola música.

Los acontecimientos posteriores nos prueban, en efecto, que ella fue para César una compañera, una inspiradora y una amante incomparable. Ella alimentó sus ambiciones, que eran grandes, con sus propias ambiciones, que no lo eran menos, y

que todavía crecieron el día en que extrajeron su ardor de su amor maternal. Pero si ella pudo ser todo eso sin forzar su naturaleza ni perder nada de su espontaneidad, es porque ella fue ante todo una *mediadora*.

XXI

En primer lugar, una mediadora entre César y el Oriente.

Se objetará que el hijo de Aurelia ya había estado allá en su juventud; que había permanecido durante algún tiempo con el rey de Bitinia. Asimismo, se observará que ya había hecho escala en Pérgamo y en Efeso, durante la última fase de su duelo con Pompeyo. Pero estas estancias habían sido demasiado breves para dejarle otra cosa que una huella pasajera. Además, Jonia, Bitinia, El Ponte, Cilicia no eran en aquella época más que prolongaciones de la Hélade.

Fue sólo después de su llegada a Alejandría que César entró realmente en contacto con el Oriente. Él, el hombre de acción cuya carrera se había desarrollado principalmente en las Galias y en Germania, cómo debió haber sido sensible a la magia del paisaje, a su luz resplandeciente, a su transparente inmensidad! Junto a las grises y tumultuosas aguas del Rin, qué voluptuoso y dorado debió haberle parecido el Nilo!

No fue una simple casualidad lo que lo llevó hacia la costa del Delta. En su huída, Pompeyo lo atrajo a ella. Pero inclusive si la guerra civil hubiera tomado otro camino, es probable que, tarde o temprano, César hubiera echado el ancla allí pues, desde hacía algunos años, Roma en su totalidad cedía al encanto de Oriente. Asia Menor, Siria, Fenicia, Egipto ejercían sobre ella una atracción tan potente que estaba como desorbitada.

Desde la derrota de Filipo V de Macedonia en Cinocéfales (197), la cual había marcado la superioridad de las legiones romanas sobre las falanges griegas, y la victoriosa campaña de Sila contra Mitrídates, que había reintroducido en la órbita de Roma a Bitinia, el Ponte, Comágenes y Capadocia, cada vez más procónsules habían dejado caer sobre esas regiones miradas cargadas de codicia. Craso, el millonario, había ido a morir bajo los muros de Carrhae. Pompeyo el grande había no solamente edificado allí una colosal fortuna: la embriaguez que ello le había provocado se le había subido a la cabeza. Al creer que se había encontrado el clámide del vencedor de Darío en el equipaje de Mitrídates, no había dudado en ponérselo a la hora de su triunfo en Roma. Los carteles levantados por los brazos en la comitiva lo designaban como «un nuevo Alejandro, el igual de Hércules y de Baco» y la muchedumbre lo había aplaudido frenéticamente, en tanto que ciento veinte años antes, Escipión, quien había querido hacer lo mismo, había sido proscrito y condenado al exilio. Nada marcaba con mayor elocuencia la evolución de las mentes.

El atractivo de Oriente no sólo se traducía por cabalgatas victoriosas o ensanchamientos territoriales; los estandartes de las legiones no sólo habían sido llevados del Oronte al Eufrates. Por último, las almas se habían dejado contagiar. Y no solamente las almas: los mismísimos dioses, arrastrados por este movimiento, se abandonaban a la corriente que los deportaba a Asia.

Con ello, la mitología romana había visto que su centro de gravedad se desplazaba. Las divinidades etruscas y samnitas, fuertemente enraizadas en el suelo del Lacio, los antiguos dioses locales que vigilaban en los umbrales de los templos y en las plazas de los pueblos, Rómulo y Remo, fundadores de la ciudad, Júpiter, Marte y Quirión, quienes habían presidido la ascensión de los primeros lucumones, ya no bastaban para alimentar el fervor nacional. Para realzar su prestigio a los ojos de los medios populares, Sila se había jactado de que disfrutaba de la protección de Apolo y César se había dotado de una nueva línea de ancestros, a los que había hecho entrar en el Panteón oficial. A través de Iule, de Ascanio, Anchise, de Eneas, él pretendía ser un descendiente de héroes troyanos y, gracias a esta filiación, de la misma Venus.

Pero Venus, Apolo, Iule, Eneas, eran todavía Homero, mientras llegara el día en que Virgilio los cantara. Bien podían estos ancestros míticos ser extranjeros que no por ello dejaban de tener un antiguo trasfondo greco-latino. Aunque el área de sus hazañas se hubiera considerablemente ampliado en comparación con el estrecho surco que Rómulo había trazado alrededor del Palatino, de todos modos seguían permaneciendo al interior de una zona cuyos modos de pensar estaban emparentados. Todavía no se habían traspasado los límites de la civilización occidental.

Este paso fue dado por César el día en que desembarcó en Egipto, ese país situado en la confluencia de dos continentes. Confrontado con la desmesura africana y la profundidad asiática, frente no ya a Venus y a Apolo sino a Isis y a Osiris, a Horus y a Ammon-Ra, él tuvo súbitamente la revelación de una civilización muy diferente de la que lo había visto nacer. Se había atravesado un Rubicón mucho más ancho que el otro. Tradiciones, costumbres, estilo de vida, concepciones políticas, todo allí ofrecía, a pesar del barniz de la helenización, un contraste absoluto con el rigor romano. Prevalcían allí el sentimiento religioso por encima de la fría razón; los ensueños intuitivos por encima del espíritu del método; el juego por encima del esfuerzo, la ociosidad por encima de la acción y ciertos sortilegios impalpables — un perfume, una música — mostraban en ocasiones ser capaces de hacer fracasar las intrigas mejor urdidas. Se estará de acuerdo en que había con que marear las cabezas y César no podía ser a ello insensible, porque el genio es en sí mismo una especie de embriaguez.

¿Acaso no provenía su superioridad de su capacidad para atrapar en un tris la configuración del sitio, para grabar con agudeza los más tenues matices de las situaciones, de los paisajes y de los seres? *Él dominaba las cosas precisamente*

porque las percibía todas. Los grandes conquistadores son siempre grandes conquistados. Por ello, no es exagerado decir que el día en que Cleopatra, en la gran sala del palacio de Loquias, avanzó hacia él, con tan sólo abrirle los brazos ella le había abierto un mundo nuevo.

XXII

Pero Ptolomeo estaba atento. También él había acudido a Alejandría y se había instalado en un ala del palacio. Había tenido con César una tormentosa entrevista durante la cual el dictador le había claramente dado a entender su voluntad de que terminara su querrela con su hermana. Dos días después, por la mañana, había tenido lugar una «reconciliación» oficial. Pero lejos de apaciguar su hostilidad, esa ceremonia, meramente formal, la había más bien acrecentado. Él se había sentido humillado en su orgullo de adolescente y a Poteinos el Retórico no le había resultado muy difícil demostrarle que Cleopatra acababa de ganar un punto y que segura de allí en adelante de la buena voluntad de César ganaría muchos otros, si se le permitía.

Convencido — no sin razón — de que Cleopatra no tenía el menor deseo de compartir el poder con él, Ptolomeo se había regresado a Pelusio, en donde había dado la orden a todos sus ejércitos de marchar sobre la capital para recuperarla por la fuerza (fin de octubre de 48). Cediendo a las órdenes del monarca, el estratega Aquilas se había puesto en camino hacia Alejandría a la cabeza de veintidós mil soldados de infantería y de dos mil jinetes. Cuarenta y ocho horas más tarde, el palacio estaba rodeado.

A decir verdad, César, en general tan presto de reflejos, no había hecho nada para contrarrestar su avance. A los historiadores esto les ha extrañado. Le atribuyeron su indolencia a la influencia de Cleopatra. «Era como un ciervo atrapado en las redes de su fantasía», nos dicen. Pero ¿qué podía hacer? En suma no tenía para oponerle a los veinticuatro mil hombres de Aquileo, quienes además se beneficiaban del apoyo de la población, más que cuatro mil seiscientos mercenarios extranjeros. Estas multitudes humanas, cuya hostilidad ya había sentido en el momento de desembarcar y que venían rugiendo a estrellarse hasta las murallas del palacio, no sólo lo llenaban de una especie de pavor: le impedían toda maniobra ofensiva. Intentar despejar la ciudad con sus reducidos efectivos hubiera sido sacrificarlos inútilmente. Se contentó, por lo tanto, con incluir el teatro y el foro adyacentes al recinto del palacio y con transformar el conjunto en un campo parapetado. Hizo luego un llamado, un poco por todas partes, a tropas para que vinieran a rescatarlo: en Armenia, en el campo de Domicio Calvino (a quien le reiteró de manera urgente sus anteriores órdenes), en Rodas, en Cilicia y en Siria, en donde Mitrídates de Pérgamo le había ofrecido reclutar un nuevo ejército.^{xlv}

Queriendo ser el amo absoluto al interior de ese perímetro, expulsó de los apartamentos que ocupaban a la pequeña princesa Arsinoé – una joven hermana de Cleopatra que ésta última no parece haber llevado en su corazón ^{xlvi} – a su *nutritius* Ganímedes y a su corte. Acto seguido, habiendo reforzado las defensas, multiplicado los centinelas y levantado barricadas en todas las entradas, regresó tranquilamente a jugar a los dados con Cleopatra.

Fue durante las largas semanas de ociosidad forzada, durante las cuales el dictador sitiado en su palacio no tenía otra diversión que la conversación con la reina, que César aprendió a apreciarla mejor. Las circunstancias parecían hechas para poner de relieve sus cualidades. La fertilidad de su imaginación y su capacidad de inventar incesantemente nuevas diversiones debieron haberle parecido a César como una auténtica bendición. Él, que se corroía de impaciencia tan pronto estaba inactivo y que temía mucho más un retraso que una batalla, hubiera perecido si ella no hubiera estado allí. Pero en su compañía el tiempo pasaba tan rápido que, apenas nacido, el día se convertía en recuerdo.

¿Y Cleopatra? Ha sido a menudo acusada de haber hechizado a César. Pero ¿no se ha preguntado nadie alguna vez por el efecto que el general romano había podido producir en ella? Inteligente como lo era ¿podía ella permanecer insensible ante la evidencia de su genio?

Por supuesto que antes de conocerlo había podido alimentar algunos prejuicios respecto a él. Se lo habían pintado con los rasgos de un hombre intratable, inaccesible a la piedad y duro con los demás. Quienes le hablaron de él no le había trazado un retrato elogioso. ¿Y si el dictador en cuyas manos ella iba a depositar su suerte era un militar canoso, déspota y cruel? Pero tan sólo una mirada había bastado para disipar sus temores.

Aunque ya había rebasado los cincuenta años, César era un hombre esbelto y elegante, de una rara distinción. Diestro en ejercicios físicos, nadaba, montaba a caballo y manejaba la espada con una habilidad que le envidiaban sus lugartenientes más jóvenes. No era solamente un general victorioso, sino que hacía epigramas y era un escritor célebre. Su persuasiva elocuencia ya le había valido bastantes éxitos. Su porte no tenía la gravedad austera que parecía ser la regla entre sus compatriotas. Su sonrisa daba a sus rasgos algo de afable. Poseía un sentido desarrollado del humor, porque las vicisitudes de su carrera le habían permitido desde muy pronto observar la comedia de la vida. Por último, su tumultuosa juventud, las justas políticas en las que había tomado parte, sus campañas en las Galias, en Germania y en Macedonia le suministraban un repertorio inagotable de anécdotas y recuerdos. ¿Existe acaso en el mundo una joven de veinte años capaz de resistir las propuestas de un hombre que puede jactarse de haber tomado por asalto ochocientas ciudades y que, por si fuera poco, se proclama descendiente de Venus?

Muy pronto, ellos se aislaron en el seno de la guarnición en armas, cercada por el doble rugido de la muchedumbre y del mar. Habiéndose medido uno al otro,

pasaron a confiarse sus respectivos proyectos, sus esperanzas. Insensiblemente, sus puntos de vista se acercaron. Para César, Cleopatra no había sido hasta ese momento más que un instrumento destinado a asegurar su dominio sobre Egipto. Por su parte, Cleopatra había pensado servirse de César para reconquistar su reino, aunque hubiera que perderlo después. Pero he aquí que, atraídos uno hacia el otro por una pasión creciente, su horizonte se ampliaba a las dimensiones de su amor. ¿Para qué perseguir por separado objetivos que alcanzarían con mucha más seguridad si conjugaban los elementos de los que disponían? ¿Por qué no ligar el destino de Egipto al de Roma, así como se habían ligado ya sus almas y sus cuerpos? El presente era incierto, el futuro parecía estar sembrado de emboscadas pero, si las enfrentaban juntos, ¿quién podría impedir que triunfaran y que engalanaran su vida con un halo de leyenda?

César escucha encantado las palabras de Cleopatra. Son nuevas para él. Y, no obstante, le parece que las ha estado esperando siempre. Cuando voltea hacia su pasado, ve desfilar una sucesión desconcertante de eventos y de paisajes: marchas y contra-marchas en las brumas del septentrión; una pineda en Ravena, los guijarros del Rubicón; potentes torres cuadradas reflejándose en las aguas cobrizas del Ebro; la planicie incendiada de Farsalia; un altar erigido tras las murallas de Ilión; la aparición de la costa de África; un anfiteatro reflejándose en el mar ...

Ahora, todas esas imágenes se ordenan en su cabeza. Hasta entonces él no había visto más que las etapas de una escalada hacia el Capitolio, los episodios de una carrera meramente romana y consular. ¡Qué error! Más ambiciosos por él de lo que él mismo había sido, los dioses lo habían tomado de la mano para conducirlo sin que lo supiera hacia ese instante maravilloso en el que una pequeña reina de Egipto, desfalleciente entre sus brazos, le había abierto las rutas del mundo ...

XXIII

En tanto que los dos amantes prosiguen su coloquio, Aquilas intenta en varias ocasiones forzar la entrada del palacio. Cada vez se ha encontrado con una resistencia obstinada.

Cambiando entonces de táctica, intenta destruir la flota de César, con el fin de cortarle sus comunicaciones con Italia.

Una noche, mientras que Cleopatra canta acompañándose de su lira, un mensajero jadeante irrumpe en la pieza.

— Toda la flota arde! exclama, transtornado.

César y Cleopatra suben precipitadamente a una terraza del palacio, desde donde la mirada abarca toda la ciudad y el puerto. Un espectáculo horroroso se ofrece a sus ojos: veintidós trirremes que no habían abandonado el litoral egipcio, cincuenta galeras que habían regresado del Adriático después de Farsalia y treinta y

ocho construcciones ocultas en los muelles de los arsenales son presa de las llamas.^{xlvii} Todo el cielo está púrpura por el resplandor del incendio. Pero pronto el siniestro adquiere proporciones todavía más inquietantes. Atizado por el viento del sur que transporta con él abanicos de chispas, el fuego se propaga hasta los depósitos de trigo situados en los alrededores del puerto y, de allí, a un ala de la célebre biblioteca, en donde los herederos de Alejandro habían acumulado todos los grandes testimonios de la sabiduría antigua.

En unos cuantos instantes, las llamas devoran una parte de los edificios construidos por Demetrio de Falero y reducen a cenizas legajos de manuscritos que contienen tragedias de Eurípides, diálogos de Platón, odas de Píndaro, poemas de Calímaco y una multitud de tratados filosóficos que no conoceremos nunca. Pérdida irremediable para todo el género humano! Sobre todo porque en lugar de luchar contra el incendio, la muchedumbre exaltada y los soldados de Aquileo — griegos en su mayoría — se quedan paralizados, como petrificados de horror.

César es demasiado instruido para no afligirse por el desastre: su corazón se encoge al pensar en las obras maestras desaparecidas. Pero en tanto que hombre de guerra, piensa igualmente en su flota destruida, en sus comunicaciones amenazadas. Si deja que los alejandrinos se apoderen del paso que gobierna el acceso al puerto, los refuerzos que espera del exterior no podrán penetrar en él. No le quedará entonces más que evacuar Egipto y sus sueños, también ellos, se desvanecerán como humo....

Aprovechando el estupor general, se lanza con una centena de hombres sobre la isla de Faros e instala, rápidamente una pequeña guarnición en el faro. Por lo menos así no se cortarán sus conexiones con el mar.

El incendio que ha devastado — sin ninguna ventaja militar — uno de los tesoros de los que más orgullosa estaba la ciudad lleva al máximo la exasperación de la muchedumbre. Los alejandrinos ven en él una venganza divina, provocada por la presencia del conquistador extranjero. Pero, por una reacción inexplicable, hacen responsable a Aquileo mismo. Su impopularidad se vuelve tal que sus propios soldados rehúsan obedecerle.

Este cambio de opinión podría salvar a César. Desafortunadamente, al expulsar del palacio al eunuco Ganímedes — el *nutritius* de la pequeña Arsinoe — el *Imperator* cometió una falta de la que no tarda en arrepentirse. Él había tomado al eunuco como un personaje inconsistente. Pero de pronto éste se revela como un adversario temible. Haciendo gala de una inteligencia y de una energía muy superiores a su condición, hace asesinar a Aquileo, asume él mismo el mando de las tropas y las galvaniza predicando con el ejemplo. Por haber vivido durante mucho tiempo en el palacio, conoce el punto débil de su defensa: la insuficiencia de su abastecimiento de agua. Su primer acto es mandar cortar las canalizaciones que alimentan las cisternas. «A partir de ese momento, escribe el autor del *Du Bello*

Alexandrino, el espanto era tan grande [en el campo de los romanos] que todos se consideraron como reducidos a la situación más extrema».

Puede deducirse de estas líneas que la moral de los legionarios había caído muy bajo. Y ello es comprensible. Hace meses que están reducidos a una inacción que se les hace todavía más pesada por no comprender su razón. Sus cohortes se componen en su mayoría de galos y de germanos de cabellos de un color que, en esta región tan diferente de la suya, está fuera de lugar en todo. La tierra calcinada, el calor agobiante, la luz demasiado ardiente, todo les hace extrañar la frescura de sus bosques. Y por si fuera poco, tienden a ver en la población que los tiene sitiados «la especie humana más inclinada a la perfidia y a la traición». Y además ¿qué significa la inercia de César? Parecería que se volvió indiferente al destino de sus soldados. ¿Habría que creer, como lo pretenden algunos, que la egipcia le vertió una bebida misteriosa?

Con la ayuda del aburrimiento y la desocupación, los rumores más alarmantes empiezan a circular entre los puestos de guardia. Finalmente, sin poder ya dominar su inquietud, los legionarios se juntan en el patio del palacio y reclaman explicaciones a grandes gritos. Un cierto número de ellos exige que se les reembarque de inmediato. Pero ¿en qué buques, puesto que la flota fue destruida?

Hasta ahí César no presta más una oreja distraída a sus recriminaciones. Conoce demasiado bien la mentalidad de sus galos como para concederle demasiada importancia a sus explosiones de gruñidos. Rompiendo el silencio en el que se había instalado desde hacía varias semanas, se presenta ante ellos y les prodiga «consuelos, argumentos y consejos».^{xlvi}

— ¿De qué se alarman?, les dice en un tono amistoso. ¿Me verían igualmente calmado si pensara como ustedes que vamos todos a perecer de sed? No hay más que cavar pozos para encontrar agua potable y, puesto que todavía somos los dueños del mar, nada nos impide hacer que nos llegue por medio de barcos de carga. En cuanto al reembarque, ni pensar en ello; puestos en guardia por nuestros preparativos, a los alejandrinos les resultará fácil oponerse a nuestra partida. Ocuparían por la fuerza las alturas y harían caer sobre nosotros una lluvia de flechas y piedras. Serían poco numerosos los que llegarían hasta el puerto. Créanme, hay que renunciar a ese proyecto y buscar la manera de vencerlos en el lugar!

Resignados, los soldados se ponen a cavar pozos. Pero estos trabajos de excavación no los entusiasman en absoluto. Muy pronto las recriminaciones recomienzan en grande.

— No somos excavadores, somos guerreros! exclaman con amargura. Si ya no tenemos que combatir, que se nos envíe a nuestras tierras ...

Entonces César decide organizar una salida. Oh! Nada muy serio: una simple diversión destinada a hacerles tener paciencia. Realza el atractivo de dicho golpe con la perspectiva de un buen botín. Es el remedio al cual a menudo ha recurrido en circunstancias difíciles ...

Precisamente la XXXVII^a legión, traída por Domicio Calvino, acaba de desembarcar en la costa, un poco al oeste de Alejandría. Un viento contrario impidió que la escuadra que la transporta echara el ancla en el puerto. ¿Y si se le adelanta para darle la bienvenida y traerla a la ciudad? Al mismo tiempo, podría apoderarse de la isla de Faros y saquear las lujosas casas que bordean el litoral

Pero el asunto se desarrolla de un modo completamente diferente de cómo César lo había previsto: poco faltó para que esta «diversión» se convirtiera en un desastre.

XXIV

Al enterarse de que César había salido para encontrarse con la XXXVII^a legión, Ganímedes agrupa todas sus fuerzas navales y las dispone de manera que se le corte el camino de regreso. Tan pronto se dan cuenta de ello, los romanos tienen que renunciar a la conquista de la isla para replegarse precipitadamente a sus posiciones de salida. Durante su retirada, logran hundir dos galeras egipcias, cuyos restos obstruyen la entrada del puerto de Eunoste. «Quizá hasta se habrían apoderado de toda la flota egipcia, si la noche no hubiera venido a poner fin al combate», declara un comentarista. Pero ese optimismo de mando es desmentido por los hechos. Toda la jornada fue desfavorable para los romanos.

Ese fracaso le revela a Ganímedes un hecho del que hasta entonces no se había percatado. Independientemente de la resistencia y el ingenio de César, éste terminará por sucumbir si pierde el dominio del mar. Para arrebatarlo, Ganímedes se apresura a reconstituir sus fuerzas navales. Pone en los astilleros nuevos buques concentra en Alejandría todos los que están en el Nilo y en el lago Mareotis. «En unos cuantos días, nos dice el autor del *De Bello Alexandrino*, los egipcios disponían de veintidós galeras de cuatro niveles y cinco de cinco niveles, a las que se vinieron a añadir un gran número de otras embarcaciones de menor importancia». Al mismo tiempo, el comandante en jefe del ejército egipcio hace escombrar el puerto de Eunoste, para poder recobrar su libertad de acción.

Como es de comprender, el ataque fallido sobre la isla de Faros no le sube la moral a los legionarios.

— ¿Por qué no regresamos a Italia?, se preguntan encolerizados. ¿Vamos a morir todos aquí, por los bellos ojos de una egipcia?

Viendo que sus tropas están una vez más al borde de la sedición, César se decide a intentar una nueva salida. Ahora que el puerto de Eunoste está despejado ¿por qué no apoderarse de él? Ciertamente la operación se verá coronada con el éxito con tal de que se comprometan suficientes fuerzas. Una vez alcanzado el objetivo, será fácil conquistar la isla de Faros y el largo dique del Heptastadión, el cual la comunica con tierra firme.

Antes de ponerse en ruta, César junta a sus legionarios en el patio del palacio y les dice:

— Soldados! El tiempo de la inacción ya pasó. La isla de Faros está al alcance de nuestras manos. Tenemos que instalarnos allí sólidamente para deshacer el nudo con el que se nos quiere ahogar. Yo sé que su valentía no necesita alientos. Sin embargo, he decidido ofrecer una prima a los primeros doce combatientes que salten de sus barcas para llegar a la orilla.

Estimulados por esta promesa, los soldados se apoderan rápidamente de las costas de la isla, saquean las ricas casas que bordean el litoral y toman con armas blancas los dos fortines situados uno por el lado del Faro y el otro por el lado de la ciudad, los cuales controlan el acceso al Heptastadión.

Después de esto, César hace desembarcar tres cohortes en el Heptastadión mismo. Empero, en el mismo momento, un escuadrón de jinetes alejandrinos, lanzándose al galope a lo largo del malecón, cae en el flanco de los soldados romanos y los rechaza hasta el mar. Temiendo ahogarse, los legionarios se abalanzan sobre sus embarcaciones.

César, que se encuentra en el dique desde el inicio de la operación, se da cuenta de que nada detendrá esta horrenda desbandada. A codazos se abre camino a través de los grupos de los fugitivos y corre a su galera. Pero no acaba de montar que un tropel de legionarios se precipita detrás de él e invade su barco. Racimos de hombres enloquecidos se aferran a la borda. Pronto el buque empieza a dar de banda y el torrente humano sigue fluyendo...

Previendo lo que va a suceder, César agarra un fajo de documentos que conserva en su cabina y se avienta al agua. A grandes brazadas, se dirige hacia otro de los barcos romanos anclados a cierta distancia del dique. Pero su capa púrpura lo designa a las miradas. Tomándolo como blanco, los arqueros alejandrinos lo acribillan de flechas.

Para evitar ser herido, César nada entre dos aguas, manteniendo por encima de su cabeza la mano que lleva los preciosos pergaminos. Pero su pesada capa de *Imperator* entorpece sus movimientos. Con un rápido gesto, se la desabrocha y la deja tras él. Mientras que los alejandrinos siguen ensañándose en la tela escarlata que flota al placer de las olas, César alcanza el navío romano más cercano y se sube. Es una bella actuación para un hombre de cincuenta y dos años! ... en ese momento, su galera personal zozobra, arrastrando a la muerte a la mayoría de sus ocupantes.

La incursión fallida contra el Heptastadión resulta en severas pérdidas: cuatrocientos legionarios y la misma cantidad de remeros pieren a lo largo del día. Pero lo más humillante para César es ver su capa de *Imperator* llena de hoyos flotar en la cima de un asta que Ganímedes — para ofenderlo — hace erigir en frente del palacio real.

XXV

Decididamente, ya sea que él esté sitiado o que sea él quien sitia, la guerra de posiciones no le trae buena suerte. En Alejandría, como en *Dyrrachium*, no cosecha más que decepciones. Le urge salir de ese maligno estancamiento. Pero ¿cómo regresar a la guerra de movimiento? Los esperados refuerzos todavía no llegan. Esperar, siempre esperar ... Ni siquiera las invenciones de Cleopatra logran ya que desfrunza el ceño. Constatando en diversos momentos qué tan grande puede ser el desaliento de sus hombres, se pregunta si no es ahora que su Fortuna lo abandonará ...

El éxito que Ganímedes acaba de lograr frente al Heptastadión levanta considerablemente la moral de los egipcios. Sin embargo, ésta llega demasiado tarde para que pueda sacar provecho.

Hace casi ya seis meses que se inició el sitio. Este retraso le permitió a Mitrídates de Pérgamo levantar un ejército y descender a través de Siria jalando tras él a todas las tropas que encuentra en su camino. A finales de febrero del 47, llega a marchas forzadas a la vista del Delta, se apodera por sorpresa de Pelusio y avanza hacia Menfis, en donde vadea el río. Una vez en las proximidades de *Castra Iudeorum*, enfrenta una primera barrera de tropas egipcias, a las que perfora a paso ligero y continúa su avance victorioso sobre Alejandría. Furioso, Ptolomeo XIV destituye a Ganímedes por no haber sabido detenerlo a tiempo.

El anuncio de la inminente llegada de Mitrídates se extiende por la ciudad y hasta el palacio de Loquias, en donde los legionarios lo reciben con gritos de alegría. Exultan ante la idea de que el sitio va a terminar, que se acerca el fin de sus sufrimientos ...

Dos, luego tres días pasan en la espera. Las tropas de Mitrídates siguen sin aparecer. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Era falsa la noticia?

No, es cierto que Mitrídates llegó a Egipto. Sólo que su avance fue detenido a diez kilómetros al sur de Querea. Haciendo un derroche de energía del que no se les habría creído capaces, los soldados de Ptolomeo logran inmovilizarlo e inclusive sitiar su campo.

Apenas se entera César de que su aliado está en dificultades, vuela en su ayuda (24 de marzo de 47). Embarcándose por la noche con una de sus legiones y su caballería, se dirige sin luces hacia el cabo Quersonese, en donde hace descender a sus hombres, se lanza a toda velocidad en la clara noche egipcia, llega al lago Mareotis, lo rodea y cruza tan rápidamente los treinta kilómetros que lo separan de Mitrídates que llega de improviso ante su campo al alba del 25 de marzo. Atravesando sin parar las posiciones de los egipcios, los obliga a levantar el sitio y penetra en la tienda de Mitrídates, junto con el primer rayo del sol que se levanta.

Los egipcios se percatan entonces de cuán equivocado estuvo su rey al destituir a Ganímedes, el único capaz entre sus generales de hacerle frente al *Imperator*.

— Ahora que César y Mitrídates efectivamente se unieron, declara Poteinos a Ptolomeo XIV, sería de locos pretender reducirlos por las armas. No se logrará acabar más que por la intriga y el veneno. Entablemos entonces negociaciones de paz con el *Imperator*. Obtendremos así demoras que nos permitirán reagrupar nuestras fuerzas...

Con la esperanza todavía de salir bien librado, Ptolomeo envía plenipotenciarios al dictador para proponerle una tregua. Pero César, que tiene buenas razones para desconfiar de él, rehúsa entrar en negociaciones.

— La justicia de Pompeyo no se contentará con victorias a medias, responde con altivez. Las armas decidirán el destino del reino.

Desde el siguiente amanecer, retoma la ofensiva. Los egipcios han establecido su campo al pie de una duna de arena. Al alba del 26 de marzo, Cesar lanza tres cohortes de élite sobre su vertiente más abrupta. Creyéndose al abrigo de un ataque por ese lado, los egipcios habían descuidado la colocación de centinelas.

Después de haberla escalado a paso ligero, las cohortes cesarianas ruedan hacia abajo a espaldas de los egipcios. Invadidos por el pánico, los soldados de Ptolomeo se abalanzan hacia el Nilo «con la insensata esperanza de embarcarse en los navíos que tenían amarrados a lo largo de la ribera del río». Un gran número de entre ellos perece antes de alcanzarlos. Los otros se hunden junto con las barcas en donde se amontonan. Privados de sus jefes y completamente desmoralizados, los doce mil sobrevivientes terminan por rendirse.

Para los egipcios, la batalla del Nilo equivale a un desastre: perecen más de veinticinco mil combatientes a lo largo del día. El joven Ptolomeo XIV se cuenta entre las víctimas. Perseguido por un pelotón de jinetes, pretende escapárseles atravesando a nado un brazo de agua, pero el peso de su coraza lo arrastra hasta el fondo. Dos legionarios recuperan su cuerpo inanimado y se le deposita en la arena. Con sus párpados cerrados y sus labios entreabiertos, se diría menos un rey muerto que un niño dormido.

César se hace conducir al lugar en donde descansa. Al percibirlo, no puede reprimir un movimiento de sorpresa, pues sus juveniles rasgos y sus bucles mojados le confieren un extraño parecido a su hermana Cleopatra. Se inclina con emoción sobre el rostro imberbe y lo contempla detenidamente. La batalla ha terminado. A lo lejos no se oyen ya más que clamores confusos y el murmullo del río que fluye hacia el mar. César desabrocha las correas de su coraza de oro, se la quita delicadamente como si no quisiera despertarlo y se la pasa a un estafeta.

— Haz que lleven de inmediato esta coraza a Alejandría, le dice. Que el pueblo comprenda que el ejército de Ptolomeo fue destruido y que su rey está muerto.

Después de lo cual, dejando a sus lugartenientes la tarea de enumerar a los cautivos, se sube a su caballo y avanza sobre la ruta de la capital, escoltado solamente por una decena de jinetes.

XXVI

La coraza de oro de Ptolomeo lo precede. Al percibirla, enarbolada en la punta de una pica, la muchedumbre alejandrina comprende que su rey fue muerto y que toda resistencia de ahí en adelante es inútil. Acosados por la desesperación, los hombres rompen sus armas; las mujeres rasgan sus túnicas y estallan en llanto. Todos vuelven la mirada hacia Cleopatra esperanzados en que el amor que ella le inspira al *Imperator* será lo suficientemente fuerte para ahorrarles las represalias.

— Sálvanos! exclaman, golpeándose en el pecho. Intercede en nuestro favor ante el vencedor!

Durante todo el sitio, sin embargo, los alejandrinos no se olvidaron de insultarla. Hicieron correr calumnias casi tan infames como aquellas de que la cubrieron los polemistas romanos. Pero en ese instante en el que ella se les aparece como su último recurso, no desean más que una cosa: que efectivamente reine en el corazón de César.

Cleopatra podría tenerles rencor. Pero, además de que su naturaleza no es vindicativa, no estaría en absoluto dentro de sus intereses actuar de ese modo. A pesar del desprecio que siente por esa muchedumbre voluble que pasa sin transición de las invectivas a las súplicas, se esfuerza por disipar sus temores, por calmar sus aprehensiones.

— César, le dice a sus llorosos súbditos, no es un conquistador como los otros. Él se mostrará magnánimo si imploran su perdón.

Hay en su voz tanta dulzura y gracia, tanta emoción también, que termina por apaciguarlos. Obedeciendo sus consejos, la muchedumbre se congrega en la explanada del palacio y se dirige en cortejo ante César, precedida por una delegación de sacerdotes, cubiertos de adornos sacerdotales y arrastrando tras ellos las efigies de sus dioses.

César se encuentra con la procesión ante la puerta de Fialé que se abre en el recinto meridional de la ciudad. Al percibir esta multitud cuyas intenciones ignora, no puede reprimir un gesto de inquietud. Al salir de Alejandría, dos días antes, la capital de Egipto estaba en plena efervescencia. Ignora el cambio que se ha operado en los espíritus y se pregunta si no se encuentra ante una sedición general. Pero muy rápidamente se da cuenta de que sus temores son injustificados. Pues mientras los sacerdotes se separan de la muchedumbre y avanzan a su encuentro para implorar su clemencia, toda la multitud se postra en tierra, en signo de sumisión.

Con un gesto ampuloso, César la invita a que se levante. Luego baja del caballo y escucha la súplica de los sacerdotes, que lo conjuran llorando a que dispense a la ciudad.

— No forma parte de mis intenciones hacerles pagar por los errores de su príncipe, ni de destruir la ciudad fundada por Alejandro el Grande, les responde con dignidad. Yo no vine a Egipto más que para vengar la muerte de Pompeyo. Ahora que ya se hizo justicia, no pienso más que en la paz.

Una ovación interminable responde a sus palabras. Una vez que terminan las expresiones de alegría de la gente, César se vuelve a subir a su caballo y atraviesa Alejandría de un lado a otro, por la larga avenida que separa el Brukión de la colina de Coprón. Una vez en la entrada del promontorio de Loquias, percibe por vez primera la parte trasera de los trabajos de defensa levantados por Ganímedes frente al palacio real. Todavía ocupados el día anterior, ahora están vacíos. Equipos de trabajadores los están nivelando.

César desciende del caballo, atraviesa la trinchera sobre un puente de planchas de madera y entra al palacio en donde Cleopatra lo espera. Hace ya seis meses, casi día por día, que la reina de Egipto penetrara en él, envuelta en el tapete de Apolodoro. Pero ahora los roles se han invertido. Es Cleopatra quien lo acoge en vestimenta de soberana. César avanza hacia ella y le tiende los brazos. Y las sonrisas que intercambian no son ya sonrisas de connivencia, sino sonrisas de felicidad.

XXVII

La «guerra alejandrina» ha terminado. Ptolomeo XIV está muerto. Arsinoé, exiliada primero en Chipre, es transferida bien resguardada a Roma. Ganímedes es hecho prisionero. Poteinos ha desaparecido. Sometido, Egipto será de ahí en adelante «lo que César quiera».

Pero el *Imperator* se abstiene de «reducirlo» a provincia romana. Le basta con que reconozca su autoridad. Para salvaguardar el principio — y puesto que en virtud de una tradición milenaria instaurada por los faraones y retomada por Ptolomeo Soter, un soberano de Egipto no puede casarse más que con su hermana — casa a Cleopatra con su hermano segundo, Ptolomeo XV, un niño de diez años. Este matrimonio no le inspirará ni temor ni celos, pero sí le demostrará a las poblaciones que él se propone respetar sus costumbres. Tan pronto proclamado el matrimonio, la nueva pareja queda investida de una realeza indivisible por sobre todo el país.

Comienza entonces uno de los capítulos más sorprendentes de la vida de César, un episodio que parece tener que ver menos con la historia que con la leyenda: la reina lo invita a realizar con ella un largo viaje por el Nilo, para mostrarle los santuarios del bajo y el alto Egipto.

A toda prisa se preparan y se decoran los barcos. Sacan de su refugio la nave real o *Talamegos*. «Éste, nos dice Weigall, era de dimensiones considerables. Era maniobrado por numerosos bancos de remeros y comprendía patios con columnas, salas de fiesta y de descanso, alcobas, santuarios dedicados a Venus y a Dionisos, así como una gruta o jardín de invierno. Las maderas eran de cedro y de cipreses, las decoraciones ejecutadas en pintura y en hojas de oro. Los muebles eran de estilo griego, con excepción de los de una sala de banquetes, decorada en el estilo egipcio».^{xlix}

Este palacio flotante era escoltado por cerca de cuatrocientos navíos — galeras, navíos mercantes y pequeños barcos de transporte — en los que César y Cleopatra hacen embarcar a varias cohortes.

Ciertos historiadores han estimado que la cifra de cuatrocientos navíos es exagerada. Han hecho ver que César no había debido llevar con él muchos legionarios, que él nunca habría cometido la imprudencia de debilitar a ese grado la guarnición de Alejandría, en tanto que la ciudad — siempre sometida a bruscas explosiones de cólera — acababa apenas de ser pacificada; que en fin un simple crucero de placer no justificaba en absoluto semejante despliegue de fuerzas.

Pero estos argumentos no son del todo convincentes. Si César hubiera sido imprudente en desproteger Alejandría, lo hubiera sido mucho más todavía en aventurarse sin protección por comarcas en donde los romanos no habían todavía penetrado y en donde se arriesgaban a enfrentarse con poblaciones hostiles. Además, no era en absoluto necesario desproveer de su guarnición a la capital. ¿No acababa Mitrídates de proporcionarle refuerzos importantes y no habían éstos demostrado suficientemente su valor de combate durante la batalla del Nilo de modo que César pudiera confiarles sin temor el cuidado de la ciudad?

Además, el viaje no estaba inspirado únicamente por el deleite. Respondía también al deseo que invadía al *Imperator* de explorar regiones que no había visto nunca y cuyo inventario quería levantar para saber si sus riquezas correspondían efectivamente a las que se les adscribían en los relatos de diversos viajeros. Por último, habría que desconocer el número de personas que acompañaban a los soberanos orientales en cada uno de sus desplazamientos para extrañarse por la amplitud de la escolta real. Cuando pensamos en la cantidad de cocineros, de escanciadores, de músicos, de guardaespaldas y de esclavos que exigía una expedición como esa — sin hablar de los equipos destinados a asegurar el relevo de los remeros — llegamos a considerar que, inclusive si la cifra de cuatrocientos barcos es exagerada, no por ello su número habría dejado de proporcionar un espectáculo impresionante.

La mayor parte de los historiadores romanos no vieron en este viaje más que una empresa publicitaria, una ópera de gran producción montada por Cleopatra para deslumbrar a César haciéndole tocar con el dedo la extensión de sus riquezas. Otros pretendían que el vencedor de Pompeyo no emprendió esta expedición más que para

satisfacer su codicia. «Quería, nos dicen, inspeccionar personalmente el país para evaluar las ventajas que de él podría extraer». Se puede ver que la mala voluntad no descansa nunca. Pero ¿qué importa? Inclusive ebrio, César conservaba su lucidez. En cuanto a Cleopatra, el hecho de exponer sus tesoros a los pies de su amante podía inspirarle un orgullo legítimo, al tiempo que le parecía como el mejor medio para atraerlo en forma durable.

En realidad, dicho viaje fue todo eso a la vez y algo más: la iniciación de un dictador republicano en los ritos y en los esplendores de una teocracia oriental.

En contraste con los largos meses en los que habían vivido encerrados en el palacio de Loquias, las semanas que César y Cleopatra pasaron en *Talamegos*, libres de toda inquietud y como sobrevolando por encima de las contingencias humanas, fueron una maravillosa evasión.

Dejando tras sí Alejandría, la galera real atravesó el lago Mareotis, se adentró en el brazo más cercano del Nilo y se alejó hacia el sur como una gran ave dorada. Luego de pasar Asiut, Abidos y Dendera, el convoy alcanzó, al cabo de tres semanas, la antigua capital de Tebas.

Sin duda la ciudad que se enorgullecía de ser «la más perfecta de todas» había decaído desde los tiempos en que vivieron en ella los faraones de la XVIII^a dinastía: pero no por eso era menos incomparablemente bella que en nuestros días. Sus templos todavía estaban habitados. La arena no había invadido aún el vestíbulo de sus santuarios y, en la penumbra de sus tumbas, las momias de los faraones dormían como grandes insectos míticos bajo sus caparzones de oro.

Pronto los altos acantilados de gres empezaron a bordar el curso del río. Después de haber visto aparecer y alejarse la sonrisa enigmática de la Esfinge, las pirámides de Keops, de Kefren y de Mikerinos, las blancas murallas de Menfis, los pórticos y los obeliscos de Heracleópolis y de Dendera, César debió haber quedado impresionado por esas formidables masas de piedra que el sol teñía con todas las matices de las llamas y, más aún, por esa multitud de estatuas que, con sus pupilas vacías, lo miraban pasar. Acostumbrado a las gracias un tanto amaneradas del arte helénico, esas efigies colosales debieron parecerle portadoras de una belleza bárbara, imposible de conciliar con todo lo que hasta entonces había visto. Pero fue en Karnak y en Luxor que su sorpresa debió haber cedido el lugar a un sentimiento de estupor, ya que allí la dimensión de los edificios era un reto para la imaginación.

Recostados indolentemente en divanes de seda y protegidos por tiendas de púrpura, César y Cleopatra se refrescaban vaciando las copas que de inmediato los escanciadores volvían a llenar con hielo raspado y ambrosía, en tanto que el navío real proseguía su viaje, mecido por el murmullo de las harpas y el canto de los remeros. Saliendo de sus santuarios, procesiones de sacerdotes y sacerdotisas venían a su encuentro, deseosos de rendir homenaje a su soberana. Porque si Cleopatra no era en Alejandría más que una joven princesa macedonia, risueña y zalamera, aquí ella era Isis, la diosa encarnada. El ureus que llevaba en la frente era la prueba de

ello. Las muchedumbres se concentraban cantando a lo largo de las riberas y corrían tras el barco, en una crepitación alegre de sistros y tamboriles que proseguía mucho después de que hubiera pasado. En cada parada, los encargados de los templos venían a postrarse ante ella y le pedían que derramara sobre sus cabezas las bendiciones del Altísimo.^{li} Así, de ciudad en ciudad y de santuario en santuario, el viaje proseguía con una lentitud majestuosa, en la atmósfera ardiente que preside a los matrimonios de dioses.

Cuatro o cinco semanas después de la salida de Alejandría, la flota real llegó ante la primera catarata de Asuán. «César, afirma Suetonio, habría querido ir más lejos». Movido por una curiosidad insaciable, hubiera deseado remontar hasta las fuentes del Nilo, que hasta entonces nadie había visto y de las cuales se afirmaba que descendían directamente del cielo.^{liii} Pero las tropas que lo acompañaban se rehúsan a seguirlo y el temor de un motín lo fuerza a dar media vuelta.

Aquí, una vez más, ciertos historiadores se han mostrado escépticos en cuanto a la realidad de la rebelión. Habiendo puesto en duda el hecho de que César se hubiera hecho acompañar por una escolta tan numerosa, no podían admitir — *a fortiori* — que dicha escolta se hubiera amotinado. De acuerdo con ellos, los cronistas antiguos simplemente habían querido adaptarse al gusto de la época estableciendo algún paralelismo entre César y Alejandro, mediante el cual se mostraría al *Imperator* presa de dificultades parecidas a las que habían detenido al macedonio en los bordes del Hipaso.

No obstante, quienes piensan que la rebelión efectivamente tuvo lugar se fundan en argumentos difíciles de rebatir.

Para empezar, a las comitivas no debía gustarles en lo absoluto la idea de cargar las embarcaciones para cruzar las cataratas. Dado su peso, y sobre todo el de la galera real, ello hubiera representado en todo momento un esfuerzo sobrehumano. Con mayor razón, si ello lo tenían que ejecutar hombres ya cansados por la duración del viaje.

Además, todo hace creer que si César se había hecho acompañar por un cuerpo de legionarios, éste se componía en su mayoría de nervianos, alobrógenos y rutenos, puesto que eran esas provincias las que suministraban el número más grande de reclutas al ejército romano.

Imágínese a estos hombres venidos de Flandes, de Saboya o de Auvernia hundiéndose más profundamente en esa África insondable en donde todo debía inspirarles un medio creciente. Y de pronto se les ordena ir todavía más lejos, remontar, más allá de las cataratas cuyo rugido mismo era ya una amenaza, hasta el origen de un río del que se preguntaban con terror si brotaba del cielo o de las fuentes mismas del horror! Se comprende que se hayan rehusado a aventurarse más lejos ...

Y puesto que las mismas causas engendran a menudo los mismos efectos, ¿por qué no admitir que la intrepidez de César haya chocado aquí — como la de

Alejandro — con el rechazo humano, demasiado humano, de sus legiones? Al igual que las falanges macedonias, éstas estaban dispuestas a combatir contra cualquier enemigo «con tal de que tuviera figura humana». Pero no a desafiar un continente desconocido...

Independientemente de lo que haya pasado, una cosa es clara: llegado a Asuán, César ya no fue más lejos.^{liii} Dio media vuelta, «suficientemente esclarecido respecto a la prosperidad y fertilidad de la comarca no sin haber recogido de los aborígenes abundante información sobre las rutas de comercio que llevaban del Nilo a Berenice y a las Indias o, también, a Meroe, a Napata y al reino de Etiopía».^{liv} En pequeñas etapas, la flota regresó a Alejandría, a donde llegó hacia finales del mes de junio. El viaje había durado de nueve a diez semanas (julio de 47).

César entró al palacio de Loquias cargado con una rica cosecha de informaciones y con el espíritu enriquecido por toda una multitud de nuevas adquisiciones. Retomando la bella fórmula de Horacio, «el Oriente cautivo había subyugado a su feroz vencedor».^{lv}

XXVIII

Cleopatra no se limitó a ser una mediadora entre César y Egipto. Fue también una mediadora entre el imperio romano que César quería fundar y el imperio de Alejandro, del cual ella se sentía heredera.

Alejandro! Desde joven, a César no lo había abandonado nunca el recuerdo de este héroe, cuyas hazañas había jurado igualar. Y he aquí que la princesa que le abría las puertas de Oriente no era solamente la descendiente de Ptolomeo el Lágida, uno de sus más prestigiosos lugartenientes, sino que llevaba el mismo nombre que la hermana del conquistador! ¿Era acaso permisible no ver en ello otra cosa que una mera casualidad?

El resplandor con el que quedó revestida la personalidad de Alejandro impuso una sombra sobre la obra de sus sucesores. Después de un impulso tan poderoso hacia la unidad, las disensiones de sus generales nos parecen de una mezquindad aflictiva y no es sin razón que Droysen haya terminado su monumental obra consagrada al vencedor de Darío con esta frase desdeñosa y que produce un sonido desolador: «Con su último suspiro empezaron la discordia de sus Grandes, el motín de su ejército, la caída de su Casa, el derrumbe de su imperio».^{lvi} Dicha frase nos da la impresión de un derrumbe trágico, de un descenso irremediable y definitivo en la muerte.

Y no obstante, si el imperio macedonio se dislocó casi de inmediato, no desapareció de un día para otro. Después de la muerte de Alejandro, Roxana y Alejandro Ægos, su hijo póstumo, fueron conducidos a Grecia y confiados al cuidado de Olimpia. Pero Alejandro Ægos, en cuyas venas corría la sangre de los

reyes de Macedonia y en quien nominalmente subsistía la unidad del imperio, representaba un peligro demasiado grande para los generales de Alejandro, cada uno de los cuales soñaba con acaparar el poder para sí mismo. Una vez que Antígono obligó a Casandra a inclinarse ante él, se convino que éste ya no llevaría el título de «estratega de los helenos» sino hasta la mayoría de edad del príncipe heredero. Por desgracia, esa medida destinada a asegurar la continuidad de la dinastía debía ser, al contrario, la causa de su pérdida. A Roxana y Alejandro Ægos, a la sazón de doce años, se les quitó la tutela de Olimpia y fueron encarcelados en Anfípolis, en donde fueron asesinados en condiciones misteriosas.^{lvii}

Fue entonces que la noche cayó sobre el imperio macedonio. No que no pasara en él nada: los acontecimientos se precipitaron con una confundente rapidez. Pero ningún testigo de envergadura estaba allí para relatárnoslos, ni para hacernos comprender su concatenación. «La historia calla o balbucea, escribe E. F. Gautier. Ningún historiador de esa época tiene la talla de Herodoto, de Tucídides, de Polibio, de Tito-Livio o de Tácito. Con excepción de Plutarco, que es un moralista y un anecdotista, no hay más que unos cuantos analistas desprovistos de mente crítica y de ideas generales. Con su ayuda se reconstituye, cuando mucho, el hilo de los acontecimientos. Su vínculo profundo no aparece... ».^{lviii} Cuando a su vez los romanos se apoderaron de Siria y del Ponte, el Oriente helenizado fue reducido al rango de provincia lejana y dejó de hablarse de él. Lo que quedaba de luz histórica fue proyectada hacia el corazón del imperio, es decir, hacia Roma. Toda la periferia cayó en un penumbra en donde los monumentos, las batallas y los reinados parecen haberse ido a la deriva. ¿Qué memoria humana habría podido registrar, bajo la forma fragmentaria como han llegado hasta nosotros, las inextricables luchas de los Epígonos y de los Diádocos? «El período helenístico, que sin embargo duró mil años, puesto que va de Alejandro a la Hégire, quedó prácticamente eliminado de la historia. Es realmente una pena. Quizá sería el milenio más apasionante de toda la historia, si no fuera porque en general se le pasa en silencio».^{lix}

Estas líneas, que datan ya de unos cincuenta años, no corresponden del todo al estado actual de nuestros conocimientos. Gracias a numerosos trabajos aparecidos en el intervalo — en particular a la monumental obra de Bouché-Leclerq, *Historia de los Lágida* — y a los descubrimientos efectuados por misiones arqueológicas en Nimrud Nagh, en Dura Europus, en Deilaman y en Palmira, estamos hoy mejor preparados para conocer la fisonomía de los reinos griegos de Oriente. Sin duda alguna muchos detalles se nos escapan todavía, pero sus rasgos más descollantes comienzan a emerger de la oscuridad.

Con la esperanza de salvaguardar la unidad del imperio, los compañeros de Alejandro se habían primero repartido el mando de los diferentes cuerpos de ejército. Pero muy rápidamente la caballería (predominantemente asiática) y la infantería (predominantemente macedonia) se habían erigido una en contra de la otra, de manera que había sido necesario proceder al reparto de las satrapías. Habían

seguido quince años de luchas salvajes, durante las cuales todo el Oriente fue socavado como por un temblor de tierra. Fue sólo hasta el año 301, después de la batalla de Ipsus, que la situación se estabilizó. Se vio aparecer entonces, en lugar del antiguo imperio alejandrino, un conglomerado de estados y de reinos independientes y de los cuales los tres más poderosos eran el Asia seleucida, la Grecia antigónida y el Egipto de los Ptolomeos. Después de tantos movimientos centrífugos, parecía que las tendencias a la unidad habían de tomar la delantera, pues por ásperas que hubieran sido las rivalidades que había puesto a unos contra otros de los jefes de esas nuevas dinastías, nunca habían borrado del espíritu de las poblaciones el recuerdo de su pertenencia a una civilización común. Ese sentimiento había permanecido particularmente vivaz en el seno de las aglomeraciones urbanas, todas las cuales se enorgullecían de su pasado helénico.

Sabemos, en efecto, que el imperio de Alejandro había sido esencialmente *urbano*. Su conquista había sido demasiado rápida como para modificar en profundidad la fisonomía del campo, de manera que no hay que representárselo como un dominio homogéneo y compacto preponderantemente rural, sino como una constelación de ciudades ligadas entre sí por una red de rutas comerciales. Alejandro en persona había esbozado la estructura al fundar dieciséis «Alejandrías»,^{lx} escalonadas desde el Mediterráneo hasta el Indo, las cuales no habrían de florecer plenamente sino hasta después de su muerte.^{lxi}

A imagen de su amo, también Seleuco y Antoquio se habían empeñado en volver a bautizar ciudades antiguas o en fundar nuevas ciudades llevando sus respectivos nombres. Fue así como nacieron diez Seleucias,^{lxii} catorce Antioquías,^{lxiii} seis Apameas, fundadas en honor de Apama, la mujer de Seleuco,^{lxiv} y tres Laodiceas, destinadas a perpetuar la memoria de Laodice, la esposa de Antoquio II.^{lxv} Estas nuevas ciudades vinieron a sumarse a las que ya existían. Su número aparecía claramente a través de una antigua nomenclatura, la cual nos enseña que en el 1^{er} siglo AJC nada más el reino de Pérgamo contenía treinta «ciudades libres», dieciocho «ciudades sometidas» y once «colonias militares».^{lxvi}

Todas estas aglomeraciones distaban mucho de tener la misma importancia. De ellas algunas no eran otra cosa que modestas aldeas, altos que jalonaban las rutas que conectaban a Asia Menor con Egipto, a Fenicia con Bactriana. Pero otras, como Apamea de Siria, Antioquía del Oronte y Seleucia del Tigris, habían conocido un progreso inesperado. Eran ciudades soberbias, de más de cien mil habitantes, cuyo resplandor rebasaba con mucho a los de Corinto o Esparta.^{lxvii}

Con facilidad recreamos en la imaginación estos centros de negocios y de vida intelectual, con sus ágoras y sus mercados, sus anfiteatros y sus acrópolis, diseminados a través de los grandes espacios salvajes del Oriente pre-cristiano y pre-islámico. Los desiertos de estas comarcas están tapizados de pórticos, de arcos del triunfo y de columnas destrozadas que, aunque carcomidos por la arena, atestiguan

aún hoy el poder de la huella que la civilización helenística había impuesto en toda esa región.

Hasta principios del siglo II AJC, el poder de los Seleúcidas se había mantenido más o menos intacto.^{lxxviii} Su imperio todavía comprendía dieciocho de las satrapías de Alejandro.^{lxxix} Pero en 170, un temible enemigo había aparecido en las fronteras nororientales de su reino: los partos, cuya caballería, reclutada entre los pastores nómadas de los valles altos del Elbruz, muy rápidamente se había revelado como un formidable instrumento de guerra. Sus incursiones no habían cesado de multiplicarse y no tardó mucho en que el imperio seleúcida comenzara a tambalearse en sus bases. Bactriana, Aracosia y Carmania fueron las primeras en perderse. Le tocó el turno después a Persia, a la Gran Meda y a Suziana. El reino se encogía de año en año. Hacia 130, Mitrídates I fue a campar a las orillas del Tigris. Fundó allí Ctesifón, que se convirtió en la cuna y la residencia de una nueva dinastía: los Arsacides.

Hay un hecho digno de ser resaltado: la vida helénica logró mantenerse bajo el dominio extranjero por lo flexible y tenaz que era.^{lxxx} Pero la dinastía seleúcida, exangüe y agotada, fue constreñida a replegarse hacia Occidente y a refugiarse en Antioquía. Toda la parte oriental del reino estaba perdida...

En menos de un siglo, los jinetes partos se habían anexado todo el espacio comprendido entre el Oxus y el Tigris. Instalados a partir de ese momento en el curso del Eufrates alto, amenazaban Palmira, Siria Kelé, y las ciudades de Decápolis.^{lxxxi} Sólo el temor a los romanos les impedía desembocar allí.^{lxxxii} Mientras tanto, las poblaciones griegas, que se habían aferrado a sus ciudades natales como a rocas a medias sumergidas por la marea, no cesaban de lanzar hacia Antioquía y Alejandría gritos de angustia, suplicándoles que fueran a liberarlos de los «bárbaros asiáticos».

Pero ¿de dónde podría venir su liberación? No de seleúcidas débiles e incapaces, reducidos a mendigar el apoyo de príncipes más poderosos que ellos.^{lxxxiii} Tampoco de los Antigónidas, quienes habían tenido que resignarse a la tutela de Roma desde la derrota de Filipo V, en Cinocéfalos.^{lxxxiv} No quedaba entonces más que la dinastía de los Ptolomeos y es por eso que todas las miradas se volvía hacia ella. Sólo ella parecía capaz de levantar la antorcha que los seluecidas habían dejado caer.

Instalados en Egipto desde 306, dotados de inmensas riquezas y poseedores de una capital de medio millón de habitantes, los descendientes de Ptolomeo el Lágida se habían convertido en los depositarios y en los defensores de todo lo que subsistía del imperio de Alejandro. No quedaban más que ellos para poder asegurar su resurrección.

Ahora bien, ¿quién sino Cleopatra encarnaba con el mayor resplandor las tradiciones de los Ptolomeos? Debido al desvanecimiento progresivo de los seluecidas y de los antigónidas, ella se había convertido, en el siglo I antes de

nuestra era, en el mascarón de proa del mundo helénico, la guardiana de una herencia de la que ella no conservaba más que una parte, pero de la cual estaba siempre lista para reivindicar el resto. Soberana de los dos Egiptos, ella llevaba la esperanza de decenas de miles de griegos diseminados a lo largo y ancho del Oriente. Parecida al faro que iluminaba su capital, ella era el punto de mira de «todos aquellos que no habían renunciado». Que tan sólo se le diera los medios para hacer retroceder a los Partos y ella restablecería la primacía macedonia desde Alejandría de Egipto hasta Alejandría Escaté...

Si el siglo que acababa de transcurrir había visto a las legiones romanas avanzar hacia Oriente, durante ese mismo lapso de tiempo la evolución histórica había obligado a la potencia helénica a replegarse hacia Occidente. Fue en Alejandría, situada en la centro de esos dos mundos, que se habían encontrado, en el otoño del año 48, César el Occidental, que llevaba en sí las promesas del imperio romano que estaba por nacer, y Cleopatra la Oriental, en quien ardían los últimos fuegos del agonizante imperio macedonio.

Es entonces que toma cuerpo en la mente de esta mujer, que se nos ha pintado como un ser frívolo e inconstante, uno de los proyectos más grandiosos que haya alguna vez engendrado una cabeza política: no dejarse aplastar entre los romanos y los partos, sino servirse de las legiones romanas para hacer retroceder a los partos más allá del Oxus y reconquistar Asia.

XXIX

Cuando César llega a Egipto, su victoria sobre Pompeyo lo convierte virtualmente en el amo de un estado del que dependen Italia, Galia, España, Iliria, Grecia y una porción de África.^{lxxv} Estos territorios, sin embargo, no están yuxtapuestos. El vencedor de Farsalia estima que es indispensable de hacer con ellos un todo homogéneo, otorgándole el derecho de ciudadanía a todas las poblaciones que los habitan.

Pero este imperio puramente occidental y mediterráneo seguirá conteniendo tan sólo una fracción de la humanidad si se limita a las provincias de la Europa romana. El mundo es bastante más grande de lo que se cree en los bordes del Tíber. Que César haga explotar el horizonte demasiado estrecho en el que hasta ahora se han movido los «Padres de la Patria». ¡Que una a sus conquistas el imperio oriental de Alejandro! ¿Tarea gigantesca? Sin duda, mas ciertamente no imposible. Porque esta segunda mitad del mundo — con mucho la más bella y la más rica de las dos — es justamente la que Cleopatra le puede aportar.

César es el genio militar más grande de su tiempo. A pesar de sus sienes grisáceas, su energía está intacta. No le faltan reclutas: las Galias y Germania son susceptibles de suministrárselas en cantidades inagotables. Lo único que le hace

falta es el dinero necesario para equiparlas. Cleopatra, por su parte, está desprovista de soldados. En cambio, dispone profusamente de dinero. Tiene con qué poner en pie innumerables legiones. Que conjuguen sus recursos! Los jinetes galos, la infantería germánica y los tesoros del Nilo los harán invencibles. César dejó aseguradas las fronteras occidentales del imperio haciendo retroceder a los sicambros más allá del Rin. Que haga lo mismo para sus fronteras orientales!

Es sólo después que realmente detendrá el dominio del mundo. Podrá entonces retomar por cuenta propia el sueño del hijo de Olimpia: operar la fusión del Oriente y el Occidente y fundar un imperio universal que tenga las dimensiones de la Tierra. Y ese imperio no se desmoronará como el de Alejandro. Porque César y Cleopatra se lo heredarán a sus hijos quienes, por su doble ascendencia romana y macedonia, encarnarán las dos mitades del universo civilizado.

«Así, poco a poco, bajo la influencia conjugada de la reina de Egipto y de sus propias ambiciones siempre despiertas, nos dice Weigall, César empezó a contemplar la doble posibilidad de crear un imperio mundial al que gobernaría como monarca absoluto y de fundar un linaje que ocuparía, en las edades por venir, el más alto de los tronos terrestres».

La idea le vino entonces de que los reyes deben gobernar en virtud de un derecho que les confiere una sangre real y que la suya, aunque noble y supuestamente de origen divino, no cumplía todas las condiciones que se requerían para imponer una fidelidad a toda prueba a los súbditos de sus descendientes. El vástago de un largo linaje de reyes detenta un poder más fuerte y más sólido que el hijo de un simple general, por prestigioso que sea...

A partir de entonces, César tenía que considerar con un entusiasmo cada vez mayor la idea de futuros monarcas de Roma, instalados por derecho hereditario en el trono antiguo del Egipto macedonio, en tanto que Cleopatra, por su parte, se exaltaba ante la de los futuros faraones, sangre de su sangre y carne de su carne, reinando sobre Roma por derecho hereditario.

«Los historiadores, añade Weigall, se ajustaron a la invariable costumbre que consiste en atribuir la prolongada estancia de César en Egipto a la influencia sensual de Cleopatra. En realidad, para retenerlo en Egipto había bastante más que el amor. Había ambición, la ebriedad de un conquistador orientado hacia nuevas conquistas, el interés supremo de un hombre que piensa que pronto tendrá una corona real por su propia audacia y que construirá un trono que ocuparán, después de él, los descendientes de su sangre».^{lxxvi}

Pero antes de acceder «al más alto de los tronos terrestres», faltaba atravesar una etapa importante. Quizá fuera esa inclusive la más difícil de todas.

XXX

En cuanto a los romanos, éstos aceptarían de buena gana ser regidos por un magistrado salido de una familia patricia, apoyándose en el ejército y gobernando mediante decretos de senado-consultos. Pero no los pueblos de Oriente! Durante milenios éstos se habían venido bañando en una atmósfera religiosa que les prohibía dejarse gobernar por un hombre «como los otros». Para que él pudiera imponer el respeto en sus súbditos, era imprescindible que fuera un monarca investido de un poder sagrado, un ser superior al común de los mortales. Antes de haber engendrado las tres grandes religiones monoteístas de la historia, el Oriente inventó las monarquías absolutas — enormes teocracias hieráticas cuya majestad se perpetúa en las capas de púrpura, los cetros y las coronas de los *basileis* bizantinos. Alejandro lo había entendido, él que había obligado a los macedonios y a los persas a postrarse ante él y que se había hecho conferir los honores divinos. Que César siga su ejemplo! Que consienta a su divinización, so pena de que se le escape la mitad oriental de su imperio! Eso es de lo que Cleopatra se esforzará por convencerlo. ¿Acaso no es ella misma a la vez diosa y reina? Durante su travesía por el Nilo ¿no se dirigieron a ella los sacerdotes de los santuarios de Tebas y de Luxor para pedirle que vertiera sobre sus cabezas las bendiciones del Altísimo? ¿No era la galera que los transportaba, a los ojos de las poblaciones de las riberas, la imagen misma de la barca de Osiris, la cual servía de vínculo mágico entre este mundo y el otro?

Después de haber sido una mediatriz entre César y el Oriente, entre el naciente imperio romano y el difunto imperio de Alejandro, Cleopatra va a asumir un tercer papel, más delicado pero quizá más excitante aún: servir de vínculo entre César y los dioses.

Para nosotros, los modernos, en quienes han pasado dos mil años de cristianismo y varios siglos de libre examen, estas historias de “divinización” se nos han vuelto incomprensibles. Nuestra óptica intelectual ha cambiado de tal manera que sólo difícilmente llegamos a aprehender la de los antiguos. Para nosotros, no existe más que una alternativa y ninguna otra. O bien Dios existe — «creador todopoderoso del cielo y de la Tierra» — y nadie puede pensar en ser un sustituto de Él, o bien Dios no existe y aspirar a la divinidad no es más que una impostura.

Pero para los hombres de la era pagana, la cosa no era así. Al presentarse a sus súbditos como dioses encarnados, ni los faraones egipcios ni los autócratas babilonios, ni Alejandro el Grande — aquel alumno de Aristóteles — pretendían abusar de su credulidad. Su carácter divino era para ellos algo tan tangible y tan real como los poderes civiles o militares de los cuales estaban investidos.^{lxxvii}

Inclusive en Roma, en donde el sentimiento democrático estaba muy desarrollado, se veía despuntar desde hacía poco tendencias del mismo orden y no deja de ser interesante que el verdadero fundador del culto imperial no haya sido ni

Augusto, quien fijó las formas, ni César, quien no obstante fue adorado como un dios tanto en Italia como en Oriente mientras estuvo vivo, sino Sila. Ese realista escéptico fue el primero en fundar una monarquía sobre el principio del derecho divino.^{lxxviii}

En Roma misma, la religión había servido de apoyo al gobierno. Desde los orígenes, los reyes sólo habían mandado porque eran los depositarios de los «auspicios», esto es, signos que permitían interpretar la voluntad de los dioses. Cuando se expulsó a los reyes y se instauró la República, los auspicios sobrevivieron a la difunta monarquía, pero en lugar de conjugarse en la cabeza del soberano, el derecho de «tomar los auspicios» fue dividido y se repartió entre un cierto número de personas: los dos cónsules, los procónsules, los diez tribunos del pueblo, el senado congregado y los nueve augurios, aquellos sacerdotes nombrados de por vida cuyo colegio aseguraba el carácter perenne de los vínculos que unían a la República con sus dioses protectores.

Todos los auspicios tenían el mismo valor, por lo que se neutralizaban cuando se contradecían unos a otros. Además el senado, cuando no estaba de acuerdo, podía pasar de los auspicios de los magistrados a las observaciones de los augurios. Los creadores de este sistema habían querido preservar el balance de las magistraturas de las que, en última instancia, dependía la libertad de la República. Pero como todos estos auspicios se tenían recíprocamente en jaque y como la tradición le prohibía a los romanos legislar, combatir, declarar la guerra o concluir la paz si no tenían la seguridad de que los auspicios eran favorables, toda la maquinaria gubernamental terminaba por quedar atrapada en ellos. A final de cuentas, no había más que dos clases de auspicios que no estaban expuestos a ninguna restricción, pues pertenecían unos y otros a magistrados sin colegios: *en Roma y fuera de ella*, los auspicios que tomaba un dictador durante su semestre de dictadura: *fuera de Roma solamente*, los auspicios que tomaba un procónsul designado para gobernar una provincia.

El día en que Sila acumuló los poderes de dictador y de procónsul, se arrogó el derecho de tomar los auspicios *en todo momento, tanto en Roma como en el resto del imperio*. Esta medida, que ponía fin a una peligrosa dispersión, concentraba de nuevo todos los auspicios en una sola cabeza. Ello equivalía, casi literalmente, a una restauración de la realeza.

Cuando Sila fue destronado, una de las primeras preocupaciones del senado fue la de volver a dividir los auspicios. Como anteriormente, los repartió entre los cónsules, procónsules, tribunos y augurios. Pero se había creado un precedente. Era claro que el día en que un hombre reuniera de nuevo entre sus manos el doble poder de dictador y de procónsul los diferentes derechos de tomar los auspicios también convergerían y de manera natural vendrían a colocarse en su cabeza. A partir de ese momento, el mundo romano no tendría más que un único intérprete irrecusable de la voluntad de los dioses.^{lxxix}

Empero, el derecho de tomar los auspicios en absoluto confería un carácter divino a quien lo ejercía. Lo autorizaba a interrogar el cielo y a «interpretar» los signos. Nada más. La voluntad de los dioses seguía siendo distinta de la suya. De ahí a que él mismo se considerara un dios no había más que un paso que la mente positiva de los romanos se rehusaba a dar.^{lxxx} Y es legítimo pensar que tampoco César lo habría dado si no hubiera tenido prolongados contactos con el Oriente y si no hubiera padecido la influencia de Cleopatra.

Fue ella quien le reveló el carácter sagrado de las monarquías, como el gran sacerdote del templo de Ammón se lo había revelado a Alejandro. Tanto en un caso como en el otro, el impulso vino de Egipto y fue sin duda la adquisición más considerable que César se llevó de su estancia en Alejandría.

Durante algún tiempo, los Ptolomeos mismos habían titubeado en hacerse adorar como dioses. Habían temido las reacciones de su entorno macedonio, el cual había asistido con sorpresa a la divinización de Alejandro y no la había considerado más que como una prolongación de los ritos de conversión en héroes ya practicados en la Grecia del norte y en ciertas ciudades de las Cícladas.^{lxxxii} Pero en Egipto se había instaurado espontáneamente un culto alrededor de los manes del gran difunto, sobre todo a partir del día en que su sarcófago había sido expuesto en el mausoleo de Alejandro. Para imponerse a sus súbditos y convencerlos de que efectivamente eran los sucesores de Alejandro, los Ptolomeos tuvieron que actuar de manera que dicho culto se extendiera también a ellos.

Insensiblemente, los miembros de la nueva dinastía habían asimilado las costumbres religiosas de la región. Habían cubierto su cabeza con el *pshent* para cumplir con los ritos que acompañaban a la toma de posesión del trono; habían adoptado los «cinco nombres» que servían para designar a los faraones. Ptolomeo II debió haber sido el primero en recibir la investidura de lo sagrado. Pero después de él, Ptolomeo IV y Arsinoé III, «los dioses Filipátors»; Ptolomeo V y Cleopatra 1ª, «los dioses Epifanios Eucarístides». A partir de ese momento, se les había considerado como los descendientes directos de Horus y de Ra y se habían poco a poco instalado en su papel de reyes-dioses. Para terminar, la asimilación había sido tan completa que efectivamente se habían vuelto faraones a los ojos de sus súbditos. Si la corte había conservado una estructura macedonia y si sus grandes dignatarios llevaban todavía los títulos que se habían usado en Pela,^{lxxxiii} los Ptolomeos en persona se habían rodeado de un ceremonial parecido en todo al de las dinastías faraónicas.

Ahora bien, en ningún lado más que en Egipto estaba investido el soberano de poderes trascendentes y absolutos. No era «parecido al sol». Era la emanación directa de él, Ra siempre encarnada y «que vigila hasta el fin de los tiempos por la salvación de los hombres». Debido a ello, ningún aspecto de la actividad terrestre escapaba a su control. De él dependían la evolución de los años, el ciclo de las estaciones, la alternancias de crecimiento y decrecimiento del Nilo, la germinación

de las plantas y la fecundidad de las bestias. La identificación del hombre con Dios se había vuelto tan perfecta que las alabanzas que los sacerdotes le otorgaban ya no se distinguían de las que Akhenatón le dirigía al Creador:

*Dios todopoderoso y que no tiene un igual
 Tú creaste las estaciones
 Para mantener en la vida a todo lo que creaste
 Tu desarrollas el germen en el seno de las mujeres
 Tu le das a los que has creado el aliento que lo anima.
 Tu colocaste a todos los hombres en su lugar
 Y tu provees a sus necesidades
 Oh! Amo de todos los países
 Sol del día, grande de poderío
 A los países más lejanos Tu los haces vivir
 Tu les diste un Nilo en el cielo
 Para que descienda sobre ellos.
 Todos los seres que caminan
 Desde que fundaste la Tierra
 Tu los crías para tu hijo, salido de tu carne,
 El rey de los Dos Egiptos
 Quien vive de verdad
 Y para su gran esposa real a quien ama
 La ama de los Dos Países
 Viva y floreciente
 Para siempre y hasta nunca....^{lxxxiii}*

En tanto que emanaciones de Dios, los faraones estaban encargados de «asegurar la vida de todas las cosas, manteniéndolas en el lugar que Dios les había asignado desde los orígenes del mundo». Pero su poder no se limitaba a los vivos: se extendía también a los muertos, a quienes de alguna manera aseguraban la «supervivencia», al impedir que cayeran para siempre en la nada. No era por casualidad que se les llamaba «los soberanos de los dos Egiptos». Para el profano, este calificativo servía para designar al Alto y al Bajo Egiptos. Pero en aquel país en donde todo lo visible tenía su doble invisible y en donde cada palabra tenía su sentido oculto, ello significaba también que Egipto se componía de dos mundos que estaban frente a frente: el de los vivos y el de los muertos, separados por la gran barrera del río.^{lxxxiv}

Ahora bien, al igual que el otro, el mundo inferior necesitaba ser mantenido en vida y una de las tareas de los faraones consistía en vigilar incesantemente que así fuera. A ningún precio se podía permitir que los muertos desaparecieran, pues con ello el mundo de los vivos dejaría de existir. Por eso, renovando el viaje de

Osiris, los soberanos de Egipto descendían de vez en cuando al mundo inferior, para proporcionar a las almas de los difuntos los alimentos y los consuelos que les eran indispensables.

Al término de dicha peregrinación, reaparecían bajo una forma rejuvenecida, para proseguir su obra vivificante y reguladora. A imagen del astro que se pone cada tarde para resurgir al día siguiente, ellos sin cese renacían en su progenie. Mortales en tanto que individuos, eran inmortales en su linaje. La continuidad que de ello había resultado le había permitido a Egipto atravesar sin fracturarse cinco mil años de historia y convertirse en una de las civilizaciones más antiguas de la tierra.

Para Cleopatra, la teocracia era la prenda de perennidad más potente que la mente habría podido concebir. Si algo podía asombrarla, no era el ser diosa: era más bien que el hombre que ambicionaba fundar un imperio universal no se considerara como tal. Para ella, había en eso una anomalía chocante, inclusive quizá *un sacrilegio*. Un simple mortal, sometido a las mismas vicisitudes que sus semejantes, no debía aspirar a una posición tan elevada. Para César, ya no bastaba concentrar en su cabeza los derechos de tomar los auspicios. Ya ni siquiera le era suficiente pretender que era el descendiente lejano e hipotético de Venus. Nunca fundaría un imperio durable, nunca se lo heredaría intacto a sus sucesores si a partir de ese momento no se proclamaba monarca y divino.

XXXI

César escucha en silencio a la reina de Egipto. La embriaguez del Nilo no le ha hecho perder el sentido de lo posible. Sin duda Cleopatra tiene razón en lo que concierne a los pueblos de Oriente. Pero ella no conoce Roma ni la aversión innata que los «Padres de la Patria» sienten por el poder personal.

Y además, hacer retroceder a los partos más allá del Oxus no es tan fácil! No es que los jinetes arsácides sean invencibles, ni mucho menos. Pero una vez que las legiones romanas hayan cruzado el Meda ¿quién puede decir qué avalanchas humanas no se precipitarán sobre ellas?

El mundo ha cambiado mucho desde los tiempos de Alejandro. Es, ciertamente, mucho más vasto de lo que se piensa en Roma. Pero está también mucho más poblado de lo que Cleopatra cree. Detrás del Rin, detrás del Oxus, como detrás de las cataratas de Assuán, hierven las multitudes informes que pasarían el mundo civilizado a sangre y fuego si no se les impidiera irrumpir en él.

El macedonio había creído que se las estaba viendo con los bárbaros cuando se enfrentaba a los Persas y a los habitantes del valle del Indo. Qué error! Él había combatido a algunos de los pueblos más educados de la tierra. Con los verdaderos bárbaros no se había topado nunca, salvo quizá en Transoxiana. César, en cambio, se había enfrentado a ellos. Y había guardado de ello un horripilante recuerdo.

Ello había sucedido durante el invierno de 56-55. Después de haber construido un puente sobre el Rin, se había aventurado lejos de sus bases, en terreno desconocido, a la cabeza de cerca de treinta mil hombres. El bosque era tan denso que a las legiones les había resultado trabajoso abrirse camino. Una espesa bruma subía del río. Ocultaba el horizonte y le daba a los árboles y a las rocas un aspecto fantasmal. De pronto, sus exploradores le habían informado que medio millón de bárbaros se concentraban en sus claros para caer sobre él. Esta noticia le había dado escalofríos. ¿Cómo podría él, con los escasos efectivos de los que disponía, resistir los asaltos de semejante multitud? En la helada media mañana, le había dado de inmediato a sus tropas la orden de dar media vuelta y se había retirado precipitadamente, destruyendo tras sí el puente que conectaba las dos orillas del Rin.

Eso Cleopatra lo ignoraba, como lo ignoraban la mayor parte de sus contemporáneos. Porque, para ocultar su derrota, el procónsul de las Galias había enviado a Roma un tranquilizante comunicado, en el que disfrazaba los hechos con una desenvoltura que dejaba estupefacto a cualquiera. «Como César ha alcanzado los objetivos que se había asignado, se leía allí — hacer temblar a los germanos, castigar a los sigambrios, liberar a los ubios de la presión que padecían — él estima haber obtenido un resultado suficientemente glorioso y regresó a las Galias, después de haber destruido tras sí el puente».^{lxxxv}

¿Por qué había destruido el puente si no había nada que temer? No eran los germanos quienes habían tenido miedo: era él y no tenía el menor deseo de volverse a encontrar una segunda vez en una situación parecida.

Crear que podría acabar con los partos con los efectivos de que dispone en Alejandría, inclusive si se les aumenta con los del ejército egipcio, con los de Mitrídates de Pérgamo y con todos los reclutas que podría levantar en Oriente, sería una grave ilusión. Inclusive si se sumaran las legiones que dejó en Farsalia y que le encargó a Antonio que regresara a Italia, no serían suficientes. Una campaña de estas dimensiones exigiría fuerzas inmensas, un ejército como el mundo todavía no ha visto uno. Para ponerlo sobre sus pies había que regresar a Roma, pues era solamente movilizándolo todos los recursos de Occidente que él podría forjar el instrumento adaptado a la expedición suprema de su vida.

Por desgracia, las noticias que recibe recientemente de la capital no son nada tranquilizantes. Desde la muerte de Pompeyo, Roma vive en la fiebre. Nadie sabe bien a bien quién gobierna la República. La muchedumbre se ha congregado en diversas ocasiones en el Forum para reclamar un jefe. La agitación civil, agravada día con día por sediciones militares, amenaza con comprometer la paz social.

Los veteranos de Farsalia se irritan por la ausencia prolongada del jefe, por cuyas órdenes estrictas ellos cruzaron el Rubicón. Cuando el botín que trajeron de Macedonia comenzó a fundirse, exigieron a voces las primas y las concesiones de tierra que César les había prometido y, como éstas tardan mucho en llegar, entran «en turbulencia». Desde mediados de enero de 47, su cólera ha obligado a Antonio

— de nuevo promovido al rango de *Magister Equitum*^{lxxxvi} — a ir a Campania para hacerlos entrar en razón. El jefe de la caballería cree haberlos calmado. Empero, apenas está de regreso en Roma que nuevos conflictos estallan. Poco falta para que, a mediados de julio, P. Sula y Salustio sean lapidados por soldados de la XII^a legión. Al recibir esta noticia, César palidece.

¿Cómo, en esas condiciones, pensar en hundirse en el Oriente? No sólo no hay medios para ello, sino que ya se retrasó demasiado en Egipto! Él tiene que regresar lo más rápidamente posible a Italia para retomar las riendas del poder e impedir — una vez más — que la ciudad caiga en la anarquía...

Una vez tomada su decisión, habla con Cleopatra para informarle sobre la necesidad en la que se encuentra de regresar a Roma. Al enterarse de la noticia, la reina queda aterrorizada. ¿Será acaso que las apasionadas conversaciones del palacio de Loquias llegaron a su final? Ella cree ver que de un solo golpe se derrumban todas sus esperanzas. Su instinto le advierte que la fiesta terminó, que una vez de regreso en Italia César nunca más regresará a las riberas del Nilo. Otros proyectos, otros problemas acapararán su pensamiento. Calpurnia, su esposa legítima, retomará su lugar junto a él y las luchas del Forum harán que pronto se borre de su memoria el encanto de Alejandría. Prorrumpe en lágrimas; se retuerce las manos, le suplica que no la abandone.

A César le extraña la violencia de su reacción. Con muy dulces palabras, trata de consolarla. Le asegura que su ternura por ella está igual de viva, que todo se perderá si no regresa a Roma. Además, él no se quedará allá más que el tiempo necesario para decapitar a la oposición, restablecer el orden y levantar las tropas necesarias para la expedición en contra de los partos. En caso de que acontecimientos imprevisibles lo obligaran a prolongar su estancia en Roma, la haría venir junto a él, sin que le preocupen los alborotos que ello podría causar en el seno de la opinión pública. ¿Podría él proporcionarle una prueba más patente de su apego?

En Cleopatra, la pasión amorosa rivaliza con la inteligencia política. Bien sabe ella que César le dice la verdad. Y, sin embargo, la separación la desgarró, porque no ignora cuánto puede transformar a un hombre la ausencia. Le hace jurar sobre la cabeza de Calpurnia que, tan pronto pueda, la instalará a las orillas del Tíber.

César se lo promete.

Llega por fin el día de la despedida. Agotada por la pena, Cleopatra se hace llevar en litera al sitio de embarque. Ya en el muelle del puerto, César, temeroso de que ella le haga una escena en presencia de sus legionarios, abrevia los adioses. Pero se equivoca. La hija de los Ptolomeos no manifestará su dolor en público. Se despide de él con una dignidad perfecta.

César sube a su galera, seguido por los únicos veteranos de la VI^a legión, aquellos que nunca lo han dejado desde Farsalia. Deja el resto de sus tropas en

Egipto para proteger a la reina en contra de cualquier tentativa de rebelión, quizá también para vigilarla, como algunos han sostenido.

La galera da una vuelta, levanta las velas y atraviesa lentamente el paso. Unos instantes más tarde, cingla hacia mar abierto, en tanto que Cleopatra se hace conducir al palacio de Loquias, el cual de pronto le parece desesperadamente vacío.

XXXII

Apenas el vencedor de Pompeyo ha abandonado suelo egipcio que se encuentra de golpe con todos los problemas de Occidente. Evadiéndose de la especie de indolencia dorada en la que había vivido durante los últimos meses, vuelve a ser el César fulgurante de Bríndisi y Farsalia. Ya nada va lo suficientemente rápido para su gusto. Apresura a los pilotos y espolea a sus jinetes por la urgencia que tiene de volverse a encontrar en el suelo del Lacio.

Después de desembarcar en Beryt (Beirut), se lanza hacia Antioquía, a donde llega unos cuantos días más tarde (13 de julio). De conformidad con sus órdenes, Domicio Calvino ya tiene en pie un ejército. Se aprestaba a llevarlo a Alejandría cuando la victoria del Nilo volvió superflua esta operación. De inmediato César toma el mando de estas tropas para dirigir las no hacia el sur, sino hacia el norte, en donde Farnacio, rey del Ponto, rehúsa deponer las armas.

César no puede dejar ese territorio — que controla todas las rutas que llevan a Asia — en manos de un adversario tan peligroso. Se precipita sobre Farnasio, lo aplasta en Zela (2 de agosto) y entroniza en su lugar a Mitrídates de Pérgamo, para recompensarlo por la ayuda que le proporcionó durante el sitio de Alejandría. A cambio de ello, Mitrídates concluye una alianza con él. Mitrídates cuidará que las rutas asiáticas le queden abiertas, lo cual prueba que no ha abandonado en nada sus proyectos.

César junta entonces algunos barcos. Luego, haciendo en sentido inverso el trayecto que ya había recorrido al perseguir a Pompeyo, cingla hacia Tarento, en donde desembarca el 30 de septiembre, después de dos cortas escalas en Atenas y en Patras.

Apenas monta su caballo empieza a galopar sobre la ruta que conduce a Roma, a donde llega en los primeros días de octubre, después de veintiún meses de ausencia.

La situación que encuentra es aún más grave de lo que había pensado. La oposición se agita, el senado levanta la cabeza. En cuanto a las legiones congregadas en Lucania pasaron ya abiertamente de la turbulencia a la rebelión.

Al enterarse de que César está de regreso de Alejandría, deciden rehusarse a todo servicio, para obligar al *Imperator* a ir hasta ellas. Cuando César se encuentre

en presencia de sus legionarios, éstos le harán ver de qué se trata el negocio: que cumpla con sus promesas o que los licencie!

Pero César se guarda de ir a su encuentro. Finge ignorarlos, como si su rebelión lo dejara indiferente.

Desconcertados, los legionarios deciden entonces subir a Roma. Esta vez, piensan, César no podrá confundirse respecto a la gravedad de su amenaza.

Sin embargo, César rehúsa dejarse intimidar. Se limita a hacerles deponer las armas a la entrada del Pomoerio^{lxxxvii} y les asigna el Campo de Marte como lugar de concentración.

Aunque todo el tiempo finge la más completa indiferencia, César mide perfectamente bien lo serio de la situación. Sabe que no escapará a una confrontación dramática. Sólo que quiere que esta confrontación tenga lugar como él la concibe, no como la desean los veteranos en rebeldía.

Al día siguiente, César llega al Campo de Marte sin hacerse anunciar. Monta a la tribuna y se sienta en el lugar reservado al comandante en jefe. De pronto, la noticia se propaga entre las cohortes:

— César está aquí!

La sorpresa es total. Los soldados corren a buscar sus armas y se concentran en el terreno. Pero en lugar de hablar saludan al *Imperator* y, apenados, se callan. Será entonces César quien los interpelará primero. Los conmina a que formulen sus quejas. De golpe, la situación se invierte: son los rebeldes — y no César — quienes están en la posición de acusados.

Algunos centuriones salen de las filas para exponer sus querellas. Hablan largamente de las fatigas que pasaron, de las pruebas que tuvieron que superar, de las recompensas que esperaban y por las cuales se sienten frustrados. Piden luego que se les libere del servicio militar. «Insisten vivamente en ese punto», nos dice Dión Casio, quien añade: «En realidad, no tenían ganas de reincorporarse a la vida civil pero, por creerse indispensables, querían espantar a César y obtener todo de él por medio del chantaje».

César los escucha con apariencia desinteresada. Cuando terminan de hablar, les responde sonriendo:

— Y bien, puesto que eso es lo que desean, los licencio a todos ...

Un silencio aterrador sigue a sus palabras. Los soldados se preguntan si oyeron bien.

— En cuanto a todo lo que les prometí, prosigue César con el mismo tono de voz, se los daré cuando reciba, *con otros diferentes de ustedes*, los honores del triunfo...

Un rayo que cayera en pleno Campo de Marte no habría tenido más efecto. Presas de un desconcierto total, los legionarios ya no saben qué decir. Se quedan inmóviles, sin aliento, esperando que César reconsidere su decisión. Pero éste,

siempre impasible, se ocupa de diversas cosas con los miembros de su escolta, como si el asunto hubiera quedado arreglado y que los legionarios ya no existieran.

Los veteranos esperan una palabra, un gesto, una mirada que desmentiría la frialdad de sus declaraciones. ¿Podría suceder que César los aplastara con semejante desprecio?

Un miembro de su compañía le pide entonces que rompa el silencio, que no se retire «en ese tono de fría indiferencia y de severidad, de un ejército que, a pesar de todo, ha realizado tantas proezas bajo sus órdenes».

«Tiene razón», le responde César,^{lxxxviii} quien entonces les lanza a los amotinados, con un acento de ironía condolidada:

— Después de todo, los comprendo, *ciudadanos!*^{lxxxix}. Están agotados y debilitados por sus heridas!

Y luego, después de algunos segundos de reflexión:

— En cuanto a las recompensas que les prometí, yo mismo se las entregaré. No quiero que se diga que después de haberme servido de ustedes a la hora del peligro, me mostré ingrato con respecto a ustedes la víspera de la victoria.

Con lo cual, para dejar bien en claro que considera el incidente como terminado, se levanta y comienza a descender lentamente las gradas de su tribuna.

La breve declaración de César golpea a los soldados en pleno corazón. Oír a su general tratarlos de «ciudadanos» — es decir, de civiles — los ha herido profundamente. ¿No es esa la prueba de que ya rompió con ellos, que considera que su licencia es irrevocable?

«Entonces, nos dice Apiano, sin poder soportar más verlo persistir en su desafecto hacia ellos, los soldados exclaman que se arrepienten y le piden con insistencia que los conserve a su servicio».

Pero César, haciendo todo el tiempo como que no los oye, sigue descendiendo por los escalones del estrado.

Cada vez más alarmados, los soldados lo rodean y lo agarran. Lo empujan para que quede en medio de ellos. Que castigue solamente a aquellos que realmente son culpables ...

César se detiene un instante, como si vacilara. ¿Debe perseverar en el camino del rigor o debe ceder a un sentimiento humano? Por último, vuelve a subir a la tribuna y declara con voz grave:

— Mi deseo sería de no castigar a nadie. Pero ¿cómo no indignarme al ver que la X^a legión, que me era cara entre todas y que colmé de favores, es una de las que con más violencia se levantaron en mi contra? Puesto que reconocen sus errores, estoy listo a retomarlos a todos — con la excepción de la X^a legión. Es la única que licencio.

Y luego, como si quisiera aplastar a sus legionarios bajo el peso de su generosidad, haciendo al mismo tiempo que los veteranos de su X^a legión midan la enormidad de lo que perdieron por su indisciplina, añade:

— En cuanto a las promesas que les hice, se las cumpliré a mi regreso de África, en donde todavía hay algunos combates que librar. Más aún: añado nuevas promesas a mis antiguas promesas. Cuando termine la guerra, distribuiré tierras a todos. Si las del estado no bastan, añadiré las mías, Si ello de todos modos no fuera suficiente, las compraré de particulares. Así, ni uno de ustedes podrá pretender que habiendo combatido por César, César no satisfizo sus deseos legítimos...^{xc}

Aclamaciones cada vez más nutridas se elevan del Campo de Marte. Con grandes gritos, los soldados le juran fidelidad. Solos, los hombres de la X^a legión se mantienen aparte, con la cabeza agachada, el rostro sombrío, abrumados por la perspectiva de la suerte que les espera.

Una docena de oficiales de esta unidad se ponen de acuerdo en voz baja. Luego, cuando la oración se calla, avanzan hacia César con los rostros descompuestos:

— Los miembros de nuestra legión piden que se les diezme, le dicen. Es el castigo aplicado a las formaciones rebeldes. Que perezca un hombre de cada diez, si lo estimas necesario. Pero no expulses del ejército a toda nuestra legión.

Inclusive en ese momento, en el que la emoción está en su punto culminante, César no quiere tener la apariencia de que cede. Hace como que no oyó la solicitud. De nuevo, un miembro de su círculo se vuelve hacia él y lo conjura «de que se deje conmover, de que perdone a soldados que le manifiestan su entrega de una forma tan patética».

— Así sea, dice por fin. No guardaré rencor por su desobediencia. Los perdono a todos, puesto que están listos a seguirme.

Una formidable ovación se eleva en todo el terreno de maniobra. Los soldados lloran, se abrazan y hacen sonar sus armas. En ese instante, César, que ha simulado la indiferencia con un extraordinario dominio de sí mismo, siente caer la tensión nerviosa que lo ha sostenido durante toda esta confrontación.

Como Alejandro, retomando el mando de sus falanges en rebelión,^{xcii} César, solo contra todos, reconquista a su ejército. Pero lo que el macedonio había logrado dando libre curso a un furor dionisiaco, César lo logra con un laconismo y una economía de medios que eran la marca distintiva del genio romano.

Además, ya era tiempo. Pues la oposición senatorial había terminado sus preparativos. Agazapada en la oscuridad, no esperaba más que la desertión de sus legiones para ponerlo en el banquillo de los acusados y precipitar su caída.

XXXIII

Cuando Pompeyo se había ido de *Dyrrachium*, para perseguir a César a través de Tesalia, quince cohortes y un grupo de senadores habían permanecido allí. Al día siguiente de Farsalia, Labieno había regresado a la cabeza de mil seiscientos jinetes

que habían escapado al desastre. El conjunto de dichos efectivos formaba un ejército de cerca de diez mil hombres. ¿Quién iba a asumir el mando? Después de tormentosos debates, los senadores habían decidido confiárselo a Catón, cuyo desinterés e inamovibles convicciones republicanas apreciaban.

Seguido de sus legiones, Catón había entonces partido en búsqueda de Pompeyo. Por Corcira, Citeres y Creta, se había enfilado hacia Egipto, con la intención de poner sus fuerzas a la disposición de su jefe. Ya a las alturas de Paliura, en el golfo de Bomba, se había cruzado con la flotilla que regresaba de Pelusio, llevando a bordo a Cornelia, a Sexto Pompeyo y a su corte. Éstos le habían dado dos noticias que lo había dejado estupefacto: el asesinato de Pompeyo y la partida de Metelo Escipión hacia Utica. De la primera Catón había deducido (erróneamente) que todo Egipto se había aliado con César; de la segunda, que también él debía buscar un refugio en África.

Catón se había dirigido entonces a Bereniké (Benghazi), en donde había desembarcado sus tropas. Después de una extenuante marcha de treinta días a través de las arenas de la Sirtia, había por fin alcanzado *Leptis Magna* (diciembre de 48).

Un grupo de senadores y generales lo había precedido. Creyéndose condenados definitivamente al exilio, su moral estaba por los suelos. La llegada de Catón y de sus tropas había reanimado un poco su valor. La inesperada prórroga que César les había acordado entreteniéndose en Alejandría durante los primeros seis meses de 47 les había permitido recuperarse y montar, pieza por pieza, una nueva máquina de guerra.

Con la excepción de su jefe, el estado mayor de Pompeyo se había reconstituido casi por entero en Utica. Metelo Escipión había sido nombrado comandante en jefe y «único *Imperator* del pueblo romano». Considio Longo, Acio Varo, Catón, Cneus Pompeyo, M. Octavio, Afranio, Petreio y Labieno se habían agrupado a su alrededor.^{xcii} Ayudado por sus consejos y muy apoyado por Juba I, rey de Numidia, con quien había concluido una alianza defensiva, Escipión había transformado el África proconsular en un verdadero bastión de la oposición senatorial.

Para afirmar la continuidad y la legitimidad de su gobierno, Escipión hace acuñar monedas de oro y de plata en las que figuraban su nombre y una invocación al genio de esa tierra africana «en donde reverdecerían las ramas de la República». Además, había llevado a buen término un trabajo enorme de reorganización, de modo que para finales del año 47 había reclutado entre treinta y cinco y cuarenta y cinco mil soldados de infantería, aumentado más de quince mil jinetes y almacenado veintisiete mil hectolitros de trigo en la isla de Kerkenah. Las murallas de Utica habían sido reforzadas y la mayoría de las ciudades abiertas de la provincia se habían rodeado de defensas. Por último, una flota de unos cincuenta navíos navegaba entre Sicilia y la costa africana para impedir cualquier tentativa de desembarque.^{xciii}

Roma había seguido de cerca esos esfuerzos, los cuales habían provocado un cambio de opinión de cuya magnitud las cartas de Cicerón son testimonio. Después de Farsalia, éste había creído que el juego estaba perdido. Toda resistencia a César le había parecido a tal grado imposible que se había felicitado por no haber vinculado su causa a la de los africanos. Más aún: no había titubeado en condenar abiertamente a aquellos que «no temen apoyarse en los bárbaros para defender a la República contra un ejército que tan a menudo le había aportado la victoria».^{xciv} Pero a principios de 47, no estaba muy lejos de concederles probabilidades de éxito. «En lo que concierne a los asuntos de África, le escribía a Ático, no hay por lo que se dice nada más sólido, nada mejor organizado»^{xcv}. Finalmente, cinco meses más tarde, anotaría con la mayor seriedad los rumores según los cuales Escipión se preparaba a desembarcar en Italia.^{xcvi}

Aunque Cicerón parece haber confundido sus deseos con realidades, hay que reconocer que el resurgimiento del partido pompeyano era espectacular. Las tropas de Escipión, que contaban más de setenta mil hombres, se encontraban ya repartidas entre Hadrumete (Sousa), Tapso y Clupea, sobre la costa oriental de Cabo Bueno. Detrás de ellas se desplegaban los contingentes nómadas de Juba, los cuales comprendían cuatro legiones formadas en concordancia con el modelo romano, un gran número de escuadrones de jinetes indígenas y más de cien elefantes. Flotillas ligeras multiplicaban las acciones militares en las costas meridionales de Sicilia y Cerdeña y tanteaban el terreno previendo un desembarque. Ya veían a César encarcelado en Italia, paralizado por la cólera del pueblo y ahogado por el tumulto.

Es entonces que el vencedor de Farsalia decide jugarse el todo por el todo y dirigir él mismo las operaciones en África, para aniquilar las esperanzas de sus enemigos.

XXXIV

Atravesando el estrecho de Mesina a *Regium*, César llega a mediados de diciembre a Lilibé, en Sicilia. Aunque sabe que la población le era favorable, «pues toda la isla se había armado espontáneamente con espadas cesarianas»,^{xcvii} no se queda allí mucho tiempo. Desde el 17 de diciembre, vuelve a hacerse a la mar con seis legiones y dos mil jinetes. Empero, después de llegar holgadamente a las costas de África, una violenta tempestad había dispersado su convoy de modo que, cuando desembarca en Hadrumete (Sousa), sus efectivos se había reducido a tres mil hombres de infantería y ciento cincuenta jinetes.

Como su inferioridad numérica le prohibía toda operación ofensiva, había decidido parapetarse en la península de Ruspina. Por suerte, sus transportes finalmente lo habían hallado y, unos cuantos días más tarde, un segundo contingente había llegado de Italia, elevando a doce mil el número de sus legionarios (3 de enero

de 46). Eran todavía demasiado pocos para permitirle afrontar en campo raso las fuerzas coaligadas de Escipión y de Juba. Sobre todo que el grueso de su cuerpo expedicionario estaba constituido por las legiones IX^a y X^a, de las que ya no estaba del todo seguro, pues eran las que habían estado en el origen del reciente motín de Lucaina y parecían que no habían ido a África más que con la intención de llevarse un buen botín.

De ahí que César hiciera llamados urgentes a sus lugartenientes de Sicilia, quienes no le habían dado signos de vida desde su partida de Lilibé. Él los conjura a que le envíen el resto de sus tropas «sin retraso e independientemente de la mala estación, pues de lo contrario toda África quedará perdida y trastornada». Lo animaba tal impaciencia que, tan sólo veinticuatro horas después de que sus cartas fueron enviadas, se quejaba de no haber recibido todavía respuesta alguna y lo ponía nervioso el ver que no apareciera su flota. «Noche y día, nos dice el autor del *De Bello Africano*, sus ojos y sus pensamientos se dirigían hacia el mar».

Por fin el convoy tan ardientemente esperado llega a Ruspina. Qué decepción! No acarrea consigo más que una parte menor de las unidades con las que se contaba: dos legiones viejas (la XIII^a y la XIV^a), ocho cientos jinetes y mil honderos. Por débil que sea, ese nuevo contingente de todos modos aumenta sus efectivos a treinta mil hombres. A pesar de los riesgos a los que se expone, César estima que es suficiente para que él pase a la ofensiva.

Porque cualquier cosa es mejor que seguir padeciendo la guerra de hostigamiento que tratan de imponerle los lugartenientes de Escipión! Sus incesantes escaramuzas, sus reiteradas acciones militares tienen como único objetivo usar sus fuerzas sin permitirle alcanzar ningún objetivo importante.

Para salir de este atolladero y darle un giro más dinámico a las operaciones, César intenta atraer al enemigo a la planicie de Hadrumete. Pero Escipión lo esquivo y rehúsa el combate. Entonces el vencedor de Pompeyo decide dar pruebas de audacia.

«Viendo que por ningún medio llegaría a atraer al enemigo a la llanura, escribe el autor de *De Bello Africano*, César se va a acampar a Tapso». Y Dión Casio precisa: «Después de reflexionar que no podría forzar a Escipión y a Juba al enfrentamiento, César marcha sobre Tapso con una doble intención: ya sea librar una batalla si vienen al auxilio de la ciudad, ya sea apoderarse de ella si ellos no reaccionan». Así, a falta de una victoria cuya esperanza acaricia, esta maniobra le permite al menos apoderarse de una plaza fuerte desde donde él podrá desafiar los ataques de un enemigo superior en número, en lugar de errar de un lugar a otro según el capricho de los acontecimientos.

César da en el blanco. Tan pronto se entera Escipión de que las fuerzas cesarianas se dirigen a Tapso se pone en marcha para socorrer a la ciudad, cuya importancia no desconoce, con todas las tropas de las que dispone, incluidas las de

Afanio y los jinetes de Juba. Desafortunadamente, su avance es frenado por sus elefantes, de manera que le da tiempo a César de llegar antes que él.

Cuando éste finalmente llega a Tapso, el alba del 4 de abril de 46, el campo de batalla está todavía vacío. Se apresura a ocupar las posiciones más favorables. Cuando Escipión llega, unas horas más tarde, se ve forzado a conformar su dispositivo al de su enemigo.

El 6 de abril, sintiendo que por fin tendrá la batalla que espera, César ordena sus legiones en posición de combate. Contrariamente a su costumbre, baja del caballo y pasa a pie delante de sus tropas para arengarlas mejor. Las exhorta a eclipsar la gloria de los combatientes de Farsalia y les pide que luchen con toda energía. «Porque, les asegura, la acción que se va a iniciar decidirá el resultado de toda la campaña». No obstante, no les da todavía la señal de ataque.

Durante toda su arenga, sus soldados lo han escuchado con una oreja distraída. Su atención había sido acaparada por un insólito tumulto que de pronto se había formado en el campo enemigo. ¿A qué se deberá? Nadie lo sabe con precisión. Pero los legionarios se imaginan que el pánico se apoderó de los pompeyanos con tan sólo ver las cohortes cesarianas desplegadas en orden de batalla. Dado que el adversario tiene miedo, se dicen, es el momento o nunca de abalanzarse sobre él. La mayoría de los oficiales comparten esta opinión. Pero César declara que esta forma de atacar no le gusta y se esfuerza por todos los medios por retenerlos.

¿Por qué este exceso de prudencia en el momento de iniciar una acción que tan ardientemente ha deseado y que se le presenta en condiciones tan favorables? Nos encontramos aquí ante un enigma que el autor de *De Bello Africano* no nos ayuda a elucidar, por la sencilla razón de que lo pasa en silencio. Plutarco, en cambio, nos proporciona la clave para entenderlo cuando nos dice: «Algunos pretenden que César no estuvo presente en la acción. En el momento en que él ordenaba su ejército y tomaba sus disposiciones, tuvo un ataque de su mal habitual. Desde el primer espasmo, antes de desplomarse y de perder por completo el sentido, se habría hecho llevar, ya dominado por las convulsiones, a uno de sus reductos vecinos y habría esperado hasta el fin de la crisis, extendido en una litera».^{xcviii}

Es muy posible que César hubiera sido víctima de un malestar súbito, el cual lo habría incitado a diferir la batalla. Plutarco hace alusión a «su mal habitual» en otro pasaje de su libro. Él asegura que César habría tenido «dos ataques en plena acción», sin precisar en qué momento. Y, por último, da a entender que el *Imperator* presentía la inminencia de esas crisis y que atenuaba los efectos haciéndose recostar en una cama de reposo. Estas indicaciones son suficientemente precisas como para permitirnos pensar que César estaba sujeto a crisis de epilepsia. Pero inclusive si ese diagnóstico es exacto, hay que evitar juzgarlo de acuerdo con criterios modernos. Para nosotros, la epilepsia es una tara fisiológica. Para los Antiguos, era un mal sagrado. Pensaban que quienes padecían de ella estaban «habitados por un dios». De ahí que vieran en ella no una degradación sino, al contrario, una elección.

Independientemente de todo ello, los hombres de la IX^a y de la X^a legiones rehúsan escuchar a su comandante en jefe. Temiendo dejar escapar una ocasión tan propicia, obligan a un trompeta a que suene a la carga. «De inmediato todas las cohortes se lanzan a la carga. En vano se esfuerzan sus oficiales por retenerlos, suplicándoles que esperen las órdenes del *Imperator*». Dos masas humanas se precipitan simultáneamente, una sobre el campo de Escipión, la otra sobre el campo de Juba.

«Los legionarios, a quienes animaba un furor ciego, parecían un enjambre de abejorros». ¿A qué haya que atribuir su exasperación? Floro pretende que estaban indignados de ver que «después de la muerte de Pompeyo, la guerra se había hecho aún más grande». Pero la explicación que nos proporciona el autor del *De Bello Africano* es más plausible. «En África, nos dice, lo costoso de los víveres había forzado al ejército a gastar todo lo que poseía. Los soldados eran tan pobres que pocos de ellos tenían tiendas de piel; la mayor parte se entregaba a refugios casuales, fijando sus capas en muro de rosales». En realidad, después de cuatro meses de estancia en África, el ejército de César se había convertido en una pandilla de hampones, exasperados por la opulencia del partido pompeyano y convencidos de que los guerreros nómadas no iban nunca a la guerra sin sus fortunas. De ahí la idea de que el saqueo de su campo sería de un provecho incalculable.

El primer toque de las trompetas cesarianas siembra el terror entre los elefantes que combaten en el ejército de Escipión. Acabados de traer de sus selvas natales y habiendo recibido un entrenamiento insuficiente, es la primera vez que oyen las piedras y las flechas silbar tan cerca de sus cabezas. Chocan con sus guías, desconciertan a sus conductores, los aplastan bajo sus enormes patas y huyen. Al verlos huir en desbandada, a los jinetes nómadas los invade a su vez el pánico. Con los legionarios de César pisándole los talones, todo el ejército de Escipión retrocede a paso acelerado a lo largo del litoral, para refugiarse en el campo de Juba. Pero cuando llega allí, lo encuentra ya ocupado por las tropas enemigas. Entonces «la victoria de César pasa sobre sus cabezas como un huracán». Sin esperanzas de escapar a la muerte, los soldados pompeyanos dejan caer sus armas y levantan los brazos al cielo en señal de rendición.

Pero los legionarios de César no lo toman en cuenta. Contrariamente a todas las costumbres de la guerra, comienzan a masacrarlos. César — que mientras tanto ya se recuperó — asiste, impotente, a esta escena de matanza. Intenta hacer entrar en razón a sus legionarios, pero sin el menor éxito. Hasta el último, los soldados pompeyanos son degollados. Después de lo cual, «ebrios de sangre y creyéndose que después de semejante victoria todo les está permitido, se voltean contra ciertos miembros de los acompañantes de César, a quienes acusan de haber querido favorecer los proyectos del enemigo». Los persiguen por el campo golpeándolos con sus espadas. Tulio Rufo no escapa a la muerte más que refugiándose bajo la tienda del *Imperator*.

Diez mil pompeyanos son masacrados, en tanto que del lado de César no se cuentan más que cincuenta víctimas. «La disparidad de esas cifras, observa Gérard Walter, echa luz sobre el carácter y el ritmo de la carnicería que acababa de terminar. Allí César figura como instrumento pasivo entre las manos de sus tropas. Fueron éstas quienes, al principio, tomaron la iniciativa de la acción; fueron ellas quienes, una vez terminado el combate, decidieron la suerte de los vencidos. César no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar por la corriente».^{xcix} Ello no impide que al día siguiente «felicite a sus soldados por su conducta heroica y les distribuya recompensas», pues no puede hacer otra cosa. Pero esa victoria le deja un mal sabor de boca. Ya es tiempo de que la guerra termine. Si se prolonga aunque sea un poco más, su ejército terminará por escapar a todo control....

Y sin embargo, la guerra todavía no termina. Desde el inicio de la desbandada, Escipión, Juba, Labieno, Afranio y Petreio abandonaron el campo de batalla. Temiendo caer vivos en manos de su enemigo, unos se lanzaron al mar, otros se baten en retirada, en dirección de Numidia. Una vez más, hay que lanzarse en su persecución, sin darles tiempo de recobrar el aliento....

Confianza a tres legiones el cuidado de acabar el sitio de Tapso, César reúne el resto de su ejército y se lanza sobre Utica.

XXXV

Tan pronto termina la batalla, correos rápidos parten de Tapso y llegan a Utica la noche del 8 de abril. Le dan a Catón la terrible noticia: el aniquilamiento de las fuerzas de Juba y de Escipión.^c

Desde hacía varios días que Utica se encuentra prácticamente aislada. Catón ha hecho proclamar el estado de sitio. El grueso de la población local, sospechosa de ser favorable a César, ha sido desarmada e internado en campos. No queda en libertad más que la colonia romana, representada por un Concejo de Trescientos notables y el grupo de senadores pompeyanos que, de tribulación en tribulación, van a parar a la capital de África.

Pero a pesar de las medidas de seguridad tomadas por Catón, la ciudad es tan poco segura que tiene que rogarle a Escipión y a Juba que no se muestren públicamente, por miedo de que su presencia no desencadene una sedición.

El 9 de abril por la mañana, reúne a los senadores y al Concejo de los Trescientos para decirles que se propone proseguir la lucha cueste lo que cueste.

Los senadores en exilio lo aprueban ruidosamente y por su parte se declaran listos a «todos los sacrificios». Pero los Trescientos se muestran mucho más reticentes:

— ¿Resistir? preguntan. ¿Con qué, ahora que las fuerzas pompeyanas fueron destruidas?

— No hay más que concederle la libertad a todos los esclavos y a enrolarlos en el ejército, replican los senadores. Una vez transformados totalmente en romanos, pelearán como leones para conservar ese privilegio. César será barrido por ese mar de fondo....

Pero ese proyecto no le hace la menor gracia a los Trescientos. En tanto que representantes de los colonos romanos establecidos en Utica desde hace varias generaciones, son en su mayoría gente de la banca y de la marina. Su fortuna consiste principalmente en esclavos. Si se les libera a todos de golpe, quedarán arruinados de un día para otro. Es ese un sacrificio que no están en lo más mínimo dispuestos a imponerse por una causa que les parece a medias perdida.

Su pesimismo se refuerza aún más por la brusca aparición de mil quinientos jinetes supervivientes de Tapso. Éstos no se limitan a describir, en términos horripilantes, los detalles de la masacre de la que casi fueron víctimas. Exasperados por la derrota que acaban de sufrir, saquean e incendian durante su huída la ciudad de *Pheradi Maius* (Henchir-Fradis). Aúllan, vociferan, declaran que fueron traicionados y amenazan con pasar a las armas a todos los habitantes de Utica.

La llegada de esos furiosos, capaces de pasar la ciudad a fuego y sangre, acaba por convencer a los Trescientos de que no sirve para nada prolongar la lucha. Le declaran sin ambages a Catón que ellos estiman que ya es tiempo de ponerle fin a las hostilidades y le revelan que ya le enviaron a César una delegación para negociar con él la rendición de la ciudad.

Catón comprende entonces que toda resistencia es vana. Renunciando al combate, no tiene más que dos preocupaciones: salvar a los senadores romanos que se colocaron bajo su égida y darse la muerte «para quitarle a César toda posibilidad de ejercer sobre él su venganza o su clemencia».

El 12 de abril, cena con algunos amigos. Acto seguido, se retira a su recámara. Un poco después de media noche, le pregunta a uno de los liberados si los navíos en los que se embarcaron los senadores y sus familias efectivamente abandonaron el puerto. Habiendo obtenido una respuesta afirmativa, Catón se hunde su espada en el vientre y muere, ahogado en el chorro de sangre que se escapa de sus entrañas.

Mientras tanto, César galopa hacia la ciudad. A medida que se aproxima, tráfugas cada vez más numerosos le se acercan y le describen las escenas dramáticas que tienen lugar en ella. Lo enteran de la deserción de los Trescientos, la partida de los senadores y le informan que Catón se quedó solo en su casa. Presintiendo que el suegro de Bruto se va a suicidar, César acelera el paso con la esperanza de llegar a tiempo para impedirselo.

A unas cuantas millas de la ciudad, un mensajero le hace señas de que se detenga y jadeando le informa que Catón acaba de poner fin a sus días. César se tambalea por la noticia. Demasiado tarde! Esta es la segunda vez que su adversario se le escapa! Después de Pompeyo, Catón... No hay duda de que no llevaba en su

corazón al hombre que tiempo antes había propuesto «entregárselo vivo a las tribus galas para que pudieran satisfacer en él su justa venganza». Su republicanismo rígido, su intransigente estoicismo, que él equivocadamente tomaba por virtudes políticas, pues le impedían comprender los problemas de su época, no podían más que cavar un abismo entre César y él. Pero él no puede reprimir su admiración por su grandeza de alma. Exhala sus lamentos en esas palabras en la que el despecho rivaliza con el orgullo herido:

— Oh Catón! Envidio tu muerte, puesto que tu mismo me impediste salvar tu vida.^{ci}

La noche ya está avanzada cuando César llega a las puertas de Utica. Encolerizado, galopó tan rápido que se distanció de su escolta. Pero ahora que Catón está muerto y que ya no le pisa los talones el tiempo, no quiere aventurarse solo en medio de una población cuyo estado de ánimo en relación con él ignora. De ahí que prefiera esperar al alba para hacer su entrada en la ciudad.

Penetra en ella al día siguiente por la mañana, rodeado de un grupo de jinetes (10 de abril de 46). Liberados de los campos de internamiento en donde Catón la había encerrado, la población lo recibe con un entusiasmo indescriptible. Tranquilizado respecto a sus intenciones, César la convoca en asamblea general y le agradece que haya permanecido favorable a él pese a las presiones que sobre ella ejercieron los pompeyanos. Pero se enfurece con los negociantes romanos y sobre todo con los Trescientos, quienes no suministraron subsidios a Escipión más que para traicionarlo en el último minuto. «Los reprende agriamente, nos dice el autor del *De Bello Africano*, y se extiende ampliamente sobre la enormidad de su crimen». Finalmente, consiente a dejarlos con vida. Pero sus bienes serán confiscados y vendidos en subasta. No obstante, como un favor insigne, los autoriza a que los vuelvan a comprar, pagando una multa igual a la que habría proporcionado su venta.

Los Trescientos, que esperaban que los pasaran por el filo de la espada, le suplican a César que valúe él mismo el monto. César lo fija en doscientos millones de sestercios. «Lejos de protestar, asegura el autor del *De Bello Africano*, le agradecen efusivamente y declaran que, ese día, César les había dado una nueva vida».^{cii}

Al enterarse de que Utica cayó, todas las ciudades africanas se rinden unas tras otras. Vergilio capitula en Tapso. Considio, desesperado por la debacle de su partido, huye de Thysdra. Juba, ebrio de cólera, quiere refugiarse en Zama, la capital de su reino. Pero la ciudad cierra sus puertas ante él y sus notables le envían a César una delegación para suplicarle que venga a defenderlos del furor de su propio soberano. Feliz de responder a este envite, César acude a Zama, hace huir a Juba, recibe la sumisión de varios jefes locales y toma a su servicio a los jinetes del rey nómada. Posteriormente, habiendo reducido el reino a provincia romana, le da el nombre *Africa nova*, confía su administración a Salustio y se va llevando como rehén al pequeño hijo de Juba, un niño de siete años.

Reducido a la desesperación, Juba se refugia en una de sus granjas en compañía de Petreio. Al poco tiempo se sabe que el rey nómada y el general romano se dieron recíprocamente la muerte durante un duelo en el desierto cuyas condiciones no le permitían a ninguno de los dos escapar vivos de él.

En cuanto a Escipión, éste intenta ganar España por mar. Pero es interceptado durante su viaje por la escuadra de Sición.^{ciii} Viendo que su navío es abordado, se atraviesa el corazón con su espada y se avienta al mar. Afranio intenta también alcanzar la península ibérica pasando por la Mauritania tingitana. Es alcanzado por las tropas del mismo Sición y condenado a muerte. Sólo Labieno y Atio Varo logran escapar.

Antes de abandonar tierras africanas, César impone penalidades muy duras a las ciudades que tomaron partido por los pompeyanos. Tapso debe pagar cinco millones de sestercios; Hadrumete ocho millones; Leptis es condenada a verter trescientas cincuenta mil libras de aceite anualmente; y Thysdra una cantidad de trigo cuyo monto se ignora.

«Así, con una victoria aplastante, termina esta campaña iniciada bajo auspicios sombríos y llevada en condiciones extremadamente difíciles».^{civ}

XXXVI

La noticia del desastre sufrido por los ejércitos pompeyanos hunde los medios romanos en la consternación. Nadie se esperaba un derrumbe tan rápido, ni tan total. La muerte de Escipión, y más aún la de Catón, han transtornado las mentes. Esta vez, los miembros del antiguo partido senatorial se rinden a las evidencias: no tienen otra posibilidad que entenderse con el vencedor.

Con el fin de ganarse su buena voluntad, el senado se apresura a nombrar a César «prefecto de costumbres». Esta función, que equivalía a la de la censura, le da, por tres años, poderes ilimitados en casi todos los dominios de la vida pública y privada. La asamblea decide además que el triunfo que estará autorizado a celebrar a su regreso a Italia superará en magnificencia a todos los triunfos precedentes.

Prevenido de esas buenas disposiciones, César no obstante no tiene prisa por regresar a Roma. En lugar de tomar el camino más corto, se toma quince días en Cerdeña. Esta lentitud está calculada. Quiere darle a los amigos que tiene en la capital el tiempo de preparar a la opinión pública para que tome conciencia de la amplitud de su victoria.

Tampoco se apresura, cuando llega a las afueras de Roma, para hacer su entrada en ella. Se detiene con sus tropas fuera del Pomoerio como para marcar su respeto a la legalidad republicana.

Pero esta aparente modestia es, una vez más, un cálculo. César no se detuvo en los límites del Pomoerio más que para obligar al senado a venir a su encuentro.

Este desplazamiento masivo es un hecho sin precedentes. Coloca a los senadores en posición de suplicantes que vienen a anunciar a un general victorioso la rendición de una ciudad. Y esta vez lo que está en juego no tiene equivalente, puesto que se trata de Roma — la Reina del mundo.

Con un servilismo que deja entrever la magnitud de su desesperación, los senadores le confieren una multitud de honores excepcionales: César tendrá el derecho de hacerse preceder por setenta y dos lictores, lo que hasta entonces nunca se había visto,^{cv} una estatua de bronce, representándolo de pie sobre un globo terrestre, llevando una inscripción que lo califica de semi-dios y que será ubicada frente al templo de Júpiter Capitolino; cuando vaya a tomar parte en las sesiones del senado, tendrá el derecho de sentarse con los cónsules en una silla curular; será el primero en ser llamado para expresar su punto de vista en la apertura de las deliberaciones; por último, sobre él recaerá el honor de dar la señal de partida en las carreras de carros y de colocarles las coronas a los vencedores en los combates de gladiadores....

César ni siquiera se levanta para recibir a los Padres de la Patria. Los escucha, con un aspecto a la vez distraído y sonriente. ¿Acaso su mente está acaparada por otros proyectos — proyectos cuya magnitud sus interlocutores no pueden ni siquiera concebir? ¿O bien le parece divertido que vengan a concederle, como si fuera un favor, honores que no tendría que hacer más que un gesto para atribuírselos él mismo?

No obstante, César se cuida de aplastarlos con su desprecio. Le parece más hábil salvar las apariencias y les dirige, a manera de agradecimiento, un discurso de bienvenida tan moderado en los términos como vago en el fondo. Si hubieran tenido aunque fuera un poco de perspicacia, los senadores se habrían asustado aún más. Al contrario, como a menudo sucede en circunstancias de este género, esta moderación los tranquiliza. Ven en ella con alivio una voluntad de aplacamiento.

«En las semanas siguientes, nos dice Floro, César celebró su triunfo en medio de una fastuosidad y de un brillo inigualables». El cortejo es realzado por imágenes impresionantes. Se ven desfilar estatuas que representan ríos cuyos nombres bastan para evocar la inmensidad de sus conquistas: el Ródano, el Rin, el Nilo; aquella en oro del Océano y una copia del faro de Alejandría a la que, como en la realidad, coronan las llamas de una hoguera. El triunfador aparece en medio del desfile, vestido de púrpura, de pie en un carro enganchado a seis caballos blancos y, cuando la ceremonia llega a su fin, se hace conducir a su residencia por cuarenta elefantes, llevando en el lomo hachones resplandecientes.

XXXVII

¿Podrá César al fin descansar un poco? No. Un hombre dotado de semejante energía no descansa nunca. Su tarea todavía no está terminada. Contemplada desde cierto ángulo, ésta no hace más que empezar. ¿Qué ha realizado hasta ahora de su verdadera obra? Casi nada, sino salvar los obstáculos que se interponían en su camino. Pero las semanas siguientes a su regreso de África no dejan de ser para él un periodo de esparcimiento.

Disfrutando por fin de un poco de ociosidad, se percata de pronto qué falta le hace Cleopatra. Calpurnia, su esposa, con quien vive en la ciudad, es una mujer elegante, muy ligada a su marido. Pero no tiene ni la fantasía ni la imaginación de la reina de Egipto. Su conversación es lánguida, su virtud un poco seca. Esta romana razonable y desprovista de toda fantasía no sabe ni estimularlo ni distraerlo. A decir verdad, lo aburre.....

Cuando César piensa en Cleopatra, mide el extraordinario lugar que ella ocupa en su corazón desde el día en que surgió con una carcajada del tapete de Apolodoro. Ella se insinuó en su existencia como una nube dorada, dando color a sus pensamientos con su reflejo tornasolado e inundando su alma con una felicidad sin igual.

Sintiendo que no puede pasarse de esa inspiradora — y también por cumplir la promesa que hizo antes de abandonar Alejandría — la hace venir a Roma y la instala con su séquito en una bella residencia que posee al fondo de los jardines transtiberinos, en donde en la actualidad se encuentra la villa *Doria Pamphili*.

Ciertamente no es el palacio de Loquias, en donde los dos amantes habían vivido, mecidos por el doble rumor de la muchedumbre y el mar. Pero los jardines que la rodean están llenos de misterio y desde las terrazas desde donde se domina la ciudad de Rómulo la vista se extiende a lo lejos sobre la campaña romana, sembrada de villas y de pórticos, de cipreses y de olivos. Cuando baja, el sol baña todo el paisaje con una claridad bermeja, que añade a su majestuosidad un matiz de melancolía.

César pasa casi todos sus atardeceres al lado de Cleopatra y, como en Alejandría, se renuevan las largas conversaciones, si bien ahora ya no se efectúan entre los clamores del sitio, sino entre los susurros de los pinos marítimos y los murmullos de las fuentes.

La decoración ha cambiado, pero la ebriedad sigue siendo la misma. Y por la noche, cuando se despiden, la brisa lleva esas palabras como si fuera un cuchicheo:

— El Oriente y el Occidente ... los partos ... ser rey!

XXXVIII

Sin embargo, arrancándose una vez más de los brazos de Cleopatra, César se verá obligado a alejarse de Roma, pues noticias alarmantes le llegan ahora de España. Apenas se extinguió la guerra civil en África que renace en Iberia, en donde las sucesivas llegadas de Labieno y de Cneus Pompeyo han reavivado nuevos focos de incendio.

A decir verdad, España nunca había sido realmente pacificada. La influencia en ella de Pompeyo siguió siendo considerable, desde la victoria que él consiguiera sobre Sertorio en 71. En cuanto a César, la incursión que hizo en 49 fue de las más breves. Se precipitó como relámpago sobre Afranio, Petreio y Varrón para obligarlos a deponer las armas, después de lo cual partió al galope para Bríndisi, preocupado ante todo en acabar con Pompeyo.

De ahí que cuando Cneus Pompeyo — el primogénito del procónsul — desembarca en Cádiz, al día siguiente de la batalla de Tapso, el gran nombre que porta y la herencia que representa hacen que rápidamente encuentre subsidios y partidarios. Todo lo que sobrevive del partido pompeyano se reagrupa a su alrededor.

Al principio, César no le confiere mucha importancia a los rumores de sublevación en España que le transmiten sus informantes. Entregado a su felicidad reencontrada, se ha contentado con enviar un contingente de soldados jóvenes comandado por dos de sus lugartenientes — Q. Pedio y Q. Fabius Máximo — a quines ha encomendado «meter en razón a ese puñado de rabiosos».

Pero cuando se entera una y otra vez de que Labieno, Atio Varo^{cvi} y Sexto^{cvi} se han unido a Cneus Pompeyo, que a Varo, quien tiene un buen conocimiento de las cosas del mar, se le ha confiado la coordinación de las fuerzas navales, que Labieno está a cargo de reorganización de las tropas de tierra, que Cneus se encuentra ya a la cabeza de trece legiones y de varios millares de jinetes y que se ha ido a sitiar a Ullastret (en donde tres legiones fieles al partido cesariano se debaten y piden auxilio), ya no puede seguir ignorando la gravedad de la situación.

Como no tiene a nadie a quien confiarle la dirección de las operaciones, César se ve constreñido a desplazarse él mismo. Deja a Antonio, el *Magister Equitum*, el encargo de cuidar a la reina de Egipto. Posteriormente, después de haberse despedido una vez más de Cleopatra, vuelve a ponerse su coraza, reúne a su escolta y parte a rienda suelta para la península ibérica (diciembre de 46).

Le promete a la reina de Egipto estar pronto de regreso, porque no se imagina lo que le espera en España. Ignora aún que la nueva guerra que ahora emprende será una guerra feroz, confusa, implacable, que superará en horror a todas sus campañas precedentes. Ward Fowler no está en un error al llamarla «la guerra de las tinieblas en contra de la luz». En ella, legionarios pompeyanos y soldados cesarianos rivalizarán en crueldad. Serán estos los últimos sobresaltos de un conflicto que

agoniza y que reviste un aspecto mucho más inhumano todavía puesto que se prolonga desesperadamente sin llegar a morir....

XXXIX

«César recorre la ruta a tal velocidad, nos dice Dión Casio, que amigos y enemigos lo ven aparecer entre ellos inclusive antes de enterarse de la noticia de su partida». Cae como rayo en medio de sus tropas congregadas y se las lleva a Córdoba, en donde se encuentra Sexto Pompeyo, convencido de que Cneus, tan pronto advierta el peligro que corre su hermano, levantará el sitio de Ullia para volar a su auxilio. Entonces él los derrotará uno tras otro, ya que tiene una pobre opinión de sus capacidades militares.

Pero al llegar a Córdoba, César se enferma. No se trata de una crisis pasajera, como sucedió en Tapso. Esta vez está obligado a permanecer en cama durante varios días. Durante toda su vida ha abusado con soberbia de sus fuerzas y ahora debe pagar el precio. Recordando las locas cabalgatas que realizaba en medio de la nieve y hielo de los caminos en la época de su juventud, quiso recorrer en veintisiete días la distancia que hay entre Roma y Obulco (a ochenta y siete kilómetros de Córdoba). Inclusive para un joven, esos veintisiete días de galope en pleno invierno representarían una proeza. Él ahora tiene cincuenta y cinco años y su organismo está cansado por doce años de luchas y de tensiones incesantes. Sin embargo, rehúsa todo miramiento. Apenas se restablece de inmediato parte.

Desafortunadamente, el retraso ocasionado por su enfermedad permite que todo el país se entere de su llegada. El efecto de sorpresa se perdió. El mal que lo inmovilizó durante varios días frente a Córdoba influirá en forma desastrosa sobre la continuación de la campaña.

Bien aconsejado por Labieno, quien le sirve de jefe de estado mayor, Cneus Pompeyo rehúsa el combate y trata de imponerle a César una nueva guerra de usura. Su táctica consiste en roer sus fuerzas imponiéndoles una serie de marchas y contramarchas, entrecortadas por descolgadas y mortíferas escaramuzas.

De emboscada en huída, Cneus Pompeyo llega hacia mediados de marzo ante Munda (Montilla). La ciudad está construida en la cima de una colina de trescientos metros de altura, la cual domina la vasta planicie que lleva su nombre: *Campus Mundensis*. Sus inmediaciones están protegidas por pequeños pantanos. Seducido por las ventajas estratégicas de esta posición, Cneus decide por fin probar su suerte y coloca a su ejército en orden de batalla. Quizá no quiere otra cosa que hacer una pequeña demostración, convencido de que César no se atreverá a atacarlo con los débiles medios con los que cuenta....

Pero César no tiene más que una urgencia: acabar con esta guerra atroz que se arrastra desmesuradamente sin provecho para nadie. Sus cohortes dan pruebas de

una indisciplina creciente. Si las hostilidades duraran todavía algunos meses, por pocos que fueran, sus legiones terminarían por dislocarse solitas. Puesto que Cneus da la impresión de aceptar la batalla, César se cuidará de dejar escapar la ocasión.

La mañana del 7 de marzo de 45, el sol se levanta en un cielo puro y sereno. «Parecía, escribe el autor del *De Bello Hispaniensi*, que los dioses inmortales hubieran hecho ese día a propósito para una batalla». Las cohortes de César se lanzan al asalto de la colina. Pero a la mitad del camino se detienen como clavadas en el sitio. ¿Qué es lo que sucedió?

«Tan pronto están los ejércitos en presencia uno del otro, escribe el autor del *De Bello Hispaniensi*, el terror se apodera de las tropas de César». Y ello no tiene nada de extraño. Cerca de ochenta mil combatientes pompeyanos — es decir, trece legiones, doce mil soldados de infantería ligera y más de diez mil jinetes — los esperan con pie firme en la cima de la colina, en tanto que los legionarios cesarianos no son más de cuarenta mil y tienen que pelear desde abajo, lo cual agrava aún más su inferioridad. Por más que sepan que César ha realizado prodigios, se dicen que esta vez los van a aplastar.

Al ver a sus soldados titubear, César es presa de un sentimiento de pánico. Por primera vez en su vida, pierde su sangre fría. Invadido por la desesperación, se pone a maldecir su Fortuna «que no lo protegió más que para reservarle un fin ignominioso». Se imagina que de ahí en adelante nada podrá salvarlo y, como relámpago, la idea de suicidio atraviesa su cerebro. «Se pudo leer entonces sobre su rostro el pensamiento de la muerte, dice Floro. Le suplicó a los dioses no hacerle perder en una sola batalla el fruto de tantas victorias». Luego, bruscamente, en un arranque de energía, supera su debilidad y se asiste entonces a un espectáculo prodigioso: una voluntad que se recupera del borde del abismo.^{cviii}

«César hace retirar a su caballo. Se deshace de su escudo, avienta su casco y su espada que le molestan y como un furioso corre, con la cabeza al descubierto, a la primera línea. Ya allí, restablece el orden, detiene a los huidizos, empuja hacia delante a los cobardes. Grita, gesticula, amenaza. Allí en donde la amenaza no funciona, suplica... Cuando, a fuerza de gritar, su voz se debilita, excita a los soldados con la mirada. Pero en vano. Nada podría impedir la catástrofe que se aproxima. Esta vez realmente es el fin. No hay ya ninguna esperanza. César ya agotó todos los recursos de su genio. El miedo ha erigido una barrera insuperable entre sus hombres y él. No le queda más que hacerse matar, terminar en soldado un destino de conquistador del mundo». Munda va a borrar Tapso y Farsalia.^{cix}

Empuñando un escudo de un legionario de su séquito, se lanza hacia delante, gritándole a los oficiales que lo rodean:

— Es aquí que yo voy a perecer y que ustedes verán que la guerra termina.

«Con estas palabras, nos dice Apiano, se lanza fuera de las filas y avanza hacia el enemigo al punto de no estar muy pronto a más allá de diez pies de distancia. Una lluvia de doscientas flechas se abate sobre él. Unas pasan sin tocarlo;

su escudo lo salva de otras. Entonces todos los tribunos, trastornados por tanto valor, se precipitan hacia él para protegerlo. Este movimiento hace que el grueso del ejército se vuelque contra el enemigo».

En ese preciso momento, una maniobra falsa de los pompeyanos le suministra a César una ocasión inesperada. Cinco cohortes, que Labieno había enviado en auxilio de Cneus Pompeyo, corren a través de sus líneas. Su desordenado movimiento tiene la apariencia de una huida. Tomando al vuelo esta ocasión, de la que con la rapidez de un relámpago ve la ventaja que le representa, César ordena ir a la carga como si efectivamente se tratara de tropas derrotadas. Esa maniobra refuerza el valor de los suyos y abate el del enemigo. Estimándose de pronto capaces de vencerlos, los soldados cesarianos se lanzan en su persecución. Los de Pompeyo, persuadidos de que sus compañeros fueron destrozados, aceleran su huida.

El combate no llega a su fin sino con la caída de la noche. «Nunca, afirma Velleio Paterculo, libró César batalla más sangrienta y más peligrosa». Mueren treinta y dos mil soldados pompeyanos. El resto del ejército se reconstituye en dos grupos. Uno, de más o menos quince mil hombres, se encierra en Munda; el otro huye hacia Córdoba. Labieno y Atio Varo mueren combatiendo: sus cuerpos cubiertos de heridas son hallados en el campo de batalla. Diecisiete oficiales superiores del ejército pompeyano son hechos prisioneros. En cuanto a Cneus Pompeyo, se pierde su rastro.

Por la noche, al entrar en su tienda, César le dice a sus generales:

— A menudo me ha sucedido que he combatido por la victoria; hoy, por primera vez, combatí por mi vida!

XL

No obstante, la victoria no está consumada mientras subsistan restos del ejército pompeyano....

Dejando que Fabio Máximo se encargue de terminar el sitio de Munda, César se precipita hacia Córdoba, en donde se encierra lo que resta de las legiones de Cneus. Secundadas por la guarnición y por una multitud de esclavos a quienes se les concedió la libertad, se aprestan a oponerle una resistencia feroz. Pero la población civil, a la que la perspectiva de un sitio prolongado no le atrae en absoluto, envía delegados a César para hacerle saber que está lista para entregarse a su merced.

En cuanto los soldados pompeyanos se enteran de este movimiento — que consideran como una traición, en lo que no están en un error — dan libre curso a su furor incendiando la ciudad. Acto desconsiderado, cuyo único resultado será el de facilitarle la tarea a César. Éste lo aprovecha para ordenar el asalto y cuando por fin penetra en los escombros humeantes de la ciudad, hace masacrar hasta el último de

todos los incendiarios. Veintidós mil hombres son abatidos a espadazos. De las fuerzas pompeyanas refugiadas en Córdoba, no queda nada.

De ahí, César marcha sobre Hispalis, en donde sin dificultad se desbarata la resistencia efímera de algunos elementos de la población que seguían siendo fieles a Pompeyo. Se dirige después a Asta y a Gades. En el camino, recibe la sumisión de la mayoría de las ciudades de la Bética.

Cuando regresa a Hispalis, la primera cosa que sacude su mirada es una cabeza sanguinolenta, clavada en la punta de una pica, en medio de la gran plaza de la ciudad. Sus pupilas dilatadas lo observan fijamente. César se aproxima. Horror! Es la cabeza de Cneus Pompeyo. ¿Cómo llegó allí ese macabro trofeo?

Al huir de Munda, Cneus galopó hasta Careia, una aldea situada a seis kilómetros al noreste de Algeciras. Allí desmonta y, con la espada desenvainada, se abre paso por fuerza hasta llegar a uno de sus navíos, anclados en la bahía de Gibraltar. Herido en ruta y perdiendo mucha sangre, logra embarcarse. Pero apenas su barco levanta el ancla que Cayo Didio, quien comanda la escuadra cesariana estacionada en Gades, empieza a perseguirlo. Aprovechando un momento en el que Cneus y su equipo bajan a tierra para abastecerse de agua, se precipita a su galera y le prende fuego.

Separado de sus compañeros, Cneus erra durante varios días a través del campo. Semimuerto de hambre, termina por pedir hospitalidad a una tribu celtíbera, cuyos miembros no tuvieron nada más urgente que hacer que ir a denunciarlo a las autoridades cesarianas. De inmediato una escuadra de legionarios empieza su persecución. Lo acorrala como si fuera una bestia hasta el fondo de la caverna en donde se esconde. Allí los soldados lo abaten y le cortan la cabeza que de inmediato aportan a César.

Así que después del padre, el hijo! ¿En virtud de qué extraña simetría la historia deposita a sus pies esas cabezas ensangrentadas? Parecen balizas rojas que marcan el curso de su vida....

Pero a su vista, César no siente un horror comparable al que había sentido en Alejandría al abrir el paquete que le había llevado Teodoto. Antes, la cabeza de Pompeyo significaba la prolongación de las hostilidades, en tanto que ahora, más allá del rostro lívido y de los ojos vaciados, César sólo ve una cosa: la guerra civil ha terminado.

XLI

Por fin el camino está libre! Por fin se eliminaron los últimos obstáculos! Después de doce años de lucha — que habrían podido evitarse — César va a poder consagrarse a la obra de su vida: la edificación del imperio romano y la guerra

contra los partos, lo cual le permitirá unir el imperio de Alejandro con el que ya posee.

La mayoría de los historiadores han proyectado sobre la guerra de España una penumbra casi crepuscular. La han llamado la «última guerra», el «último combate». No han visto en ella más que el término de sus esfuerzos.

Pero para César las cosas se inscriben en otra perspectiva. Todo lo que hasta ese día ha realizado no es más que un preludio. Es solamente ahora que comienza su verdadera carrera, es ahora solamente que va a ser plenamente César. Todas sus fuerzas, todos sus pensamientos se vuelven hacia el porvenir. ¿Quién podría todavía cuestionar su poder? Siente hervir en él las energías de la juventud, pero temperadas y ordenadas por la experiencia de la edad madura. ¿Qué podría temer? Ya no tiene enemigos. E inclusive si los tuviera, los aplastaría como a los otros. Nadie le impedirá darle cuerpo al sueño de Alejandro, ni unir indisolublemente al Oriente con el Occidente. Entonces, sometidos por las armas pero sostenido por las leyes, su imperio se extenderá desde la desembocadura del Rin hasta las fuentes del Hifaso y, al interior de este inmenso espacio, tan vasto como el Ecuméné del hijo de Olimpia, la especie humana podrá alcanzar la cima de su perfección.

Tales son los proyectos que dan vuelta en su cabeza cuando regresa a Roma, en septiembre de 45. Pero no quiere mostrarse a la muchedumbre de otro modo que rodeado de sus tropas victoriosas, por lo que comienza por retirarse a su villa de Lábico. Allí espera la llegada de sus legiones de España, a las cuales les tomó más tiempo que a él recorrer el camino de regreso. Por fin lo alcanzan durante el mes de octubre. Entonces se dirige a Roma para celebrar allí su quinto triunfo.

Los cuatro primeros, que habían tenido lugar el año anterior, habían glorificado sus victorias sobre pueblos extranjeros: la Galia de Vercingetorix, el África de Juba, el Egipto de Ptolomeo XIV y el reino pónico de Farnacio. Por pudor, prudencia o generosidad, César había voluntariamente hecho a un lado los nombres de Pompeyo y de Catón.^{cx} Tampoco había querido evocar el recuerdo de Farsalia. Pero ahora que había acumulado en sus manos todos los poderes y que la legitimidad romana había quedado encarnada en él, para él era claro que también aquellos de sus conciudadanos que se habían levantado en su contra tenían que ser tratados como enemigos de la patria. A sus ojos, sus adversarios se habían transformado en los enemigos de Roma. Es por ello que su quinto triunfo tenía por objeto celebrar victorias que había obtenido sobre sus compatriotas de modo que, cuando el cortejo comenzara su ascenso hacia el Capitolio, precedido de legionarios portando escudos en los que se leyera la famosa divisa: *Vini, vidi, vici*, todos comprendieran que esta vez esas palabras se aplican a Pompeyo, a Escipión, a Catón y a Cneus.

Esta forma de humillar a hombres que todavía ayer encarnaban las virtudes y las esperanzas de la República le parece una ruda afrenta a un cierto número de familias patricias. No obstante, ninguna de ellas se atreve a elevar una protesta, a tal

grado apoya al vencedor la opinión pública. De este quinto triunfo — que César quiere total — él pretende obtener el poder absoluto que le permitirá regir el mundo a su gusto.

Cuando la noche del 20 de abril de 45 se entera del aplastamiento de Cneus Pompeyo — el día anterior al que se celebraba la conmemoración de la fundación de la ciudad — la opinión pública romana saluda esta coincidencia como un signo de las voluntades celestes y espontáneamente asocia el nombre de César con la fiesta del nacimiento de Roma, «como si Roma acabara de ser fundada una segunda vez por él».^{cxí}

Ahora que ha sido elegido sucesivamente para una dictadura anual, y luego decenal, el senado lo encumbra a la dictadura de por vida, por un senadoconsulto cuya copia le es entregada con gran pompa el 14 de febrero de 44.

Los poderes que le son conferidos son propiamente exorbitantes. En tanto que *Imperator perpetuus*, tiene el mando de todas las legiones y de todos los magistrados, quienes no actuarán más que bajo sus auspicios y como sus delegados. Sobre él recae el nombramiento y el control de los cónsules, de los cuestores y de los gobernadores de las provincias. Investido con el poder tribunicio, dispone de la iniciativa de las leyes, así como del *veto* que las condena sin apelación. Como resultado de ello, está al frente de los tribunos del pueblo, de los cuales ya no tiene que padecer la *intercessio* y quienes deben levantarse cuando pasa, como señal de deferencia. Manda asimismo sobre los senadores, cuyos consejos no podrían prevalecer sobre los suyos y quienes «humillando la grandeza de su compañía ante la majestad de su persona», le llevan, de pie, el homenaje de sus decretos. Él los recibe ante el templo de Venus, sentado en un asiento de oro, más parecido a un trono que a una silla curular. «Perpetuado en su dictadura, él mandará así hasta la tumba, por poco que comparta a tiempo su *imperium* con aquel que, por ello mismo, inevitablemente le sucederá».^{cxii}

Sin duda el vencedor de Farsalia siempre dio pruebas de una amplitud de perspectivas poco común. Pero parecería que su pensamiento hubiera adquirido, desde su llegada de Alejandría, una potencia y una amplitud que no poseía con anterioridad. La obra que realizó en Roma, a su regreso de África, tiene algo que confunde y sin duda habría confundido aún más si no hubiera estado obligado a interrumpirla para ir hacer la guerra en España. «Nunca tarea más útil, ni más durable fue realizada en otra parte, en un lapso de tiempo tan corto», nos dice Warde Fowler. No puede decirse que su genio explota en todas las direcciones. Se propaga alrededor de él en ondas cada vez más vastas.^{cxiii}

Las medidas que promulga forman un conjunto majestuoso, que es imposible examinar aquí en todos sus aspectos. Pero algunas de ellas merecen retener nuestra atención, porque están más directamente vinculadas con sus dos preocupaciones esenciales: la guerra contra los partos y la conquista de Oriente.

Desde antes de su regreso de España, César escribe a sus amigos para asegurarles que no emprendería nada contra los partos más que «después de haber ajustado sus poderes a las necesidades de esta operación, *illum scibere se, nisi constitutis rebus, iturum in Parthos*». Vemos, pues, que de ninguna manera escondía sus intenciones y que consideraba esa campaña como la que debía ser la coronación de su vida. Sin embargo, es sólo cuando se conocen algunas de sus medidas preparatorias que se comprende el espíritu en el que quería emprenderla — y la dimensión que se proponía conferirle.

XLII

Para empezar, César se esfuerza por ampliar el horizonte mental de sus compatriotas, demasiado inclinados a considerar las quinientas hectáreas cercadas por la muralla serviana como el comienzo y el fin del universo civilizado.^{cxiv}

Se preocupa por inculcar en el estado romano un sentido de la cultura que no poseía anteriormente y de ubicar la Ciudad de las siete colinas a la cabeza del saber mundial. Después de haber estudiado en Rodas y visitado Atenas, hizo una estancia en Alejandría, en donde oyó hablar a los sabios del *Museión*. Se percató de que las mentes más eminentes de su época trabajaban y profesaban lejos de Roma. Decide atraerlos a ella concediéndole a los matemáticos, a los médicos, a los filósofos, a los retóricos y a los gramáticos que se instalen en ella la ciudadanía romana, con todas las ventajas que ello acarrea. Para facilitar su enseñanza, les otorga salas de conferencias bajo los pórticos del nuevo forum que está en construcción, con el fin de alentar a la juventud romana a que vaya y asista a sus cursos.^{cxv}

Después de lo cual, como también quiere tener su *Museión*, pone la primera piedra de la biblioteca pública más antigua de la que Roma pueda enorgullecerse y le encarga a Asinio Polión acabar de acondicionarla. Deteniéndose hasta en los más ínfimos detalles, modifica la forma de los libros para hacer la lectura más atractiva y más fácil. Hasta entonces, los textos romanos eran caligrafiados en rollos de pergaminos. Sólo se podía recorrer un pasaje cada vez. César reemplaza esos rollos — o *volumen* — por los *Codex*, es decir, por cuadernos de hojas de papiro sobrepuestas y cosidas. Este procedimiento de fabricación le fue revelado en Alejandría. Sería imposible medir la incidencia de dicha innovación en la aclaración de las ideas y la difusión de la cultura.^{cxvi}

Actúa del mismo modo en el ámbito de las creencias religiosas. Dado que quiere hacer explotar los marcos demasiado estrechos de la religión tradicional, alienta la instalación en Roma de religiones extranjeras, cuya riqueza interior aprendió a conocer durante su estancia en Egipto. A medida que se vacía el Panteón oficial, él lo colma reforzando el atractivo que ejercen sobre las almas ciertas místicas orientales. No se limita a introducir en Italia el orfismo, el pitagorismo y los

«misterios» de origen egipcio, sirio y caldeo.^{cxvii} Aprovecha las facultades que le confiere su función de censor para aclimatar al suelo romano los cultos de Isis, de Mitra, de Cibeles y de Dionisos.^{cxviii} De modo que si en el primer siglo antes de nuestra era a lo que se asiste es a una lenta deportación de las divinidades romanas hacia Oriente, el siglo que sigue serán las religiones orientales las que afluirán hacia Roma.

Para contrabalancear esas aportaciones asiáticas, César se propone estabilizar el Oriente dándole estructuras más racionales y lógicas. Alejandro, el macedonio, había querido unificar las poblaciones de Europa y de Asia fundiéndolas en el crisol de la fraternidad humana. César, el romano, quiere acceder a ella cubriéndolas con una red de leyes que serán más intransgredibles mientras más universales sean. Allí donde el hijo de Olimpia procedió como poeta y como filósofo, César actúa como arquitecto y como legislador, porque sabe que el mejor medio para mantener «a los pueblos juntos» es dotarlos de instituciones comunes. Dos ejemplos, escogidos entre muchos otros, nos esclarecen este aspecto fundamental de su pensamiento: la reforma monetaria y la reforma del calendario.

Durante sus campañas, el vencedor de Pompeyo quedó penosamente sorprendido al constatar cómo la diversidad de monedas y su inconvertibilidad paralizaban los intercambios entre los pueblos y generaban muros entre ellos. «Queriendo facilitar en todas partes las transacciones entre los hombres, con el fin de acercarlos mediante un comercio multiplicado»,^{cxix} el *Imperator* decidió abatir esas barreras.

Decidió por lo tanto acuñar monedas de oro, destinadas a regularizar los mercados, ya no a título de mero expediente sino de una forma regular. Les asigna un peso invariable que él fija, de una vez por todas, en un cuarentavo de la libra romana (8,1 gramos). Posteriormente, decreta que este *aureus* equivaldrá a veinticinco denarios de plata. Gracias a su carácter fijo, la moneda romana se verá muy pronto preferida por las poblaciones sin por ello dejar de ser fácilmente intercambiable por monedas locales. Con ello, César se propone alcanzar un doble objetivo: reforzar la paz interior mediante la estabilización de los precios y la paz exterior mediante el incremento de los intercambios.

Pero César no era un utopista. Él dudaba de que una mera reforma monetaria bastara para armonizar una humanidad tan dispar y dividida. Quería también que todos los actos humanos se cumplieran a un mismo ritmo de un extremo a otro del mundo, gracias a la refundación del calendario. Rompiendo con los sistemas lunares y luni-solares, que hasta entonces habían prevalecido, instituyó el año juliano de trescientos sesenta y cinco días. Esa innovación, fundada en la observación del cosmos, fue una creación tan durable como el cosmos mismo. «Acarreó, nos dice Carcopino, dos beneficios inestimables: primero, por primera vez enlazó el presente con el pasado mediante una comunicación fija y continua entre los años de los siglos; luego, le ofreció a los hombres que la adoptaron una medida de la duración

tan lógica y tan clara que instituyó entre ellos como un primer esbozo de una comunidad de lenguaje y como el comienzo de una solidaridad intelectual». ^{cxx}

XLIII

Paralelamente a estas disposiciones destinadas a facilitar y a multiplicar la comunicación entre los hombres, (a las cuales hay que añadir la extensión progresiva del derecho de ciudadanía para todas las poblaciones integradas al *Orbis romanus*), César prosigue activamente con sus preparativos militares. Esta vez, no se contentará con contingentes parecidos a los que ha comandado durante sus expediciones precedentes y cuya insuficiencia numérica a menudo lo ha condenado a permanecer a la defensiva. Para esta expedición suprema quiere vencer con toda seguridad, sin estar nunca inmovilizado por la guerra de posiciones. De ahí que levante uno de los ejércitos más poderosos que el mundo antiguo haya conocido.

Al día siguiente de la victoria de Munda, César contempla una nueva campaña de proporciones tan colosales que requerirá, según sus propios cálculos, por lo menos tres años para concluirla con éxito. Los rumores concernientes a esos proyectos se propagan desde Andalucía hasta Roma, en donde Cicerón se los confía a Ático en una carta fechada del 28 de mayo de 45. Según Suetonio, César planea materializarlos a partir de la primavera de 44. Partiendo de Apolonia, en Albania, que ya quedó organizado como campo de atrincheramiento, comenzará por someter Transilvania, haciendo trizas a los dacios del rey mago Burebista. Luego, atravesando los Balcanes, Anatolia y la Pequeña Armenia, se lanzará a la conquista de Persia, destruirá los ejércitos arsácidas, hará retroceder a los partos fuera de Babilonia y perseguirá su cabalgada hasta la Caspiana y el Oxus. ^{cxxi}

Durante el último trimestre de 45, César acelera sus preparativos. Mientras que se gana el apoyo de los soberanos del Bósforo y del Ponte — en donde ya le encargó a Mitrídates de Pérgamo que le mantenga abiertas las rutas de Asia — moviliza treinta mil jinetes y veintinueve legiones que representan sin exageraciones ciento ochenta mil hombres, a los cuales vendrá a añadirse un número igual de tropas auxiliares.

El avituallamiento y los víveres se acumulan ya en Apolonia; ya las flotas se concentran en Rodas y en Alejandría. Pero antes de ir a tomar el mando de ellas, se debe tomar todavía una última disposición. No sólo se trata de vencer a los partos, sino de integrarlos al *Orbis*. Para lograrlo, César debe estar revestido de atributos reales.

Es éste un punto sobre el que Cleopatra regresa con insistencia. En sus conversaciones, ella le repite en todos los tonos que la reconquista de Persia será posible sólo si se presenta en Babilonia como *basileus* y no como un simple ciudadano, por más que llegue precedido por la reputación de general invencible. Le

recuerda la predicción de la sibila, la cual aseguraba que «los partos sólo serían vencidos por un rey». César no vencerá su resistencia más que a condición de que pueda transferir a su persona el vínculo del juramento de fidelidad que los liga a su soberano, es decir, la fe que tienen en el espíritu divino que lo inspira y el culto que practican por la parcela de alma celeste que reside en él.

Ahora bien, para César la dominación de Persia es doblemente necesaria. Una primera vez «para vengar a diez años de distancia la muerte de Craso y la captura de las águilas legionarias bajo las murallas de Carrhae. (Es el argumento del que se servirá con sus compatriotas). Una segunda vez «para lograr, en una perfección cósmica, el *Orbis romanus*, dilatado a las dimensiones del mundo conocido de entonces y, con ello, vuelto infranqueable y, por así decirlo, inatacable»^{cxxii}.

Esta doble necesidad exige que antes de enfrentar a los partos, César esté investido de una realeza de derecho divino, pues mientras más evidente sea su majestad menos estarán tentados los partos a cuestionarla.

Imperator otros lo han sido antes que él, aunque haya sido temporalmente. *Divus* ya lo es. Pero en una sociedad politeísta, varios hombres divinizados pueden existir simultáneamente. Lo que ahora quiere es un título que proclame su unicidad absoluta. Dicho título, que no tiene equivalente, es el de *rex*, de *autocrator*. Tiene que inducir a sus compatriotas a que se lo confieran antes de partir a la guerra porque él es a la vez la prenda de su éxito y la piedra angular indispensable a su monarquía universal.^{cxxiii}

XLIV

«A partir de ese momento, nos dice Suetonio, dos proyectos acaparan por completo su pensamiento, hacerse proclamar rey y vencer a los partos».

Pero por primera vez, César parece titubear. ¿Cuál de esas operaciones debe tener prioridad temporal sobre la otra? En la guerra, la rapidez es uno de los factores de la victoria. Pero la política exige caminatas más lentas. ¿Está acaso madura la opinión romana para la proclamación de la monarquía? No es que César tema una reacción popular: el pueblo le está agradecido por haber restablecido el orden en los asuntos públicos y de haberlo aliviado de sus deudas más escandalosas. Pero ¿las familias patricias? Y ¿el pequeño núcleo de senadores irreductibles (porque todavía quedan, a pesar de todo, entre los Padres de la Patria)? Mientras no hizo demostración de su fuerza, el Senado le rehusó todo. Apenas se convirtió en vencedor se arrastró a sus pies. Este cambio es demasiado rápido para ser sincero. Debió haber hecho nacer en ellos un resentimiento más peligroso en la medida en que no se expresa en plena luz. ¿No sería más juicioso, en esas condiciones, vencer *primero* a los partos y regresar *después* a Roma para entonces ceñirse una corona que nadie osaría cuestionarle?

Y además hacerse «otorgar» la realeza por una asamblea de Padres constreñidos, chochos y seniles ¿no sería increíble? La soberanía absoluta no podría ser «conferida» por nadie, si no es por alguien que ya la tiene. ¿No es eso la prueba de que ella es un signo de elección divina, un privilegio sagrado? Que César sea superior a los demás ¿no lo demostró veinte veces en los campos de batalla? Que los dioses estén con él ¿no fue comprobado por la forma milagrosa como escapó a la desgracia de Sila, al odio senatorial, a las rivalidades de los triunviros, a las trampas y a las emboscadas que sin cesar sus enemigos acumulan a su paso? Su vida ha sido «un prodigio de éxito en todos los dominios».^{cxxiv} ¿Se requiere algo más para convencer a los hombres de que lo inspira y lo guía un espíritu divino, que una parcela de alma celeste reside en él? Y, sin embargo, sus compatriotas no parecen en lo más mínimo convencidos...

A decir verdad, desde su regreso de Alejandría Roma le causa una sensación de asfixia. Desde que vio los pórticos de mármol blanco y las anchas avenidas rectilíneas que Dinocrato de Rodas donó a la capital egipcia, la ciudad de Rómulo le parece una barriada miserable, indigna de su papel de ama del mundo. Ha crecido al azar, sin orden ni plan. Él se avergüenza de sus callejuelas fangosas en donde vagan en libertad manadas de bueyes, de su Forum mal pavimentado, de sus cabañas de ladrillo coronadas con teja redonda. Por vivir con semejante decoración ¿cómo podrían los romanos no estar afectados por un provincialismo incurable? Así como se esfuerza por ampliar las mentes, César quisiera airear y descongestionar la ciudad mediante un vasto programa de construcción y de embellecimiento, del cual la *Lex Julia* nos da una idea.^{cxxv}

Si el vencedor de Pompeyo tiene la impresión de que Roma es menos grande de lo que la había creído en su juventud es porque en el ínterin se familiarizó con el Oriente espacioso y que, al contacto con él, su alma se transformó y enriqueció. Que Cleopatra está por algo en todo ello no podría haber la menor duda. Al desplegar ante sus ojos horizontes de los que no tenía ni idea, ella destruyó su interés por la política local. Antes él se apasionaba por las luchas de las facciones que se enfrentaban en el senado, por las justas oratorias entre los Rostra. Ahora, en cambio, todas esas querellas edilicias le parecen irrisorias. Las siete colinas no podrían servir de horizonte a un hombre cuya mirada abarca todo el espacio y se extiende desde el Rin hasta el Eufrates.

Sus detractores pretenden que él planea transferir la capital del Imperio a Ilión o a Alejandría, tan ajeno se ha vuelto al medio que lo vio nacer. Eso parece poco probable.^{cxxvi} Es cierto, en cambio, que resiente una irritación creciente al constatar la incomprensión de sus compatriotas.

¿Cuántos de ellos aprecian en su justo valor su ensanchamiento de la patria? ¿Cuántos captan la originalidad de la revolución que estaba efectuando? Seguramente, muy pocos. No sólo nadie lo ayuda, sino que nadie lo aprueba. Inclusive Cicerón — el hombre más inteligente de su época — le lanza pullas por

cualquier motivo. Hablando de su reforma del calendario hasta llega a escribir: «César está tan imbuido de su autoridad que quiere forzar al sol y las estrellas a que no salgan o desaparezcan más que por orden de sus pretorios». A la larga, tanta unilateralidad termina por molestarlo.

Poco a poco, César se distancia de sus conciudadanos. Como perdido en sus pensamientos, escucha distraído sus discursos y no responde más que con monosílabos a las preguntas que le hacen. ¿Se le debe atribuir su falta de interés a la indiferencia o al desdén? Parecería que su estancia en Egipto lo desnacionalizó...

Por su parte, los romanos ya no reconocen a «su» César. ¿Qué quedó de su familiaridad y de su espíritu de réplica? Se diría que él, que como nadie sabía discernir los pensamientos ocultos de sus interlocutores y captar las reacciones más imperceptibles de la opinión pública, se las ingenia para acumular torpeza tras torpeza. ¿No se ha dado cuenta del efecto que produjo su último triunfo? ¿Por qué marcó, de manera tan ostensible, la forma como aplastó a otros generales romanos? Cuando se le habla de ello, calla o enfurece. Sus amigos se extrañan de su altivo mutismo; sus enemigos de sus cambios de humor y de su irritabilidad.

— Nos cambiaron a César!

Este grito no tarda a elevarse entre la muchedumbre. ¿Quién fue quien lo transformó? La respuesta es unánime:

— Es la hechicera egipcia, la prostituta de Alejandría! Ella le dio de beber uno de esos filtros cuyo secreto el Oriente conoce. Ella minó su energía, al tiempo que le infundió ambiciones desmedidas. Ah! Si tan sólo su nariz hubiera sido más corta, sin duda César no habría sucumbido a sus maleficios! Hela ahora agazapada como una víbora en los jardines transtiberinos. ¿No se dice de ella que juró convertirse en la reina de Roma, ocupar un trono de oro en la cima del Capitolio y forzar a los senadores a que vayan a besar sus coturnos? ¿Cuánto tiempo habrá de soportar la ciudad de Rómulo semejante vergüenza? ¿Qué se espera para expulsarla?

Y es verdad que Cleopatra transformó a César. Al inducirlo a reivindicar la herencia de Alejandro y al revelarle el prestigio de las monarquías de derecho divino, ella lo hizo demasiado grande para la República. Por lo mismo, los romanos se hicieron demasiado chicos para César. Demasiado chicos para comprender sus pensamientos y sus ambiciones.

Por una parte, la superioridad abrumadora del dictador; por la otra, el chauvinismo exasperado de sus compatriotas. Todo ello no puede sino engendrar una tensión creciente, una acumulación de odio que terminará por explotar.

XLV

El drama se inicia con un incidente aparentemente anodino. Se coloca una estatua en oro de Cesar sobre los Rostra. Una mañana, se le encuentra coronada con una

diadema que lleva una banda blanca, símbolo de la realeza. Dos tribunos del pueblo, C. Epidio Marulo y L. Cesicio Flavo, ordenan de inmediato «arrancar ese odioso emblema y tirarlo lejos». Declaran que al actuar de esa manera, «defienden la reputación de César contra las artimañas de agentes provocadores que quisieran perderlo ante la opinión pública».^{cxxvii} De mala voluntad, César tiene que inclinarse ante su veto.

Sobreviene un segundo incidente un poco después, en ocasión de las Fiestas latinas. César asiste a la cima de los montes Albinos, vestido con una clámide de púrpura y calzado con coturnos altos rojos que anteriormente eran el signo distintivo de los reyes. Al final de dichas fiestas (26 de enero de 44), hace su entrada en Roma montado en un caballo blanco y rodeado de una fastuosidad superior a la de los Tarquinos. Apenas hace su aparición, propagandistas diseminados entre la muchedumbre lo aclaman saludándolo con el título de «*Rex...*».

De inmediato se eleva en la masa de espectadores un rugido hostil. Al no sentirse apoyados, los partidarios de César se callan, turbados. Tienen la impresión de haber ido demasiado lejos. César salva la situación haciendo notar con una soltura de soberano «que su título es el de *Caesar*, no el de *Rex*».^{cxxviii}

Mucho más grave es el tercer incidente, el cual estalla en ocasión de la fiesta de las Lupercales (15 de febrero). César asiste en ropas reales, parecidas a las que portaba en las Fiestas latinas. Toma su lugar en un sillón de oro al centro de la tribuna ante la cual debe desfilar la procesión conducida por Antonio. Éste acaba de ser elevado a la dignidad de cónsul. Alrededor del *Imperator* se agrupan los grandes dignatarios del Estado: Lépido, que sucede a Antonio en las funciones de *magister equitum*, los pretores, los ediles y todos los magistrados en ejercicio.

En el momento en que el colegio de los sacerdotes Julianos^{cxxix} pasa frente a la tribuna, uno de los suyos llamado Licinio es levantado por sus colegas al nivel del estrado. Deposita a los pies de César una corona de laurel, entre cuyas hojas se entrelaza la pequeña banda de lana blanca que caracteriza a la diadema real. Como si no esperaran más que esta señal, los espectadores que se encuentran en la primera fila del público estallan en aplausos. Envalentonado por esta aprobación, Licinio escala la tribuna, recoge la corona y la coloca en la cabeza de César. Éste agita la mano derecha en señal de denegación y le pide a Lépido que le quite ese embarazoso emblema. El *magister equitum* hace como que no oye, de modo que durante varios instantes la pequeña banda real flota sobre la frente del dictador.

¿La operación va a tener éxito? Todos retienen el aliento y se ponen de puntas para ver qué va a pasar... Pero en ese momento Casio, que asiste a la ceremonia en calidad de pretor, quita con un gesto brusco la corona de la cabeza de César y la coloca en sus rodillas. Una parte de la asistencia aplaude a más no poder.

En esto aparece Antonio.^{cxxx} Por ser cónsul, su autoridad es superior a la de Casio. Él recoge la diadema y la vuelve a poner en la cabeza de César. Esta vez los asistentes se quedan silenciosos. De nuevo César se la quita y la avienta ala

muchedumbre. ¿Quiere con ello dar a entender que es al pueblo que pertenece la soberanía? Los espectadores se dividen en dos grupos. Unos, concentrados al fondo de la plaza, manifiestan su aprobación. Los otros, en la parte delantera de la escena, exclaman:

— César, tu no tienes el derecho de rechazar un regalo que te es ofrecido por el pueblo romano!

Al oír esas palabras, Antonio regresa a la carga. Recoge la corona y la coloca por tercera vez en la cabeza de César. Se elevan entonces aclamaciones en la primera fila:

— Salve, oh Rey!

Pero de inmediato quedan opacadas por gritos de desaprobación que vienen de la muchedumbre situada en la parte de atrás. Antonio pesadamente insiste, pero César siente que la operación falló. De todos modos, esa corona mancillada no podría convenirle. Como de costumbre, escapa de la mala situación con mucha elegancia:

—Tomen esta corona, declara, y llévenla al templo de Júpiter; estará mejor colocada en la cabeza de un dios que en la mía.

Acto seguido le ordena al redactor de actos públicos que inscriba la siguiente mención: «Habiéndole ofrecido el pueblo la realeza por manos del cónsul, César la declinó».

«Entonces, nos dice Nicolás de Damasco, mientras que los últimos rangos reinician su concierto de aplausos, Antonio abraza a César y los asistentes más cercanos a quienes confió la diadema se van a coronar no la estatua de Júpiter, sino la de César que flanquea los Rostra»^{cxxxii} — lo cual no es en absoluto acorde al deseo formulado por el *Imperator*.

Diseminados entre la muchedumbre, los enemigos de César han observado la escena con una atención apasionada. Esta vez ninguna duda está ya permitida: la triple coronación fallida prueba de manera irrefutable que el vencedor de Pompeyo aspira a la realeza. ¿Se va a dejar que cumpla su criminal propósito? ¿Se va a tolerar que le inflija a la República la afrenta suprema? Ese día sería el más sombrío de toda la historia romana...

Pero ¿cómo impedirlo? Con los poderes de los que dispone es sencillamente imposible deponerlo. No queda más que una solución: asesinarlo — antes de que pueda poner en ejecución su proyecto...

Pero asesinar a César no está al alcance del primero que venga, pues el dictador está bien cuidado. Sólo podría lograrlo un miembro de su séquito que pudiera acercarse a él sin despertar sospechas; se requiere también que el asesino esté dotado de un valor excepcional para atentar contra su vida sin que su mano tiemble. Porque si el atentado fracasa, César no dejará de ejercer represalias terribles...

Es entonces que los medios senatoriales se vuelven hacia el único hombre que les parece que reúne todas las condiciones que se requieren. Es Marco Junio Bruto, el joven que César siempre ha rodeado de un afecto paternal, a quien amnistió en Farsalia, a quien poco después nombró gobernador de Cisalpina y a quien — para bien enfatizar la magnitud de su confianza — acaba de conferirle la pretoría urbana (1 de enero de 44).

XLVI

César decide dejar Roma el 18 de marzo de 44 para encontrarse con sus ejércitos. Es, pues, antes de dicha fecha que hay que abatirlo.

El dictador convoca al senado para el 15 de marzo. La sesión debe tener lugar en una sala arreglada bajo los pórticos del teatro de Pompeyo, colindando con el Campo de Marte. Será probablemente la última vez que César aparecerá en público antes de partir para la guerra. Es altamente plausible que, por la voz de su tío A. Aurelio Cota, aprovechará para pedirle a la asamblea que lo proclame rey.

Esta coincidencia de circunstancias dicta su elección a los conjurados. Abatirán al *Imperator* el 15 de marzo, durante la sesión del senado. «Así, dice Apiano, la celada no parecerá un crimen, sino un acto de sacrificio por la salud de la patria; y los senadores, testigos del asesinato, se apresurarán a legalizarlo declarándose solidarios, como sucedió con el asesinato de Rómulo».

Los informantes de César, que velan por su seguridad, le advierten que se trama un complot en su contra. Le suministran también una lista completa de los conjurados. El nombre de Bruto ocupa en ella un lugar prominente. Pero César recibe la noticia con una sonrisa de incredulidad.

¿Bruto? declara tocando su adelgazado cuerpo, Bruto se esperará a que este vejestorio solito se acabe!

Sus sospechas recaen más bien sobre Casio, cuya actitud durante las Lupercales le pareció sospechosa. Su intuición no lo engaña: Casio es, efectivamente, el alma del complot. Pero como no se siente de talla para encabezarlo, se va a buscar a Bruto, de quien es cuñado, para convencerlo de que asuma el papel de justiciero.

Marco Junio es un joven taciturno y reservado, apasionado por los estudios y torturado por escrúpulos. Está desgarrado por tendencias contrarias al punto de que parece veleidoso e indeciso. Pero los que lo conocen saben que en el fondo de él sólo una pasión lo corroe día y noche.

Hasta entonces no había tomado nunca partido abiertamente en contra de César. Parece inclusive haber sentido agradecimiento por su benefactor. Pero con el tiempo, su admiración por él se fue transmutando en odio. Siente la misma aversión por sus cualidades que por sus defectos. Su orgullo, su clemencia, su magnanimidad,

su genio, todo en él lo exaspera, y sobre todo su desprecio por el régimen republicano. En cuanto a su voluntad no disfrazada de hacerse proclamar rey, le parece una señal de descompostura inexplicable.

Su desgarramiento interior proviene por igual de su herencia que de los embrollos de sus alianzas familiares. Si él es hijo de Servilia, a quien César tanto amó en su juventud, y de Junio Bruto, fríamente asesinado por Pompeyo en 77 (lo que debería haberlo impulsado al campo cesariano), es también el yerno de Catón de Utica, con cuya hija Porcia se casó. Ahora bien, desde su suicidio, Catón se convirtió en el símbolo y el parangón de las virtudes republicanas. Además, Bruto descende directamente de Marco Bruto, quien exterminó a los Tarquinos, y de Spaeio Ahala, quien liberó al pueblo del usurpador Spaeio Maelio. ¿No le dictan tantos ascendientes ilustres su conducta? Su inacción le pesa aún más cruelmente por el hecho de que manos desconocidas no cesan de pegar en su pupitre de pretor libelos con las palabras: «Duermes, Bruto!».

Sin embargo, cuando Casio viene a compartir con él sus proyectos, Bruto todavía titubea. Cuando Casio le pregunta cómo piensa actuar el 15 de marzo, Marco Junio se limita a responderle que no irá al senado. En otras palabras, no se opondrá a los proyectos de César más que por una muda abstención.^{cxxxii}

Casio le hace sentir vergüenza por su pasividad. ¿Qué pensarían sus grandes ancestros si lo vieran sustraerse de ese modo? ¿Ignora acaso que César puede obligarlo a asistir a la sesión por el mero hecho de que es pretor?

— En ese caso, responde Bruto, mi deber será no callarme, sino protestar vigorosamente contra las pretensiones de César y morir antes de ver expirar la libertad!

Casio, que sabe cuán influenciable es su cuñado, lo presiona para que renuncie a esa actitud negativa. Le suplica que no deje escapar la ocasión que se le ofrece para salvar a la República y para jugar un papel glorioso del que se hablará durante siglos. Lo conjura a que supere sus escrúpulos, a que pase a la acción. Bruto se debate todavía. Finalmente, ya sin argumentos, acepta encabezar la conjura. De una sola pieza, se encamina por una vía en la que no echará marcha atrás, confirmando así la opinión de César: «En realidad Bruto no sabe lo que quiere; pero cuando quiere una cosa la quiere con todas sus fuerzas».

La adhesión de Bruto le permite a Casio incorporar toda una multitud de descontentos. Entre ellos figuran Décimo Bruto, Talio Cimber, Casca y Trebonio. Muy pronto la conspiración cuenta con unos sesenta miembros, de los cuales veintitrés estarán encargados de su ejecución material.

Entre los conjurados figuran hombres de opiniones y de orígenes muy diversos: oportunistas ambiciosos, pompeyanos amnistiados, cesarianos a quienes los proyectos de César espantan y hasta antiguos lugartenientes del *Imperator*, como Trebonio y Décimo Bruto.^{cxxxiii} Pero todos están ligados por un sentimiento común: la aprehensión que les inspira la expedición contra los partos.

Porque no hay más que una alternativa: o César será aplastado, y ello será un desastre del que Roma entera tendrá que pagar las consecuencias, o triunfará sobre sus enemigos, anexará el Oriente y esa victoria, a sus ojos, será peor que una derrota. A ningún precio quieren un imperio cosmopolita que infectará a la República con influencias extranjeras y se rehúsan a asistir impotentes «a la orientalización de las tierras romanas». Su receloso particularismo les impide contemplar un imperio que se extendería desde el Atlántico hasta la India. No ven ni las ventajas ni la necesidad. ¿La fusión de Oriente con Occidente? ¿La civilización romana llevada por las legiones hasta el punto en donde las falanges de Alejandro propagaron el pensamiento helénico? ¿El género humano elevado a un nivel de civilización superior? Todo eso les parece ser parte de una utopía. Y además dicha empresa entrará en conflicto con demasiados intereses y trastornará demasiadas costumbres para que puedan suscribirla sin reservas. Roma ya no será la Roma de sus ancestros y otros pueblos diferentes vendrán a insertarse en el *Orbis*. Ello basta para que rechacen la perspectiva con horror.

XLVII

Los idus de marzo se aproximan y ya cada conjurado ha sido informado del papel preciso que le está reservado. Décimo Bruto, que hace sus grandes y pequeñas entradas en casa del dictador, asegurará la conexión con su domicilio. Trebonio impedirá que Antonio se mantenga cerca de su amo para detener los golpes que se le den. Tulio Cimber lo abordará desde su llegada al senado con el pretexto de solicitar el indulto para su hermano, proscrito desde hace poco por César como miembro de la oposición pompeyana. Es él quien dará la señal para la agresión al retener un faldón de su toga y poniendo al descubierto su espalda. A Casca le corresponderá el honor de darle el primer golpe, después de lo cual, para marcar su solidaridad, cada uno de los conjurados hundirá por lo menos una vez su puñal en el cuerpo del tirano. En cuanto al resto de los conjurados, diseminados desde antes de la sesión en las gradas de la asamblea, impedirán que sus colegas se precipiten al auxilio de la víctima manteniéndolos en su lugar. Además, todo sucederá con tal rapidez que los asistentes ni siquiera tendrán tiempo de intervenir.

El 14 de marzo por la noche, César regresa a su casa más tarde que de costumbre. Aunque se siente cansado, no llega a conciliar el sueño. Apenas logra quedarse dormido cuando una brusca ráfaga hace que puertas y ventanas de la casa se azoten y se despierta sobresaltado. Un rayo de luna ilumina su recámara. Recostada a su lado, Calpurnia duerme con un sueño agitado. Gime y se estremece. César se siente invadido por un extraño entumecimiento.^{cxxxiv}

Por fin llega el alba. Tan pronto se despierta, su mujer temblando de miedo le suplica que no salga. Tuvo un sueño horrendo: César yacía en sus brazos, asesinado.

Que se quede en la casa, que se posponga la sesión del senado para una fecha ulterior!

— Si no crees en mis sueños, lo conjura ella, interroga a los dioses y ordena sacrificios para conocer el porvenir!

César la observa, sorprendido. Nunca ha visto a su esposa — normalmente tan calmada — presa de semejante agitación. Se deja convencer y llama a los arúspices. Los adivinos consultan las entrañas de un pollo y declaran que los signos le son desfavorables. César les hace recomenzar la prueba varias veces. La respuesta es siempre la misma. El *Imperator* se pone nervioso. La cabeza le da vueltas. Su médico, que lo observa con inquietud, insiste en que se quede en la casa.

Compartiendo su punto de vista, César le encarga a Antonio ir a cancelar la reunión. En el momento en que Antonio va a cruzar el umbral de la puerta llega Décimo Bruto. Al enterarse de que la sesión se va a posponer para una fecha ulterior, palidece y protesta. Le recuerda a César que los senadores ya fueron convocados.

— Ahora que están en sus lugares, le dice, si alguien viene a anunciarles que no tendrá lugar la sesión y que se les reunirá algún otro día en el que Calpurnia tenga sueños favorables ¿qué habladurías no vas a hacer que digan quienes tienen envidia de tu gloria?

Le hace comprender a César que será la burla de los senadores. Éstos no se privarán de decir que el dictador es el esclavo de su esposa. A menos de que consideren su decisión como una afrenta suplementaria, un insulto deliberado.

Si, a pesar de mis consejos, crees deber evitar este día con pretexto de que te será nefasto, concluye, las formas exigen por lo menos que te presentes tú mismo en el senado para informarle a los senadores que prefieres posponer las deliberaciones para más tarde.

Diciendo esto, lo toma de la mano y lo jala hacia fuera.

Contrariamente a sus costumbres, César se deja llevar. Se sube a su litera y se hace conducir al Campo de Marte. Apenas acaba de ponerse en ruta que un liberto griego de nombre Artemidoro corre tras él. Es el antiguo preceptor de Bruto, de quien ha seguido siendo el confidente. Artemidoro alcanza la litera en el momento en que ésta se detiene delante del teatro de Pompeyo. Con el rostro descompuesto, le extiende una nota a César e insiste en que de inmediato se entere de su contenido:

— Lee esta nota, César! le dice con una voz jadeante, sólo léela y rápido: encontrarás en ella cosas que te atañen directamente!

Impresionado por su acento y por la insistencia con que le extiende la nota, César la toma. Se apresta a leerla, cuando una multitud de solicitantes se precipita hacia él para someter sus demandas. Al tiempo que sube lentamente los escalones del pórtico, César los invita, con un gesto de hartazgo, a que le transmitan sus súplicas a uno de sus oficiales. ¿Podrá por fin enterarse de la nota de Artemidoro?

No, porque el arúspice Spurina lo espera en la puerta. Es de costumbre, en efecto, que cuando un dictador penetra en el recinto reciba los auspicios antes de cruzar el umbral. Hace cerca de un mes que Spurina, a quien una indiscreción lo puso al corriente del complot, intenta prevenir a César en el lenguaje sibilino que es el que acostumbra: «Cuídate de los idus de marzo», le repite en varias ocasiones. César lo reconoce y se vuelve hacia él:

Y bien! le dice en tono irónico, ya llegaron los idus de marzo!

Sí! Replica Spurina, pero todavía no han terminado

Le abre entonces el vientre a un pollo e interroga las entrañas. Le son desfavorables.

— Señal de muerte! Anuncia el arúspice en voz baja.

César se alza de hombros.

— En Munda también, antes de que empezara la batalla, me habían predicho lo mismo, observa César, y sin embargo...

— Y sin embargo corraste ese día el mayor peligro de tu vida, lo interrumpe Spurina.

César corta de tajo la discusión que lo importuna. Ordena que se consulten nuevas víctimas. Desgracia! Todas sus entrañas le son tan desfavorables como las precedentes. Las observaciones se prolongan.

Alrededor de César comienzan a impacientarse. Los conjurados tiemblan ante la idea de que pueda regresarse sin haber cruzado el umbral del senado. Temblarían todavía más si supieran lo que contiene la nota de Artemidoro! Protestan que los adivinos abusan de su paciencia...

Por un momento César titubea. Pero temiendo que atribuyan su titubeo a la cobardía, deja a Spurina en medio de sus víctimas despanzurradas y penetra con paso decidido al recinto del senado. Son las once de la mañana.

A su entrada todo mundo se levanta en señal de deferencia. Un pequeño grupo de hombres se desprende de la asistencia y va al encuentro del *Imperator*. Apenas le dan tiempo de que se siente. Tulio Cimber se inclina ante él y le suplica que le conceda el indulto de su hermano. César, que encuentra inoportuna dicha petición, lo aleja con la mano.

Los otros miembros del grupo unen sus ruegos a los de Cimber. Se acercan a César y lo empujan por todos lados. Le toman las manos, le besan la frente, mientras que sus dedos furtivos se insinúan bajo su toga y palpan su cuerpo para asegurarse que no lleva su habitual cota de mallas. Los conjurados respiran: César no creyó necesario tomar dicha precaución. Como si quisiera dirigirle una última súplica, Cimber jala un faldón de su toga y desnuda su espalda. En ese mismo instante Casca, quien se había colocado detrás de él, le hunde su puñal en la espalda. Pero su mano tembló. La hoja se desvió al encontrar el omoplato.

Sin perder su sangre fría, César se voltea, reconoce a Casca y exclama:

¿Qué haces, criminal?

Tomándolo del brazo, lo hiere con el estilete que le sirve para escribir e intenta escapar al círculo de sus agresores. Pero Casio, que se pone frente a él, le asesta una segunda puñalada en plena cara. Cegado por la sangre que corre sobre su rostro, César se tambalea y no sabe a dónde dirigir sus pasos. Tiene lugar entonces el encarnamiento descrito por Plutarco:

«Al principio, nos dice, los asistentes que no estaban en la conspiración se quedaron mudos de estupor, sin saber si debían huir o lanzarse a su auxilio. No lograban ni siquiera abrir la boca para gritar. Pero los que habían jurado su muerte lo rodearon por todos lados, con los puñales al desnudo, de manera que, por donde se volteara, veía siempre a algunos que lo golpeaban y que le ponían frente a los ojos y la cara puñales relucientes. Él se debatió entre sus manos como una bestia salvaje acosada por cazadores, porque habían convenido que cada uno de ellos le daría una puñalada y participaría en el asesinato. No por ello resistió menos, tambaleándose de un lado a otro, gritando con todas sus fuerzas, hasta el momento en que percibió a Bruto, con el puñal levantado. Entonces, renunciando a defenderse, se cubrió la cabeza con su toga y se desplomó. Su cuerpo fue arrastrado hasta el pie de la estatua de Pompeyo, cuyo pedestal quedó salpicado de sangre. Por asestar tantos golpes en un solo cuerpo, varios de los conjurados se hirieron mutuamente».^{cxxxv}

En el momento en que César expira, atravesado por veintitrés puñaladas, se hace el silencio. Y luego, de golpe, estalla un terrible jaleo. Invadidos por un pánico loco, los senadores se precipitan hacia las salidas gritando hasta desgañitarse: «A los matones! A los asesinos!». Se trata de un bullicio caótico. También los conjurados huyen, llevando en las manos sus puñales ensangrentados.

La sala queda entonces vacía. No se perciben más que rastros de sangre sobre el enlosado de mármol y un cadáver encogido al pie de la estatua de Pompeyo: el de un hombre que, unas cuantas horas antes, era el amo del mundo.

Nadie interrumpirá su mudo coloquio. Durante toda la tarde, nadie se atreverá a penetrar en la sala del senado, como si estuviera marcada por la prohibición. La tarde cae. Las sombras se alargan, envolviendo a los dos dictadores con un mismo lienzo.

Es sólo cuando llega la noche que tres esclavos vienen a buscar el cuerpo de su amo y lo llevan a su casa en una camilla. Tiene todavía en su puño una nota que no tuvo tiempo de leer: es la advertencia de Artemidoro.

XLVIII

Se consuma así «el crimen más estúpido de la historia».^{cxxxvi} La primera parte del drama acontece de conformidad con el plan de los conjurados. Hasta el último segundo. César ni se las olió. Pero la segunda parte no responde a sus expectativas. En lugar de legalizar el asesinato, los senadores se dispersaron. En Roma, la muerte

de César dejó un vacío extraño, semejante al cráter que produce la caída de un meteoro.

«Apenas la multitud se entera de lo que acaba de pasar, nos dice Plutarco, toda la ciudad se llena de tumultos y de pavor. Unos cierran sus casas; otros abandonan sus puestos o sus establecimientos y corren hacia el lugar del crimen». En unos cuantos instantes, al igual que un mar azotado por un viento de tempestad, la población en su totalidad se pone en movimiento. «Por todos lados se ven solamente hombres que huyen, escribe Juan de Damasco, sólo se oyen gritos, llantos y gemidos». Unos afirman que males terribles se abatirán sobre la capital, otros hablan de dirigirse en masa al teatro de Pompeyo «para quemar allí el edificio cuyos muros fueron testigos de tan execrable fechoría». Pero otros grupos surcan las calles aullando:

— Muerte al tirano! Gloria a sus asesinos!

Durante toda la noche, sin saber cuál será el veredicto final de la muchedumbre, los cesarianos asustados se encierran a piedra y lodo en sus casas. Pero también los conjurados tienen miedo. Temen ser masacrados y se parapetan en la roca del Capitolio, protegidos por un grupo de gladiadores amotinados.

Los rumores más descabellados circulan de boca en boca y son rápidamente hechos suyos por las mentes febriles. Algunos no dudan en proclamar que César era un dios, que su muerte ha roto el eje del mundo, que a los desórdenes humanos seguirán desórdenes sobrenaturales. Es un hecho verificado que, esa noche llena de gritos, de señales y de prodigios, un cometa traza su surco luminoso a través del cielo. Al día siguiente, cuando el sol se levanta, su luz está velada. «A lo largo de todo ese año, nos dice Plutarco, siempre se levantó pálido y débil; el aire fue siempre espeso y tenebroso, de modo que los frutos de la tierra permanecieron crudos e imperfectos, marchitándose inclusive antes de haber sido alcanzados por el frío».

El desasosiego no es menos grande en los medios senatoriales. Sólo Cicerón muestra júbilo: «Me felicito, me da gusto, cuido tus asuntos, quiero que me ames y que me digas lo que hacemos», le escribe a su amigo L. Minucio Bacilo. Sin duda espera ver renacer a la República, a la que él gobernará como antes por el prestigio de su elocuencia. Pero en la sesión del senado que tiene lugar el día siguiente, los jóvenes lo mantienen a un lado y lo tratan de «vejete».

Los senadores se preguntan: ¿hay que glorificar a César, cuyos principales lugartenientes detentan todavía el poder militar? ¿O bien hay que votar una moción de felicitación a sus asesinos? Cada quien propone una solución diferente. Sólo Antonio conserva su sangre fría en medio del enloquecimiento general. Después de varias horas de confusas deliberaciones, le arranca a la asamblea un voto prescribiendo hacerle a César exequias solemnes. Ciertos senadores protestan afirmando que eso es imposible. Pero él termina por imponerse.

Los funerales se cumplen en gran pompa durante la mañana del 20 de marzo. Después de haber sido depositados en casa de Calpurnia, los restos mortales del dictador son transportados al Forum, frente a la tribuna de las arengas, en donde un estrado rematado por un dosel de púrpura y oro es rápidamente construido para recibirlo.

Lentamente, la procesión avanza. La litera de mármol en la que yace el *Imperator* es cargada por los más altos magistrados de la República. Sus viejos legionarios lo siguen en uniforme de combate, con todas sus insignias. Una multitud inmensa acompaña al cortejo.

La procesión se detiene ante los Rostra. Los lamentos se multiplican. Los soldados, que cadenciosamente golpean sus escudos con sus espadas, avanzan en medio de un murmullo lúgubre. Se instalan sobre la estrada los restos mortales de su jefe. Extendido sobre su lecho fúnebre, va a recibir, inmóvil, los honores póstumos que se le deben.

Es Antonio quien reivindica el honor de pronunciar su elogio fúnebre. Desde lo alto de la tribuna, contempla el mar de cabezas humanas que se agita a sus pies. Su papel consiste en rendir homenaje al ilustre difunto, pero es también su propio porvenir que va a jugarse sobre ese tablado.

Durante esa memorable jornada, Antonio va además a dar pruebas de un talento de actor incomparable, entremezclando con su emoción, que es sincera, efectos de teatro que resultan aún más pasmosos por lo inesperado.

Comienza por leer, uno tras otro, los comunicados lacónicos con los cuales César anunció sus victorias al pueblo romano. Acompasadas por la voz del tribuno, todas las compañías del *Imperator* parecen renacer y desfilar en un prodigioso texto abreviado. «En cada frase, Antonio se detiene y, con el rostro dolorosamente crispado, abarca con una larga mirada el cuerpo mutilado que yace frente a él... Pero he aquí que su voz se amplifica y que toma un acento patético: evoca los solemnes juramentos en virtud de los cuales cada ciudadano se comprometió a velar la persona de César, a defenderlo en toda circunstancia y a condenar a los dioses infernales a todos aquellos que no volaran en su auxilio cuando su vida estuviera en peligro.^{cxxxvii}

— En cuanto a mí, oh Júpiter!, exclama, estoy listo para vengar a César, para respetar mis juramentos, para cumplir escrupulosamente los compromisos que adquirí...

Algunos senadores, presentes entre la muchedumbre, elevan sus protestas. Ven en esas palabras un ataque contra su asamblea, de la que ninguno de sus miembros voló en auxilio de la víctima.

Antonio se percata de que fue demasiado lejos. Batiéndose prudentemente en retirada, concluye con estas palabras:

— Puesto que el senado ha decretado que el asesinato de César sea considerado no como un atentado sino como la obra de algún mal genio, fijemos

nuestras miradas en el presente antes que en el pasado, por temor a volver a caer en nuestras anteriores discordias y de perder así lo que nos queda de buenos ciudadanos.

Dando entonces a entender que su discurso ha terminado, invita a la asistencia a que acompañe los restos mortales de César al Campo de Marte, en donde una pira los espera al lado de la tumba de su hija. Baja luego lentamente los escalones de la tribuna.

¿Terminó la escena? Apenas empieza. Porque bruscamente, Antonio se detiene y da media vuelta. Con el rostro alterado, sube de un salto las gradas de la estrada y se postra de nuevo ante el cadáver de César. Y luego, como si obedeciera un impulso súbito, se levanta y vuelve de nuevo a hablar. Parecería que ya no se pertenece, que una voluntad extraña sustituyó a la suya.

«Las palabras que pronuncia no son un discurso congruente y no se entiende muy bien el sentido de sus aseveraciones, en las que se confunden imprecaciones con gemidos. Pero en su desorden apasionado, tocan más profundamente todavía el corazón de la muchedumbre. Ésta vibra entera al mismo tiempo que sus gritos, sus sollozos y sus lágrimas. Se marea con los nombres de las ciudades conquistadas, de las batallas ganadas, de los pueblos sometidos que Antonio le avienta a pleno pulmón desde lo alto de la estrada fúnebre. Sus orejas se llenan de los reiterados recordatorios de la gloria de César, de los beneficios de César, de la generosidad de César, de la clemencia de César. Su nombre planea por encima del cadáver como una queja inextinguible». ^{cxxxviii} Pero eso no basta. Con un gesto rápido, Antonio pone al descubierto el cuerpo de César, moteado de heridas. Agita la toga ensangrentada y lacerada por las puñaladas que flotan en su cabecera. Ante este espectáculo, la asistencia prorrumpe en lamentos. Eso todavía no es suficiente, porque Antonio quiere llevar a la muchedumbre al paroxismo del dolor.

De pronto se elevan cantos fúnebres. Coros sabiamente orquestados evocan la ingratitud de los asesinos. El tono sube cada vez más. Una tensión dramática se apodera de los espectadores a los que se siente enervados, trémulos de ira, listos a todo.

Y he aquí que una visión macabra se presenta a sus nervios destrozados: César — sí, César! — se levanta de su lecho de muerte y lentamente se pone a dar vueltas sobre sí mismo ofreciéndole a las miradas aterradas su cara lívida y sus veintitrés heridas con los labios todavía abiertos, de los cuales escurren hilos de sangre. Es un muñeco de cera que en el mayor secreto Antonio hizo fabricar y al que mueve un mecanismo especial, escondido bajo la litera. Un soplo de horror pasa sobre la asistencia.

Esta vez es demasiado! «Atrapada por una especie de locura colectiva, la muchedumbre se lanza hacia el estrado y quiere apoderarse del cuerpo de César. ¿Por qué? Quizá ni ella misma lo sabe. Se oyen voces que reclaman para él una pira en el Capitolio frente al templo de Júpiter. Pero otros quieren incinerarlo en el lugar

mismo en donde cayó bajo los golpes de sus asesinos y que en un monstruoso incendio perezca con él el edificio que abrigó un crimen tan odioso; otros hacen un llamado a la cólera del pueblo contra sus asesinos... En medio de este tumulto, dos antiguos legionarios de César se deslizan, con antorchas en la mano y le prenden fuego». Con ello, la cuestión se resuelve. El cuerpo de César será incinerado allí mismo. Se improvisa una pira con todo lo que se encuentra. «La tribuna de arengas vuela en pedazos. Sus maderas irán a alimentar la naciente llama. Se destrozan los tribunales de los jueces, la gente se dispersa en el Forum en busca de planchas, asientos, mesas. Todo se amontona alrededor del estrado, que se ha convertido en una inmensa hoguera. Por todos lados, el pueblo se apretuja, extasiado, delirante. Las mujeres avientan a las llamas sus joyas, los amuletos sagrados que cuelgan de los cuellos de sus hijos; los soldados, sus armas, sus coronas, sus condecoraciones».^{cxxxix} Ofrecen todo lo que tienen de más precioso en holocausto a César, en tanto que las llamas que lo consumen crecen y se elevan hacia el cielo.

Acodada en una balaustrada de los jardines transtiberinos, Cleopatra percibe a lo lejos el resplandor. Desde hacía varios días que estaba hundida en una profunda postración. Ahora su agobio cede el lugar a la desesperación. Desafortunada Cleopatra! Para ella, todo se derrumbó en ese minuto fatal en el que el vencedor de Farsalia cubrió su rostro con su toga para ya no tener que soportar la mirada de sus asesinos. Ella creyó que era clarividente, pero estaba ciega! Al magnificar a César, al presionarlo para que se hiciera proclamar rey, ella destruyó con sus propias manos al hombre en el que descansaban su felicidad y sus esperanzas. En realidad, fue Cleopatra quien mató a César. Y Bruto, sin siquiera imaginarlo, le dio a Cleopatra un golpe de muerte...

Muerte a la extranjera! Muerte a la serpiente del Nilo!

Y he aquí que resuenan vociferaciones en la noche, las cuales se acercan peligrosamente. Proviene de la muchedumbre incontrolada que se precipita hacia su villa para saquearla. Ya algunos rostros gesticulantes aparecen entre los árboles de su jardín. En unos cuantos minutos, éste queda lleno de manifestantes. Cleopatra tiene que huir para no ser linchada.

Sin tiempo para preparar su equipaje, junta a su corte y huye precipitadamente por una puerta oculta que da al Tíber, mientras que sube hacia el cielo el clamor furioso, mil veces repetido:

— Muerte a la serpiente del Nilo! Muerte a la serpiente del Nilo!

ⁱ «Durante todo el tiempo que duraron sus campañas en las Galias, de 58 a 51 AJC, César no dejó de enviar al Senado de manera muy regular los informes de sus operaciones. Eran efemérides, hoy diríamos los folios de

su diario de movimientos los cuales, transmitidos en la forma apropiada a los senadores, eran reproducidos en las *Acta* para la mayor gloria del redactor. La única dificultad que posteriormente César tuvo con estos informes, que Salomón Reinach definió durante la Primera Guerra Mundial como «comunicados», fue la de desempolvarlos y coserlos para, con una sorprendente rapidez, terminar la composición de sus *Comentarios*» (CARCOPINO: *Profils de Conquérants*, pp. 346- 47).

ⁱⁱ César mismo habría alentado a Casio para que se fuera a Siria haciéndole apreciar las enormes riquezas que podría acumular allá.

ⁱⁱⁱ Se ve con ello cuán vivaz había seguido siendo la cultura griega en Oriente.

^{iv} «Desde hacía varias generaciones, el mundo romano, en la inmensidad de las conquistas que habían extendido sus fronteras del Océano al Eufrates y de la Mancha al Sahara, giraba en un círculo vicioso o más bien se debatía en un ciclo infernal. En todas partes la opresión de las provincias servía para engordar las cajas electorales de los nobles delegados que las gobernaban y, cuando los antiguos gobernadores regresaban a Roma de sus lejanas promagistraturas, sus reelecciones, logradas después de ardua lucha y, de alguna manera, en subastas, los ponían en posesión de magistraturas más elevadas desde donde partirían hacia nuevas provincias más vastas ya hacia otras exacciones más fructuosas – y así sucesivamente» (CARCOPINO: *Op. Cit.*, pp. 330-31).

^v Suetonio: *Caesar*, 77.

^{vi} «Había que ponerle coto a la paradoja cuyo carácter absurdo había sido paso a paso subrayado por la extensión de las conquistas, así como había agravado la injusticia: la paradoja consistente en dejar en manos del pueblo, además venal, de una sola ciudad de Italia el destino de millones de humanos de la cual eran súbditos. Desde el deplorable fracaso de los Graco, había entre el Imperio de Roma y la Constitución de la República, esto es, de la Ciudad-reina, una incompatibilidad que no podía resolverse más que por la dislocación del primero o la supresión de la segunda » (CARCOPINO: *op. cit.*, pp. 332-32).

^{vii} CARCOPINO: *Les Etapes de l'Impérialisme romain*, p. 12 y siguientes.

^{viii} *Id.*, p. 14.

^{ix} CICERÓN: *De Republica*, I, 24-25. «En verdad, observa CARCOPINO, la realeza no era para él más que un expediente accidental, la concentración momentánea de los poderes de cuyo desmembramiento había surgido la República, en espera de que le fuera permitido desunirlos una vez más» (*Les Etapes de l'Impérialisme romain*, p. 132).

^x Así se denominaba al territorio sagrado que rodeaba a la ciudad de Roma, en donde los generales romanos no podían penetrar con sus tropas sin la invitación expresa del Senado.

^{xi} W. WARDE FOWLER: *Julio César*, p. 74. «Esta renuncia, añade FOWLER, que en nuestros días no tendría nada de sorprendente, le pareció a los romanos de 62 un milagro de tontería más que de desinterés».

^{xii} Posteriormente, nombrará a un amigo que él mismo elegirá.

^{xiii} Es sabido que la ley romana exigía que hubiera siempre dos cónsules en ejercicio.

^{xiv} Recordemos que, según la costumbre romana, los tribunos del pueblo tenían el derecho, por su *veto*, de hacer fracasar las decisiones del Senado.

^{xv} Suetonio: *Caesar*, 6: «*Qaestor Iuliam amitam ... laudavit e more pro rostris. Et in amitae quidem laudatione de eius ac patris sui utraque origine si referit: Amitae meae Iuliae mater num genus ab regibus ortum, pater num cum diis immortalibus coniunctum est. Nam ab Anco Marcio sun Marcii Reges, quo nomine fuit mater a venere Iulii, cuis gentis familia es nostra. Est ergo in genere et sanctita regum qui plurimum inter homine pollent, et caerimonia deorum quorum ipsi in potestate sunt reges* ». Estas frases, observa CARCOPINO, fluyen en latín con la majestuosidad de un *credo* (*Les Etapes de l'Impérialisme romain*, p. 124).

^{xvi} Gérard WALTER: *César*, p. 464, 465.

^{xvii} LUCANO: *Farsalia*, I, 125-57. Traducción al francés de René Gouast.

^{xviii} Gérard WALTER: *César*, pp. 464-65.

^{xix} No estará de más insistir en el papel desempeñado por los contingentes galos en la formación y el sostén del Imperio Romano. «En verdad, escribe Carcopino, fueron los galos los que salvaron el poderío romano de la disolución y quienes le permitieron a César darle su forma acabada... Cuando él se enfrentó al gobierno de su patria, fue con hombres de la nación vencida. La XIII^a legión, constituida en Cisalpina, cruzó con él el Rubicón. En Farsalia, en Tapsus, en Munda, sus veteranos, de los que los cisalpinos eran la mayoría,

resistieron los peores choques de sus enemigos. En Transalpina misma, en 51 AJC, él había formado una nueva legión, la quinta, a la cual le puso un sobrenombre extraído del lenguaje de los celtas, *Alaudae*, las Alondras, pero a la que instruyó a la romana y cuyos soldados justificaron, por sus proezas en África, el favor colectivo mediante el cual se les promovió de golpe al rango de ciudadanos. A los arqueros cretenses y a los honderos baleares de los pompeyanos opuso los tiradores de arco de la Rouergue, los rutenos; a sus auxiliares, aquellos que los belgas o los alóbroges le enviaban cada año... En Alejandría, le debió su salvación únicamente a la heroica obstinación de un puñado de sus valientes y, sobre todo, a que la caballería gala, cuyos efectivos Apiano evalúa en diez mil hombres desde 49 AJC, limpió al galope de sus cargas los campos de batalla, a donde él había lanzado sus escuadras...».

Esta tradición se mantuvo durante varios siglos. «Mientras los Césares tuvieron medios para detener la marcha de los bárbaros, los galos fueron el último instrumento de su resistencia. Nunca dejaron de cumplir con las obligaciones militares a las que con gusto se sustraían las demás poblaciones del interior. Enviaron destacamentos hasta a los desiertos de Mesopotamia; y, durante las expediciones contra los persas, jinetes parisinos dieron de beber a sus caballos en las aguas del Eufrates y del Tigris. En 359, dos de sus cuerpos realizaron en Armenia, durante el sitio de Amida, tales hazañas que, para glorificarlos, el emperador Constancio erigió en Edeso estatuas que representaban a esos valientes en sus actitudes heroicas. Hasta en el ejército de Teodosio y de Honorius, al que había de todas partes invadido la inmigración de los bárbaros, ellos mantienen su tradición y vemos allí figurar legiones de maniobras – *legiones comitatenses* – que ellos mismos conformaron y que por consiguiente se llaman por su nombre: *Gallicanae*: arqueros de Flandes y del Hinaut – *sagitarii Nervii*; los coraceros de Picardía, del Albigeois y del Berry – *cataphractarii Ambianenses, Albigenses, Biturigenses*... El día anterior a la catástrofe, Claudino cantaba todavía el valor de esas tropas de élite, que el destino ciertamente podía abatir, pero que no cedían jamás a la fuerza de los hombres: «*Gallos casu, non robore vinci*» (*Les Etapes de l'Impérialisme romain*, pp. 217-20».

^{xx} Gérard WALTER: César, p. 469.

^{xxi} LUCANO, *Farsalia*, II.

^{xxii} Gérard WALTER: *Op. cit.*, p. 472.

^{xxiii} Jerónimo CARCOPINO: César, p. 887.

^{xxiv} «Después de que, por causa de Servilia, se interesara por Bruto, nos dice Carcopino, César se encargó de Bruto por él mismo, por su extendida y profunda cultura tanto en griego como en latín, por su carácter cuya seriedad y rectitud impresionaban. Sin duda César decía de Bruto: «No sabe con precisión lo que quiere, pero lo que quiere lo quiere con toda sus fuerzas». No obstante, esta ironía no debe engañarnos. Si César había adivinado, comprendiéndolas, las indecisiones de Bruto, no tenía dudas de su energía masculina y, con la esperanza de que lograría trazarle su vía, se esforzaba por darle un modelo con tal solicitud y complacencia que llamaba la atención de todo el mundo y por las cuales Bruto mismo estaba conmovido» (*Profils de Conquéranants*, p. 293).

^{xxv} Cfr. *Id.*, p. 294.

^{xxvi} *Id.*, *Ibid.*

^{xxvii} Por lo menos estas son las palabras que Lucano le adscribe en uno de los cantos de su *Farsalia*. Pero no deben estar muy alejados de la realidad.

^{xxviii} Suetonio, *César*, 7.

^{xxix} CÉSAR: *De Bello Civili*, III, 102, I. «*Omnibus rebus relictis persequandum sibi Pompeium estimavit*».

^{xxx} Después de Farsalia, César regresa el grueso de sus legiones a Bríndisi, bajo el mando de Marco Antonio, para permitirles rehacer sus fuerzas después de las pruebas a las que han sido sometidas. «*Victor e Thessalia Brindinium cum legionibus revertisti*». (CICERÓN, *Phil.*, II, 24, 59). Él mismo se lanzó en persecución de Pompeyo con sólo efectivos reducidos para no frenar su marcha.

^{xxxi} Al abandonar Farsalia, Pompeyo se había llevado con él a cuatro compañeros (APIANO: *De Bello Civili*, II, 81, 343). Eran treinta en la desembocadura del Peneo (CÉSAR: *De Bello Civili*, III, 9, 96, 4).

^{xxxii} El primer Ptolomeo había transferido el cuerpo de Alejandro de Babilonia a Alejandría en donde – según la leyenda – había sido depositado en un sarcófago de oro. Se supone que éste último fue robado y posteriormente reemplazado por una ataúd de alabastro.

^{xxxiii} Parece que César nunca supo del papel jugado por Teodoto en este asunto. Su cólera recayó sobre todo en Poteinos. Posteriormente, Teodoto se escapará de su calabozo. Llevará una existencia miserable en Siria, en

donde terminará por caer en manos de Augusto. Para expiar su crimen, éste lo hará crucificar. En cuanto al asesinato mismo, quedará en la memoria humana como el acto de felonía por excelencia. Todavía en la Edad Media despertará la cólera de Dante al grado de que el poeta de la *Divina Comedia* hundirá al «traidor Ptolomeo» en lo más profundo del Infierno: debajo de Caín, al lado de Judas.

^{xxxiv} Tan sólo la población *cívica* llega a 300,000 cabezas (DIÓDORO: XVII, 52). Hay que añadir a esta cifra un número al menos igual de esclavos, traficantes, soldados y viajeros.

^{xxxv} La diosa de la Venganza. ¿Acaso quiere César marcar con ello que él no tomó parte alguna en la muerte de Pompeyo, que éste fue golpeado por vindicta divina? ¿O, al contrario, entrega él sus restos a la diosa dejándole la tarea de vengarlo? Las dos interpretaciones son posibles.

^{xxxvi} Éstos se elevan a 17,500,000 dracmas. César consiente a reducirlos a diez millones de dracmas (PLUTARCO: *César*, XLVIII, 5).

^{xxxvii} La monarquía egipcia no es el atributo personal del soberano. Indivisible, está *igualmente repartida en las dos cabezas de la pareja real*. Es por eso que César insiste en reconciliarlos.

^{xxxviii} Que ella haya escogido hacerse empacar en un tapete para llegar hasta él debió haberle parecido a César una estratagema tan ingeniosa como encantadora, puesto que – nos dice Plutarco – «fue el primer subterfugio que llevó a César a amarla, *porque esta treta le hizo percibir que se trataba de una mujer de espíritu gentil*».

^{xxxix} Jerónimo CARCOPINO: *Passion et Politique chez les Césars*, pp. 12-3.

^{xl} Arthur WEIGALL: *Cléopâtre, sa Vie et son Temps*. Edición del Club du Meilleur Livre, p. 7.

^{xli} PROPERCIO le da un trato grosero «de mujerzuela usada por la depravación, bien hecha para reinar sobre la incestuosa Cánope» - *femina trita incesti meretrix regina Canopi* (Proposición. III, II, 30 y 39). PLINIO el Viejo la califica de «puta coronada» - *regina meretrix*. (PLINIO: *Historias Naturales*, 357, 359 y 370-71). Para Dión Casio, es «Venus entera ligada a su presa». (LI, 15, 4). TITO-LIVIO la acusará de prostituirse con el primero que llegue: *tantae libidinis fuit ut saepe prostituerit*. (*De Veris Illustribus*: LXXXVI, 2).

^{xlii} PLUTARCO: *Antonio*, XXVII, 2. Dión Casio se ve obligado a aceptar que «el encanto de su palabra era tal que se ganaba a todos cuantos la escuchaban». Y, en otra parte, «que era espléndida para oír y ver y capaz de conquistar los corazones más refractarios al amor y hasta aquellos a quienes la edad había congelado». (XLII, 34, 4). Pero es para de inmediato acabarla mejor bajo un torrente de injurias.

^{xliii} Él se había separado de su primera mujer, Pompeya, a raíz de un escándalo, afirmando «que la mujer de César no debía ser sospechosa». En cuando a la segunda, Calpurnia, no parece haber jugado ningún rol en su vida. Además, en ambos casos no se trataba más que de matrimonios de razón, dictados por las necesidades de la política romana. Recordamos que en algún momento había propuesto casarse con la hija de Pompeyo, por la cual probablemente no tenía ninguna inclinación. Pero en Roma esas alianzas matrimoniales formaban parte de la carrera por el poder.

^{xliiv} Cleopatra corrió con mala suerte. Los Antiguos no vieron en ella otra cosa que una *regina meretrix*, reinando en la mente de César «por el atractivo de sus formas y el favor de su lecho» (TITO-LIVIO). En cambio, algunos historiadores modernos han querido reducir su papel en la vida del *Imperator* al de un simple «capricho», sin admitir que ella pudo haber ejercido la menor influencia en la política de un hombre preocupado únicamente por la grandeza de Roma y la ampliación del mundo romano.

^{xliiv} Mitrídates de Pérgamo era el hijo del rey del Ponto, Mitrídates VII Eupator, conocido como Mitrídates el Grande (123-63 AJC). Éste último, enemigo declarado de Roma, había sido vencido sucesivamente por Sila y por Pompeyo. Furioso por sus fracasos, había armado un nuevo ejército, al frente del cual se preparaba para marchar sobre Roma y quizá habría logrado apoderarse de la ciudad si su otro hijo, Farnacio (¿sobornado por Pompeyo?) no hubiera urdido una conspiración para impedirselo. Desesperado por la traición de su hijo, Mitrídates Eupator se había suicidado. Farnacio, que lo había sucedido, había entonces concluido una alianza con Pompeyo. Es a él que se dirigía la flota pomepeyana comandada por Casio, con la que César se había topado a la entrada del Helesponto.

Indignado por ver a su hermano Farnacio sentado en el trono, el otro hijo de Mitrídates Eupator, Mitrídates de Pérgamo, había tomado partido por César. Sin duda esperaba, al acudir al auxilio del *Imperator* sitiado en Alejandría, que César le restituyera su reino – lo que en efecto habría de hacer. Por lo tanto, la llegada de Mitrídates a Egipto no era solamente un éxito militar. Representaba también un innegable éxito político para el partido cesariano.

^{xliiv} ¿Veía ella en Arsinoé una futura rival? Lo cierto es que, al poco tiempo, la hizo envenenar.

^{xlvii} Respecto a los orígenes del incendio las opiniones se dividen. Unos declaran que Aquiles había lanzado brulotes al puerto. Otros que el mismo César había dado la orden de quemar sus naves al ver que ya no tenía la capacidad para conservarlas. La primera versión parece la ser la más probable.

^{xlviii} Gérard WALTER: *César*, p. 495.

^{lix} Arthur WEIGALL: *Cléopâtre*, pp. 90-1.

^l Añadamos que había también que transportar todo un arsenal de víveres, puesto que una griega como Cleopatra no se habría hundido en una comarca como Nubia sin llevar consigo las bebidas y los platillos a los que estaba acostumbrada.

^{li} Como el rezo de Akhenatón (1370-1352 AJC).

^{lii} «*Tú les diste un Nilo en el cielo, Para que descienda sobre ellos*», dice Akhenatón en su Himno al sol.

^{liii} Por su parte, Cleopatra no debió haberlo alentado mucho. Etiopía y el Alto Sudán la interesaban tan sólo moderadamente. Sus miradas se dirigían más bien hacia Persia y Bactriana.

^{liv} Arthur WEIGALL: *Cléopâtre*, p. 91.

^{lv} *Oriens captus ferum victorem cepit*.

^{lvi} Jean-Gustave DROYSEN: *Alexandre le Grand*, p. 490.

^{lvii} Ni siquiera se sabe con certeza la fecha del crimen. Algunos lo sitúan durante el invierno de 311-310; otros durante el invierno de 310-309.

^{lviii} E. F. GAUTIER: *Mœurs et Coutumes des Musulmans. La Période hellénistique*. Club du Meilleur Livre, pp. 109-10.

^{lix} *Id.*, *ibid*.

^{lx} Alejandría del Acesines, Alejandría de los Arabitas, Alejandría de Aracosia, Alejandría Areión, Alejandría cerca de Bactra, Alejandría de Carmania, Alejandría de Egipto, Alejandría-Escaté, Alejandría de Gedrosia, Alejandría del Indo, Alejandría de los Ictiófagos, Alejandría cerca del Issus, Alejandría de los Orites, Alejandría Oxiana, Alejandría del Cáucaso, Alejandría de Sogdas y Alejandría Troas, a las que hay que añadir Nicaia, Nicea y Bucefalia.

^{lxi} Cfr. BENOIST-MÉCHIN: *Alexandre le Grand*, p. 229 y sigs.

^{lxii} Seleucia ad Belum, Seleucia de Calicadnos, Seleucia de Eritrea, Seleucia de Eulaeos, Seleucia de Fer, Seleucia Mopsueste, Seleucia de Panfilia, Seleucia de Oronte, Seleucia del Tigris y Seleucia Zeugma.

^{lxiii} Antioquía Adana, Antioquía de los Árabes, Antioquía Charax, Antioquía de los Crisoarianos, Antioquía de Cilicia (Tarso), Antioquía de Eulaneos, Antioquía del Meandro, Antioquía Mixo-barbaros (Edeso), Antioquía de Migdonia, Antioquía de Persia, Antioquía del Píramo, Antioquía de Siria (o del Oronot) y Antioquía Termata.

^{lxiv} Apamea Zeugma, Apamea de Mesana, Apamea de Frigia, Apamea de las Puertas Caspias, Apamea de Sitacena y Apamea de Siria.

^{lxv} Laodice de Licos, Laodice del Oronte y Laodice de Media.

^{lxvi} *Ciudades libres*: Cisique, Parios, Lámpsaco, Abidos, Dardanos, Ilión, Alejandría Troes, Lesbos, Cimea-Smirna, Ctazomemes, Eritreas, Colofón-Notón, Magnesia del Meandro, Priena, Heraclea de Latmo, Mileto, Jasos, Quíos, Samos, Alabanda, Milasa, Bargilia, Halicarnaso, Mindos, Cnide, Faselis, Sidé, Aspendos, Selgué y Antioquía de Pisidia.

Ciudades sometidas: Bizancio, Lisimaqueía, Sestos, Priapos, Asos Squepsis Elaea, Pitanea, Focesa, Temnos, Magnesia de Sipilo, Teos, Efeso, Colofón, Telmisos, Hierápolis, Sardes y Tralles.

Colonias militares: Fileterella, Gergita, Atalella, Nacrassa, Tíatires, Hircania, Micemacedonios del Caico, Blaundos, Pelté, Mardia y Doida. (G. CARDINALI: *Il Regno di Pergamo, Studi di Stiroia antiqua*, publicado por G. Veloc., fasc. V) Roma 1906.

^{lxvii} Sobre la grandeza y la belleza de Antioquia y de Seleucia, véase JOUGUET: *L'Impérialisme macédonien e l'Hellénisation de l'Orient*, pp. 425-28.

^{lxviii} Con excepción de una porción del antiguo imperio de Alejandro situada al oeste del Indo y al sur del Hindu-Kouch, que Seleucos I Nicator había vendido a Chandragupta Mauria, el jefe de una dinastía hindú, a cambio de 500 elefantes de guerra, para permitirle defenderse de Antígono «el Tuerto», su rival macedonio más temible (Cfr. Arnold J. TOYNBEE, *Between Oxus and Jumna*, pp. 9 y 72).

^{lxix} Pierre JOUGUET: *L'Impérialisme macédonien et l'Hellénisation de l'Orient*, París 1961, p. 419.

^{lxx} Al fundar Ctesifón y al no entrar por la vía de la fuerza en Seleucia, Mitrídates I parece haber querido preservar algo del orden existente. Una negociación debió reglamentar las relaciones entre la aristocracia greco-semítica del negocio y el conquistador Arsácides. (Cfr. Roman GIRSCHMAN: *Partes et Sasanides*, París, 1962, p. 34).

^{lxxi} En particular Serás, Filadelfia (Amman) y Aerópolis (Rabat-Moab).

^{lxxii} «Si Sila, vencedor de Mitrídates, no se los hubiera prohibido, los Partos habrían invadido Siria» (JOUQUET: *Op. cit.*, p. 441).

^{lxxiii} *Id.*, *ibid.*

^{lxxiv} «La segunda guerra de Macedonia y la batalla de Cinocéfalos (197 AJC), indican la intervención decisiva de Roma en Oriente» (JOUQUET: *Op. cit.*, p. 268).

^{lxxv} En particular Sirta, el África proconsular (Cartago) y Numidia.

^{lxxvi} Arthur WEIGALL: *Cléopatre*, pp. 87-9.

^{lxxvii} «Alejandro nos parece poner al servicio de las altivas concepciones de su genio tanto un misticismo sincero como un sentido político sagaz. Estas mezclas de sentimientos, contradictorios sólo aparentemente, no carecen de ejemplos en los grandes creadores. Nadie podría cuestionar que Alejandro se creyó desde temprana edad descendiente y quizá hijo de Dios. De ahí a creerse dios no faltaba mucho para una mente tan atrevida en lo que concierne a la exaltación de su gloria. Egipto le reveló la majestuosidad divina de los reyes orientales. No hay duda de que no podía él aplicar los dogmas de ese singular Egipto al resto del mundo y no pensó en ello; pero independientemente de la forma bajo la cual él se presentara a sí mismo, estaba dispuesto a recibir el misticismo monárquico de Oriente ... ¿Cómo no creer que, cuando las ciudades griegas de Asia le confirieron honores divinos no le haya llegado el pensamiento de ser un dios para todos los helenos? Es posible que el famoso decreto por el cual exigía que los griegos lo trataran como un dios no haya nunca sido promulgado, como muchos creen, pero el deseo de ser dios se nos apareció como el término necesario en las meditaciones políticas de Alejandro, y es improbable que, de una u otra forma, no lo haya manifestado (Pierre JOUQUET: *L'Impérialisme macédonien*, pp. 338-39».

^{lxxviii} Jerónimo CARCOPINO: *Sylla ou la monarchie manquée. Droits régaliens et Droits divins*, p. 86 y sigs. Cfr. igualmente: *Les Etapes de l'Impérialisme romain: la Royauté de César*, pp. 118 y sigs.

^{lxxix} Jerónimo CARCOPINO: *Sylla, Ibid.*

^{lxxx} La actitud pragmática de los romanos a este respecto nos es confirmada por los dos textos siguientes: «Conviene que los buenos servidores del interés público *pasen por estar vinculados con los dioses*, tanto por el nacimiento como por el mérito» (CICERÓN: *De Republica*, II, 2-4). «Es útil que los hombres de valor se imaginen, inclusive si es falso (*etiam si falsum sit*) haber nacido de sangre de dioses, de manera que el corazón humano, reconfortado por la creencia en este origen sobrenatural, esté en condiciones de adquirir más valor para atreverse, más fuerza para actuar y más felicidad en el éxito» (VARRÓN: *In Augustinum de Civitate Dei*, III, 4).

^{lxxxii} «De sus muertos ilustres, los griegos hacían héroes, los cuales, como tales, eran objeto de culto. La conversión en héroes no es quizá la apoteosis, pero puede conducir a ella... Aunque no se trate de una divinización completa, que los honores rendidos sean solamente *análogos* a los que se les debe a los dioses y que los personajes que son así honrados no los reciban, por así decirlo, más que a la sombra de las verdaderas divinidades en calidad de asociados, no por ello son menos elevados por encima de los hombres y acercados a los dioses» (Cfr. JOUQUET: *Op. cit.*, p. 338).

^{lxxxiii} La capital de Macedonia, en los tiempos de Filipo. Sobre la adopción de las concepciones religiosas egipcias por parte de los descendientes de Ptolomeo el Lágida y de su identificación con los faraones, véase P. JOUQUET: *Op. cit.*, pp. 332 y sigs.

^{lxxxiiii} Akhenatón, quien compuso este admirable rezo, reinó de 1370 a 1352 AJC.

^{lxxxv} Cfr. SAMIVEL: *Trésors de l'Egypte*, p. 39.

^{lxxxvi} Gérard WALTER: *César*, p. 257.

^{lxxxvii} Este título correspondía al de comandante en jefe.

^{lxxxviii} El recinto exterior de Roma que la tropas en armas no deben nunca cruzar. Prevenido de su avance, César quiso primero enviar contra ellos el batallón de sus guardias. «Renunció a ello, dice Apiano, por temor a que éstos se asociaran a la rebelión» (Gérard WALTER: *Op. cit.*, p. 521). Se aprecia con ello cuán grave era la situación.

^{lxxxviii} No es imposible que esta intervención haya sido inspirada por César mismo.

^{lxxxix} *Quirites*.

^{xc} Esta confesión de riqueza ilimitada debió haber cegado a los legionarios. Algunos historiadores no han visto en ella otra cosa que habladuría. Pero se puede también pensar que César había, antes de abandonar Alejandría, llegado a un acuerdo con Cleopatra, en virtud del cual la reina de Egipto se comprometía a poner a su disposición las sumas necesarias para el reclutamiento de nuevas legiones. De ahí la certeza con la que César acumula promesas.

^{xcⁱ} Cfr. Benoist-Méchin: *Alexandre le Grand*, p. 203 y sigs.

^{xcⁱⁱ} Cneus Pompeyo no pensaba en otra cosa que vengar la muerte de su padre; Afranio y Petreio que en desquitarse por las derrotas que César les había infligido en España, en 49; en cuanto a Labieno, educado en la escuela de César del cual había sido lugarteniente en las Galias, sentía por su antiguo jefe un odio implacable.

^{xcⁱⁱⁱ} Cfr. Jerónimo CARCOPINO: *Cesar*, pp. 932-33.

^{xc^{iv}} CICERÓN: *Letras a Atticus*, XI, 7, 3 (17 de diciembre de 48).

^{xc^v} *Id.*, XI, 10, 2 (19 de enero de 47).

^{xc^{vi}} *Id.*, XI, 15, 1 (14 de mayo de 47).

^{xc^{vii}} Únicamente algunas ciudades de la costa meridional habían conservado relaciones amistosas con el partido pompeyano.

^{xc^{viii}} PLUTARCO: *César*, LXIX.

^{xc^{ix}} Gérard WALTER: *César*, pp. 544 y sigs.

^c Ver más arriba, p. (?)

^{ci} Los detractores de César han estimado que no habría perdonado a Catón si lo hubiera capturado vivo. Ven la prueba de ello en el hecho de que, poco después, César redactó una violenta filípica en contra de su antiguo adversario, con el título de *Anticatón*. No obstante, Plutarco nos explica convincentemente que lo que había motivado la cólera del *Imperator* no era tanto Catón mismo como el libro en el que Cicerón había hecho el elogio del antiguo gobernador de Utica. «Este libro, nos dice, fue muy bien recibido, por haberlo compuesto un muy elocuente orador y con un muy bello argumento. César se disgustó por ello, estimando que elogiar a aquel de cuya muerte él había sido la causa equivalía a acusarlo a él mismo, y es por ello que escribió un libro en su contra, en el cual recoge varios cargos que le imputa a Catón». (César, LXX). Es por ello que no se puede excluir que César habría perdonado la vida de Catón, «no por amistad hacia él – porque no lo quería – sino por política, por humanidad o por clemencia, sentimientos que a menudo manifestaba en relación con sus más grandes enemigos» (DACIER).

^{cⁱⁱ} Esta reacción nos prueba que la pena infligida, por pesada que nos parezca, no era aplastante. Corroboran igualmente la extraordinaria riqueza de la ciudad, la cual podía cumplir con una contribución tan elevada sin verse gravemente afectada.

^{cⁱⁱⁱ} Es menester decir una palabras sobre este sorprendente personaje, en quien Carcopino ve un aventurero de gran clase, «en quien se manifiesta, por instantes, la envergadura de un Dupleix o de un Cecil Rhodes» (*César*, p. 937). Originario de Nuceria y comprometido en la conjura de Catilina, Sición se había refugiado en Mauritania, en donde estaba bien adaptado por la estancia forzada que las circunstancias le imponían. Había comenzado por arruinarse para procurarle al rey de los Mauros, Bochus II, préstamos usurarios. Luego de financiero turbio se había transmutado en condottiere. Carente de mecanismos para enriquecerse, había licitado la organización de la policía del reino. Los efectivos que había reunido y que, normalmente, guerreaban contra las tribus que no se sometían, eran poco numerosas, pero notablemente adiestradas.

A la llegada de César en África, Sición vio de inmediato la posibilidad de rehacer fortuna aliándose a su causa. Es entonces que persuade al rey Bochus para que entre en guerra contra Juba, para socorrer a César el cual, sitiado en la península de Ruspina, no tenía suficientes efectivos para sostenerse frente a sus enemigos.

Mientras que Juba salía de sus estados para ganar con su ejército la provincia africana, Bochus se lanzó sobre Numidia, a través del principado vasallo de Masinisa, y aprovechó las circunstancias para devastarlas metódicamente. Tan pronto informado de esta incursión, Juba dio media vuelta para rechazarlo.

La intervención de Bochus, inspirada por Sición, fue providencial para César. Le proporcionó la tregua necesaria para la llegada de refuerzos. A partir de entonces, César había vuelto a tomar a Sición a su servicio y le había confiado el mando de una escuadra y de un ejército (Cfr. CARCOPINO: *César*, p. 937).

^{civ} Cfr. Gérard WALTER: *César*, p. 548.

^{cv} César tendrá el derecho de acumular no solamente los veinticuatro lictores que le son atribuidos en virtud de su puesto de dictador en funciones, sino también los de sus dos dictaduras precedentes.

^{cvi} Varo y Labieno son los dos únicos sobrevivientes de los grandes jefes pompeyanos.

^{cvi} Sexto, hermano menor de Cneus, se encontraba con su madre, Cornelia, en la galera pompeyana al momento del asesinato de su padre, en Pelusio (ver más arriba, p. ?).

^{cvi} Cfr. Gérard WALTER: *César*, p. 579 y sigs.

^{cix} *Id., Ibid.*

^{cx} CARCOPINO: *César*, p. 956.

^{cx} DION CASSIUS: XLIII, 42, 3. No hay por qué extrañarse de que la noticia de la victoria de Munda haya tardado treinta y tres días en llegar a Roma. Vimos que César había requerido veintisiete para ir de Roma a Obulco, lo cual era un record. Por si fuera poco, es posible que César haya retrasado un poco el parte, para hacerla coincidir con la fiesta de las *Palilia*.

^{cxii} Jerónimo CARCOPINO: *Les Etapes de l'Imperialisme romain*, pp. 151-52.

^{cxiii} *Id.*, p. 306

«César, nos dice por su parte Mommsen, reinó en Roma durante cinco años y medio...

En los intervalos de las siete grandes campañas, que no le permitieron quedarse en la capital del imperio más de quince meses en total, ordenó los destinos del mundo para el presente y para el porvenir.

«Y precisamente porque la construcción era infinita, el amo, mientras vivió, añadió sin interrupción piedra sobre piedra, siempre ocupándose de su creación, con la misma dexteridad, con la misma flexibilidad, sin contemporizar ni dejar para el día siguiente, como si no hubiera para él más que un simple hoy y no un mañana. Es así que obró y creó como ningún mortal lo ha hecho antes que él, ni después; y, en tanto que obrero y creador, vive todavía, después de dos mil años, en el recuerdo de las naciones – ciertamente, el primero y el único, *Imperator Caesar*».

^{cxiv} La mayoría de los romanos libres y de origen puro no cruzaron los límites del Lacio.

^{cxv} CARCOPINO: *Profils de Conquérrants*, p. 353.

^{cxvi} «La estructura de los *Volumen*, escribe Carcopino, obstaculizaba a los escritores, al conjunto de cuyas obras alteraba, a las apretadas articulaciones de la composición que exige la mentalidad moderna. Bajo Nerón, Séneca habrá sido el último autor en ser víctima de esta inevitable parcelación, con lo deshilvanado de sus desarrollos que se sucedieron sin realmente concatenarse, y ese desorden de ideas que hacía decir a Calígula, emperador detestable pero crítico perspicaz: «Es arena sin yeso, *arena sine calce*». Con el *Codex*, las vinculaciones lógicas se establecieron con una facilidad de la que se beneficiaron desde finales del primer siglo y del segundo tanto la *Institución oratoria*, de Quintiliano, como los *Anales*, de Tácito, e inclusive las biografías de Suetonio y el *Panegírico de Trajano*, de Plinio el Joven; y la facilidad del informe de una página a la siguiente proporciona de manera natural a los jurisperitos del segundo y del tercer siglos las referencias y los precedentes que precedían a su argumentación». (*Profils de Conquérrants*, p. 354-55). En suma, es todo el mecanismo del pensamiento lo que se verá transformado.

^{cxvii} «Su larga estancia en Alejandría lo había puesto en contacto con los sectarios del dionisismo. En lugar de obstaculizar su propaganda, implantó públicamente el dionisismo en Roma, como nos enteramos por una glosa de Servio, y por esa osada iniciativa César logró oponer a los cultos sospechosos de Oriente que secretamente se extendían entre la mezclada población de la capital, las Bacanales purificadas y civilizadas, tal como habían salido de la reforma de Ptolomeo Filadelfio, en el siglo III AJC». (CARCOPINO: *Op. cit.*, p. 315).

^{cxviii} Desde 65 AJC, según el testimonio de Dión Casio, César había aprovechado su edilidad curul para celebrar, con un brillo desacostumbrado, las fiestas de la *Magna Mater*, la diosa de Cibeles, importada de Pesinonte. Las Isiacas, diseminadas desde Egipto hasta Roma, habían intentado introducir antes que él el culto de su Dama y habían enfrentado una brutal hostilidad por parte del Senado el cual en 58, en 53 e inclusive en 48, había dado y vuelto a dar la orden de que se destruyeran sus santuarios. Todo cambió con el regreso del

vencedor de Farsalia. Les dejó que tranquilamente cumplieran con sus ritos e inmediatamente después de su muerte, los triunviros, realizando sus intenciones, elevaron en la ciudad, con costo al estado, un templo a Isis, lo que equivalía – como lo mostró Franz Cumon – a naturalizar como romana a la diosa del valle del Nilo». (CARCOPINO: *Op. cit.*, p. 350).

^{cxix} CARCOPINO: *Profils de Conquéransts*, p. 340.

^{cxx} *Id.*, p. 345.

^{cxxi} *Id.*, p. 305.

^{cxxii} *Id.*, p. 304

^{cxxiii} «No era para acrecentar la soberanía romana que César había deseado ser rey, escribe Carcopino. Con la dictadura perpetua, los auspicios celestes que lo acompañaban, las consagraciones religiosas que, de antemano, lo habían clocado por encima de la humanidad, César, en Roma, detentaba todos los poderes y hasta la facultad de transmitirlos a quien le pareciera bien. Pero inclusive en esta plenitud, no le era suficiente si quería tener éxito en la colosal empresa de política exterior, de la cual esperaba la instauración de una paz universal y perpetua. Él había comprendido que, sin la diadema, le sería imposible incluir de manera durable en el círculo del mundo romano tanto el reino del Nilo, en el que los Ptolomeos habían tomado la estafeta de los faraones, como el inmenso y lejano imperio de los Partos, en donde los Arsácidas se habían convertido en los sucesores de los Aqueménides en el trono del «Rey de Reyes»». (*Op. cit.*, p. 303).

^{cxxiv} La expresión es de Carcopino, en *César*, p. 957.

^{cxxv} Los trabajos emprendidos para hacer crecer y embellecer a Roma son de una vastedad sorprendente y manifiestan claramente la orientación de su pensamiento. «Más poblada estaba Roma, más era urgente darle el aire y el espacio que le faltaban», escribe Carcopino. «César cumplió con una especie de prisa alegre el deber que le importaba de, en un cuadro renovado y agrandado, hacer allí la vida más sana y más feliz. De un día a otro, dice Suetonio, concebía para el agrandamiento y el embellecimiento de la ciudad proyectos más numerosos y vastos». (*Caesar*, 44). Imitando a Sila, había obtenido del Senado el permiso para hacer retroceder la línea ideal del *Pomoerio*, pero eso no era más que un gesto ritual y como el emblema de la ampliación que las fronteras del imperio de debían a sus victorias. (TÁCITO: *Anales*, XII, 23). Entendió que este crecimiento simbólico correspondía a una extensión material y concreta. A fines de junio de 45, promulgó la ley *De Urbe augenda*, que no ha llegado hasta nosotros pero de la cual sabemos, por una carta de Cicerón a Atico, «que era un plan regulador, un proyecto de urbanismo sistemático, del cual sólo un arquitecto, investido de su confianza y empapado de sus ideas, dirigiría la ejecución. Al número de transformaciones que allí estaban anunciadas se añadía el prodigioso plan de desviar el curso del Tíber cortando el meandro que todavía hoy subsiste entre el Puente Milvio y el Borgo, de modo que se entregara el Campo de Marte a los constructores y se echara hacia atrás la ubicación sagrada del Campo de Marte sobre las partes de la planicie del Vaticano, que habrían sido transferidas de la ribera derecha del río a la izquierda. En espera de que ese formidable trabajo pudiera realizarse, César, de un plumazo, suprimió las barreras que la así llamada muralla Serviana habían hasta entonces constituido para el desarrollo de la ciudad. Por los términos de la póstuma *Lex Julia*, Roma dejó de asfixiarse en las quinientas hectáreas que circunscribía ese viejo muro de tres siglos y oficialmente se le prolongó mil pasos en todas las direcciones (cerca de un kilómetro y medio)». (*César*, pp. 1004-09). La *Urbs* vio así triplicada su superficie. Pero César no se contentó con hacerla crecer, quiso también embellecerla, para darle «el carácter de majestad resplandeciente que postulaba el papel mundial que le correspondía». Desde 54, se le vio extraer de su botín de las Galias con qué erigir al norte de la capital la magnificencia marmórea de las *Saepta Julia*, entregarle a *L. Aemilio Paulo* los treinta y seis millones de sestercios con los cuales éste ennoblecería el aspecto del Forum, reparando la basílica Aemilia y preparando frente a ella la construcción de una nueva basílica que debía llevar el nombre de César. ...

«La primera piedra del *Forum Iulium* fue colocada en 51. En 46, después de sus cuatro triunfos, César lo dedicó solemnemente, así como el *Aedes veneris genetricis* que ocupaba el centro de la plaza. Para dicho evento, había repavimentado el Forum republicano y el *Comitium*, restaurado el *Jacus Curtius* y decidió armonizar las dos partes de su labor rehaciendo en profundidad el sector en el que los antiguos edificios públicos, rejuvenecidos gracias a sus cuidados, se tocaban con las nuevas construcciones; los Rostra, que serían desplazados y vueltos a hacer, la Curia, que sería renovada. Aprobó, en 46, la consagración por el Senado de un templo a la Libertad; levantó de sus cenizas el de Quirino, en 44; elevó o inauguró, en 44,

santuarios dedicados a la Nueva Concordia, a la Clemencia, a la Felicidad y publicó su propósito de no sólo consagrarle uno a Marte, de proporciones gigantescas, en lugar de su Naumaquia, sino de enfrentar a la Roca tarpeyana, el inmenso teatro de piedra que será edificado por Augusto bajo el vocablo de Marcelo (Suetonio, *Caesar*, 39). Por último, agrandó el circo cuya arena rodeó con un canal». Así, César aireó, ordenó, transformó un oscuro caos de edificios y alentó, en el corazón de Roma, la incomparable floración monumental que, desde siempre, se levanta sobre los terrenos en donde se implanta un poder fuerte. En verdad, si Julio César no hubiera caído bajo el puñal de sus asesinos, es él y no su heredero quien se habría jactado «de dejar en mármol la ciudad que había encontrado en tabiques». (DIÓN CASIO: LVI, 30).

^{cxxvi} Cfr. Suetonio: *Caesar*,. 79 y NICOLÁS DE DAMASCO: *Caesar*, 20. Eso parece refutado por la amplitud de los trabajos emprendidos por César en Roma. A menos de que haya pensado en un imperio de tres metrópolis: Roma al oeste, Babilonia al este y Alejandría (o Ilión) en el centro. (Cfr. Su invocación a los manes de Eneas).

^{cxxvii} Gérard WALTER: *César*, p. 595.

^{cxxviii} *Id.*, p. 596. Estas palabras pueden hacer creer que él no ve en los saludos de los que acaba de ser objeto más que una alusión a su parentesco con la *gens* de *Marcii Reges*, a la que pertenecía su madre.

^{cxxix} Después de su regreso de África, César, sin duda confiando en su próxima divinización, hizo una donación a la congregación de los Lupercos – o sacerdotes de Pan – para que a los dos colegios que existían se añadiera un tercero, el de los Lupercos Julianos, destinado a celebrar su culto y del cual Antonio fue promovido como gran sacerdote. Es tanto como decir que la fiesta de las Lupercalias se volvió un poco la suya.

^{cxxx} En su calidad de gran sacerdote de los Lupercos Julianos, Antonio está desnudo, según la tradición; no lleva alrededor de la cintura más que un paño de tela blanca.

^{cxxxii} NICOLÁS DE DAMASCO: *Vie de César*, 20.

^{cxxxiii} Cfr. Gérard WALTER: *op. cit.*, p. 602.

^{cxxxiii} Décimo Bruto se vio conferir por César el mando de la flota que bloqueó Marsella y Trebonio recibió de él el gobierno de la España ulterior.

^{cxxxiv} Sigo aquí fielmente la narración de Gérard WALTER: *Cesar*, pp. 604-07, él mismo inspirado en la narración de Plutarco.

^{cxxxv} PLUTARCO: *César*, LXXXIV.

^{cxxxvi} La fórmula es de Goethe.

^{cxxxvii} Gérard WALTER: *César*, pp. 620-21.

^{cxxxviii} *Id.*, p. 622.

^{cxxxix} *Id.*, pp. 623-24.